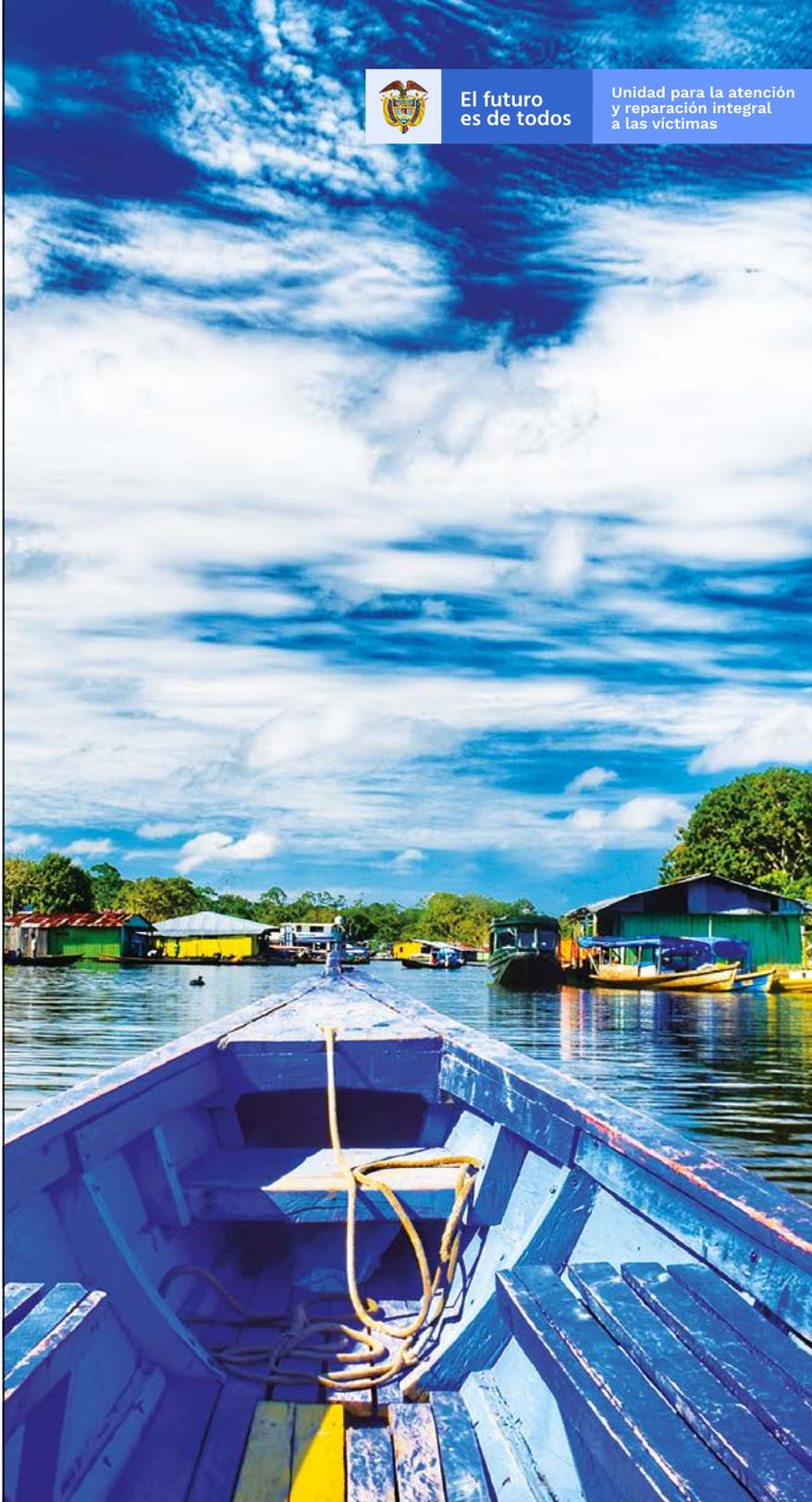


# HISTORIAS QUE SOBREVIVIERON



El futuro  
es de todos

Unidad para la atención  
y reparación integral  
a las víctimas





# HISTORIAS QUE SOBREVIVIERON

**Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas**

**Ramón Alberto Rodríguez Andrade**  
Director General

**Lorena Mesa**  
Subdirectora

**Martha Patricia Ávila**  
Jefe Oficina Asesora de Comunicaciones

**Oficina Asesora de Comunicaciones**  
Coordinación editorial

**Paula Betancourth Arias**  
Diseño y diagramación

**Foto portada**  
Shutterstock  
Leticia, Amazonas

**Impresión:**  
XXXXXXXX

La reproducción, parcial o total, de textos o fotografías es permitida, citando como fuente de información a la Unidad para la Atención y Reparación de las Víctimas.



# PRÓLOGO

“Aumentar las capacidades humanas debe constituir una parte importante de la promoción de la libertad individual”.

Amartya Sen

Ya en el ocaso del siglo XX, justo en la época en que se agudizaba la violencia en Colombia, conocí en San José del Guaviare a la que sería la última tribu nómada de nuestro país, los nukak makú, comunidad ancestral auténtica que encaraba varias dificultades que afectaban esa cosmovisión tan garante, para ellos, de su bienestar espiritual.

De primera mano atendí la situación social y humanitaria presentada en el resguardo. Como “Papá Ramón” –así solían llamarme– me invadía la responsabilidad y el compromiso para recobrar el sentido de su camino y restablecer la armonía en su pueblo.

Al igual que ellos, muchas comunidades étnicas y no étnicas, organizaciones y grupos que se complacían con su libertad, sus prácticas ancestrales y su identidad, fueron despojados de su pasado, de su presente y de la capacidad para desarrollar proyectos de vida que les permitiera edificar un futuro para sus familias.

Ahora, imaginen que este relato no solo alude a un determinado grupo situado en la Amazonía, sino que también se extiende a más de nueve millones de víctimas en todo el país, que han sufrido innegables y profundas limitaciones en su autonomía, en sus tradiciones, en su territorio y territorialidad, que han sido desposeídos de sus tierras y de sus hogares, obligados a aplazar sus sueños individuales o comunitarios y a silenciar sus voces por el horror de la guerra.

Las narrativas aquí plasmadas no alcanzan a describir el sufrimiento vivido por décadas. Estas páginas reúnen

solo una selección de historias de vida, por lo que ofrecemos excusas por aquellas que se escribieron, pero que no fueron escogidas para esta compilación. No obstante, las seleccionadas son representativas de la resistencia, de la resiliencia y de la actitud de los sobrevivientes para afrontar situaciones adversas.

Las historias, además de hacer un tránsito por el dolor, por las rupturas en el tejido social, se constituyen en una fuente de memoria invaluable y de dignificación que reflejan una apuesta a la paz desde los territorios.

En el camino por reivindicar la esperanza y erradicar la desdicha, la Unidad para las Víctimas ha abordado acciones encaminadas hacia una reparación integral que contribuya al goce efectivo de derechos de estos millones de colombianos, para así devolverles la ilusión de un mejor porvenir.

En el desarrollo de esta misión, he tenido la fortuna de encontrarme con miles de personas a las que he expresado el mensaje de no condicionar su futuro por los dolores y sacrificios del pasado. Sirvan estas páginas como reflexión para recuperar el entusiasmo por reconstruir un sendero de esperanza que conduzca a la verdad, a la justicia, a la reparación y a las garantías de no repetición.

**Ramón Alberto Rodríguez Andrade**  
Director  
Unidad para la Atención y Reparación  
Integral a las Víctimas

# INTRODUCCIÓN

## INGRESO A LAS ZONAS PROHIBIDAS

Hace ya casi dos siglos que el escritor francés Stendhal, uno de los padres del realismo literario, aseguraba que “la novela es un espejo que ponemos en el camino”, frase que bien podría adaptarse a la labor del periodismo narrativo desde el siglo XX.

Esta antología de crónicas realizadas por la Unidad para las Víctimas hace eco de esa afirmación: es el espejo de la desventura y de la esperanza de más de nueve millones de víctimas del conflicto en Colombia.

Estas crónicas no solo desentierran los recuerdos del despojo sufrido por algunas personas, también avivan la memoria de los pueblos, de los territorios, que pese a su distancia y multiplicidad se hermanan en un solo dolor: la erradicación de prácticas ancestrales o el fin de ciertas costumbres que, sin ser la cosmovisión representativa de una etnia, igualmente simbolizan la alegría de esas comunidades.

Las historias de vida también revelan una intención inherente al ejercicio del periodismo, que la Unidad en su misionalidad comparte y que es la base para la búsqueda de la reparación integral de las víctimas del conflicto: escuchar. Acto tan simple y tan subestimado que ha ido recobrando en estos tiempos su valor, y estos testimonios de vida son ejemplo de ello.



FOTOGRAFÍA: JUAN SEBASTIÁN GONZÁLEZ



FOTOGRAFÍA: JUAN SEBASTIÁN GONZÁLEZ

Su importancia radica en que es la consecuencia del hablar, en este caso del poder hablar, hecho que adquiere significado especialmente en un país como Colombia, en el que la violencia se ha especializado en cerrar muchas bocas para desfigurar la verdad, ocultarla y evitar enfrentamientos con los enemigos o el accionar de la justicia.

Rescatar esa verdad, oculta también por el tiempo y el dolor, ha sido la labor de los periodistas de la Oficina Asesora de Comunicaciones de la Unidad para las Víctimas, para lo cual han debido remontar distancias y temores. Son ya muchas las veredas, corregimientos, pueblos y municipios que han recorrido con sus cámaras, grabadoras y libretas de apuntes, para que el país, a través de estas crónicas, muchas de ellas publicadas en periódicos nacionales y regionales, se mire en su propio espejo.

Por eso la valía de este trabajo periodístico, que no solo ha permitido la catarsis de muchas voces adoloridas, sobrevivientes de diferentes hechos victimizantes como abuso sexual, desaparición forzada, desplazamiento forzado, homicidio, lesiones personales por minas antipersonales, masacres, reclutamiento forzado, secuestro... , sino que también ha concedido la oportunidad de hablar, escribir y crear memoria sobre una realidad desconocida para muchos colombianos, lo que además conlleva una esperanza: que estos hechos nunca se vuelvan a repetir.

# CONTENIDO

PRÓLOGO .....	4
INTRODUCCIÓN .....	6
<b>1. CON LA AMENAZA A LAS ESPALDAS .....</b>	<b>12</b>
* <b>Daisy Sánchez, la emancipadora .....</b>	<b>13</b>
Erick González González	
* <b>Cambié el camino, pero no el sueño .....</b>	<b>18</b>
Edwin Herrera Bartolo	
<b>2. LAS ASTILLAS DEL COMBATE .....</b>	<b>22</b>
* <b>Raúl Estupiñán, el enfermero de guerra, al rescate .....</b>	<b>23</b>
Erick González González	
<b>3. RECUERDOS VIOLENTADOS .....</b>	<b>28</b>
* <b>Mi última lágrima .....</b>	<b>29</b>
Erick González González	
* <b>Cecilia y su herencia de la guerra .....</b>	<b>40</b>
Luz Jenny Aguirre	
* <b>La valentía de Piedad Julio .....</b>	<b>45</b>
César Augusto Marín Cárdenas	
* <b>Broniz Pérez y el arte de la esperanza .....</b>	<b>49</b>
Luz Jenny Aguirre	
* <b>Y me levanté con más fuerza .....</b>	<b>52</b>
Patricia del Carmen Díaz	
* <b>La terapia del amor .....</b>	<b>56</b>
Willyam Peña Gutiérrez	
<b>4. LA SOMBRA DE LA AUSENCIA .....</b>	<b>60</b>
* <b>La guerra fue quien me crio .....</b>	<b>61</b>
Erick González González	
* <b>Un duelo sin fecha de vencimiento .....</b>	<b>66</b>
Willyam Peña Gutiérrez	
* <b>La travesía de una madre tras los restos de su hija .....</b>	<b>70</b>
César Augusto Marín Cárdenas	
<b>5. DESPLAZANDO ILUSIONES .....</b>	<b>75</b>
* <b>La literatura como resistencia .....</b>	<b>76</b>
Erick González González	
* <b>Una víctima con muchos nombres y apellidos .....</b>	<b>82</b>
Luz Jenny Aguirre	
* <b>La partera del amor .....</b>	<b>87</b>
Willyam Peña Gutiérrez	

<b>6. ACABANDO SUEÑOS DE UN TAJO.....</b>	<b>91</b>
* <b>Nubia, corrigiendo las erratas de la vida.....</b>	<b>92</b>
Erick González González	
* <b>Lo que la violencia no pudo arrancar de Ledys.....</b>	<b>98</b>
Jessica Rocío Mora y César Augusto Marín Cárdenas	
* <b>Sacerdotes católicos de Arauca:     las otras víctimas reconocidas del conflicto.....</b>	<b>104</b>
Diana Rodríguez Rojas	
* <b>Raúl Ferrigno, un profesor de película.....</b>	<b>112</b>
Erick González González	
<b>7. ENCIERROS INCIERTOS.....</b>	<b>117</b>
* <b>Peluqueando los traumas de la vida.....</b>	<b>118</b>
Diana Rodríguez Rojas	
<b>8. UNA NIÑEZ CON FUSIL AL HOMBRO.....</b>	<b>122</b>
* <b>Del reclutamiento sí se puede salir adelante.....</b>	<b>123</b>
Erick González González	
* <b>Nora Vélez, pequeña en estatura, gigante de corazón.....</b>	<b>131</b>
Edwin Herrera Bartolo	
* <b>A seguir sembrando sueños y esperanzas.....</b>	<b>136</b>
Willyam Peña Gutiérrez	
<b>9. LA MEMORIA DE LOS PUEBLOS.....</b>	<b>141</b>
* <b>¡Por un fandango más!.....</b>	<b>142</b>
Patricia del Carmen Díaz	
* <b>La re-Encarnación de la alegría.....</b>	<b>146</b>
Juan Carlos Monroy	
* <b>Se habla palenquero.....</b>	<b>152</b>
Patricia del Carmen Díaz	
* <b>Los muros de San Carlos, una exposición de resiliencia.....</b>	<b>158</b>
Juan Carlos Monroy	
<b>10. EL EXTERMINIO.....</b>	<b>162</b>
* <b>El sepulturero de Bojayá.....</b>	<b>163</b>
César Augusto Marín Cárdenas	
* <b>Los santos óleos de Bojayá.....</b>	<b>167</b>
César Augusto Marín Cárdenas	
* <b>La casa de la esperanza.....</b>	<b>175</b>
Erick González González	
<b>11. EL VALOR DE PERDONAR.....</b>	<b>180</b>
* <b>El laboratorio de paz o la asociación de enemigos del pasado.....</b>	<b>181</b>
Erick González González	



**1**

**CON LA AMENAZA  
A LAS ESPALDAS**

---

# DAISY SÁNCHEZ, LA EMANCIPADORA

POR: ERICK GONZÁLEZ GONZÁLEZ

FOTOGRAFÍA: DAISY SÁNCHEZ



El día 25 de julio de 1992, año en que se conmemoraban los 500 años del descubrimiento de América o “el encuentro de dos mundos”, como mejor lo describió el gran historiador colombiano Germán Arciniegas, un grupo de mujeres negras de América Latina y el Caribe reunidas en Santo Domingo crearon una efeméride: el Día Internacional de la Mujer Afrodescendiente.

Un interés común las hermanaba: visibilizar la presencia de las mujeres afro que luchan y resisten, casi siempre desde la marginalidad, por los derechos de su etnia con un enfoque de género.

Ignoro si ellas conocieron la valentía y la carga de las primeras mujeres afrodescendientes que en América lucharon por los derechos de los negros como Phyllis Wheatley, dada a luz en Senegal en 1753, vendida como esclava a los siete años, cuyo segundo nombre se debe al barco que la trajo desde África y a su acogida en la casa de los Wheatley, en Boston, y sí, acogida, porque aunque fue comprada, esa familia la eximió de las labores domésticas y le dio la misma educación que a su hija: aprendió a leer y escribir, dominó el griego y el latín, fue emancipada en 1773 y se convirtió en la primera mujer negra y la primera mujer esclavizada en escribir un libro de poemas, que defendió con buen fruto ante una corte que no creía en su inteligencia y capacidad poética por ser negra.

Su fama se elevó por un poema que le escribió, en 1775, al mismo George Washington en el que lo alentaba a luchar por la independencia de Estados Unidos, quien admiró su “genio poético” y la invitó a reunirse con él, encuentro que al parecer ocurrió al año siguiente.

Ese linaje lo comparte Harriet Tubman, nacida esclava en 1820, en el estado de Maryland, quien en 1849 sintió la asfixia y la injusticia de esa vida y huyó de la esclavitud. Recorrió sola alrededor de 160 kilómetros hasta Filadelfia, donde abandonó su nombre de esclava, Araminta Ross, y reinauguró su vida como Harriet Tubman. Su experiencia de libertad quiso compartirla con su familia y extraños, por lo que regresó clandestinamente en varias ocasiones durante once años a su lugar de procedencia para libertar a más siervos.

Por el revuelo ocasionado con esos actos de emancipación se ganó el alias de “Moisés” y era la mayor recompensa para los cazadores de esclavos. Nunca supieron que se trataba de una mujer de 1,50 mts de estatura. Durante ese propósito se valió del ‘tren subterráneo’, la red antiesclavista de rutas por donde escapaban los siervos, itinerarios y contactos que se desconocieron por mucho tiempo hasta que en una entrevista los reveló.

Fue espía para el ejército de la Unión –los abolicionis-

tas de la esclavitud— durante la Guerra de Secesión y comandó a 150 soldados negros, con los que liberó a 750 esclavos. Es de las pocas mujeres que lideró una expedición armada en la historia de Estados Unidos. Promovió el voto femenino y pronunció el discurso de apertura en el acto que fundaba la Federación Nacional de Mujeres Afroamericanas en 1886. Setenta años antes que Rosa Parks se negara en un bus a dejarle su puesto a una persona de raza blanca, durante un viaje en tren Tubman se rebeló ante el orden de cambiarse de vagón. Inspiró la película *Harriet*, en busca de la libertad, que en el 2020 alcanzó dos nominaciones al Oscar. En sus fugas nunca perdió un esclavo.

### El caso Daisy

De esa estirpe es la afrocolombiana Daisy Sánchez\*, nacida en la vereda Soledad, del municipio Olaya Herrera, en 1956, en el conflictivo departamento de Nariño. Estudió primaria en El Charco y el bachillerato en Buenaventura. Trabajó con los curas, que vieron en ella el potencial para el liderazgo y le patrocinaron diplomados en Participación y Organización Social Comunitaria, en Educación y Pedagogía, y luego terminó otros en Enfoque de Género y en Gestión Local con Enfoque de Género, este último con la Universidad de los Andes.

Esa fe en ella la impulsó en 1996 a trabajar como líder co-

munitaria por las mujeres y los jóvenes afrodescendientes.

El luto llegó a su familia en el 2002, cuando las Farc asesinaron a tres hermanos en la finca donde vivían al cobrar la temida ‘vacuna’, hecho que la convirtió en una de las 1.143.004\* víctimas del conflicto en el país perteneciente a la población negra, afro, raizal y palenquera en el país, en una de las 531.172 víctimas en Nariño, el cuarto departamento más afectado por la guerra fratricida después de Antioquia (1.817.759), Bolívar (677.450) y Valle del Cauca (537.729), según el Registro Único de Víctimas (RUV).

Hace cinco años creó una asociación que defiende los derechos de las mujeres negras.

—Hay un alto número de mujeres negras que son víctimas del conflicto y de la violencia de género, que han sufrido violencia sexual, física y psicológica, que somos desplazadas y jefas de hogar, y nosotras luchamos por consolidarnos como sujetos de derecho —asevera Daisy.

Esa asociación que cubre cinco municipios y 17 consejos comunitarios se esmera en garantizar el avance colectivo, la autonomía económica y, como ella lo expresa, la soberanía alimentaria de las mujeres víctimas del conflicto y de la violencia intrafamiliar.

---

\* Cifras del 2020 hasta el 30 de junio.

Ese interés no solo refleja una carencia, expone también el valor de su perspectiva: –Ser mujer negra, afro, es ser una reivindicadora de la historia étnica, cultural y territorial de nuestro pueblo, de la mujer.

Con ese compromiso que semeja más una promesa, Daisy viaja de vereda en vereda y de consejo en consejo –los hay que reúnen alrededor de 80 veredas– para capacitar a las mujeres en temas relacionados con enfoque de género y empoderamiento.

A sus talleres invita a los hombres y ha logrado que se concienticen de los derechos de la mujer y del buen trato que merecen.

–Hemos trabajado en la masculinidad; hoy casi no se escuchan casos de violencia de género ni violencia sexual en estos pueblos porque hemos trabajado muchísimo con los padres y madres de familia para que protejan a sus hijas, y también a los muchachos se les ha hablado sobre el respeto.

Desde el 2011, Daisy comparte con Harriet el deseo de que la gente ejerza su libre albedrío sin temor y las amenazas por ayudar a esa emancipación.

–Cuando me embarqué en una lancha y fui a rescatar a once jóvenes que iban a ser reclutados forzosamente por un grupo armado me convertí en objetivo de ellos; todo porque un campanero me reconoció y me delató.

Logró que esos once muchachos salieran de la región, tres de los cuales ya son profesionales.

–A los jóvenes también les toca andar escondiéndose, y si un campanero los ve, algunas veces hablan con ellos y los convencen de que no los delaten.

Ese acto de valor la obligó a recorrer su región con sigilo e inteligencia para no ser parte de las 40.806 víctimas por homicidio que registra el departamento de Nariño, aunque sí es una de las 37.279 por amenaza. Conoce las rutas y las horas para trasladarse con seguridad. Tuvo dos escoltas de la Unidad Nacional de Protección, ahora solo tiene uno. Y como Phyllis Wheatley y Harriet Tubman, también eligió otro nombre, en su caso, para poder contar su historia sin ser reconocida por sus perseguidores.

En su asociación tiene un grupo de 34 jóvenes que son hijos de las mujeres que hacen parte de su organización, a quienes forma, como lo ha hecho desde hace 24 años, en prácticas de producción ancestral –agricultura, ganadería, pesca, entre otras– y en prácticas de crianzas ancestrales –actividades enfocadas en los valores y el respeto por sí mismo, por lo propio y por lo ajeno–.

–Lo que me ha faltado es tener proyectos productivos con los cuales motivar a los jóvenes.

Esa frase es casi un clamor porque ha sido una tarea ardua evitar que muchachos y muchachas –porque a ellas se las llevan de campaneras– sean reclutados por las disidencias y los nuevos grupos armados cuando estos les ofrecen 3 o 4 millones de pesos mensuales por irse con ellos.

Daisy ha sufrido tres atentados; todos el año pasado, pero

eso no ha impedido que con la firmeza de quien sabe que está edificando futuros, siga en su promesa de luchar por los derechos de las mujeres afrodescendientes, y mantener el honor, como Harriet Tubman, de que ninguno de los muchachos a los que ha concienciado haya sido reclutado.

---

\*Nombre cambiado por petición de la víctima.

\*\*\*\*\*

---

## “CAMBIÉ EL CAMINO, PERO NO EL SUEÑO”

TEXTO Y FOTOGRAFÍA: EDWIN HERRERA BARTOLO

---



Katery Alborno Valencia fue la segunda de seis hermanos. Criada en un matriarcado compuesto por su mamá Odeth Jacqueline y su abuela Cruz Valencia, fue una niña inmensamente feliz: sus cinco hermanos y ocho primos le adornaron su infancia con juegos y dulces.

Juntos se criaron en el barrio Eduardo Santos, de Istmina, en el departamento del Chocó, mejor conocido como La Pepé, paradójicamente el barrio al que Kate no quiere volver en su vida; allí, en la adultez, sufrió violencia sexual, secuestro y desplazamiento a manos de integrantes de los grupos paramilitares, dedicados a la minería ilegal y el narcotráfico.

Su faceta estudiantil fue algo intranquila: pasó por varias escuelas en primaria y otros tantos colegios en el bachillerato; su rebeldía le valió para irse a vivir con su abuelita Cruz, quien era profesora en Quibdó y le tenía los ojos encima de forma permanente; sin embargo, esto no le impidió continuar siendo rebelde, sobre todo al término de un bachillerato accidentado, cuando nació su primer hijo, Léiner David, que llegó cuando tan solo tenía 16 años, el primer nieto y bisnieto de la familia, un consentido al que nunca le faltó nada.

Al año de nacido Léiner terminó el bachillerato y de ser vigilada por la abuela pasó a trabajar como vigilante. Per-

maneció con la nona en Quibdó mientras su madre cuidaba el niño en Istmina. El corazón no le dio para más y se separó del papá. Repetiría como mamá tres años después, con otra relación de la que nació Lenin Darley.

Ya con 25 años, su seño, la abuelita Cruz, que era como su mamá, le ayudó para abrir un negocio en Istmina, fruto de su pasión por la estética, las extensiones de cabello, el ali-samiento y los productos de belleza. Allí empezaría una nueva realidad para Katery.

En el 2010, las Águilas Negras eran la “voz cantante” en el territorio y el reclutamiento forzado era el pan de cada día. Cansados de esta situación, la seño Odeth –su mamá– y dos de sus hermanos terminaron viviendo en Medellín, mientras que Katery se quedó en el Chocó, junto a sus hermanos menores Francys y Marcela.

–Por esos días los paramilitares citaron a una reunión, y mi hermano Francys, de 18 años, no asistió, y así empezó todo este calvario. Los mismos amigos de él, con los que se crio en la infancia, integrantes de esos grupos armados urbanos, comenzaron a buscarlo para matarlo por orden del comandante; yo, como siempre bien atravesada, los enfrenté y ahí fue Troya –confiesa.

Luego de enfrentarlos en terreno enemigo, Katery regresó

a casa y fue como si un huracán hubiese pasado por allí: encontró varios hombres en el sitio buscando a Francys.

—Necesitamos a su hermano; la ley acá somos nosotros, y el que no vaya a las reuniones tiene que haber comprado su bóveda y su lápida —le dijeron en tono amenazante, después la golpearon y se la llevaron en mototaxi.

Nuestra protagonista no recuerda nada más, solo que seis hombres se la llevaron a rastras de la casa y le dieron un cachazo tan fuerte, que volvió a tener conciencia al día siguiente, tirada en las escaleras de su casa, con la ropa y la cara destruida, como si una tractomula le hubiese pasado por encima.

—Busqué un amigo policía y me ayudó a salir de Istmina porque me llegó una razón: que teníamos tres horas para salir del pueblo. Francys, Marcela y mis dos hijos llegamos escoltados hasta Tadó y luego a Quibdó, donde puse la denuncia en la Fiscalía y entré al programa de víctimas protegidas.

Todos esos problemas derivaron en la muerte de sus dos seños: Cruz y Odeth murieron en menos de dos años luego de estos acontecimientos; la abuelita no soportó la impresión de ver a su nieta amenazada y su mamá por el asedio constante de las llamadas de los paramilitares preguntando dónde estaban sus hijos, que los iban a picar.

Con el grupo de víctimas protegidas, Katery recorrió el país. Bogotá, Barranquilla y Medellín fueron algunas de las ciudades en las que vivió, pero fue en “Curramba, la Bella”, después de muchos ires y venires, en donde encontró el mayor apoyo, la oportunidad de estudiar estética y comenzar a progresar de nuevo. Sin embargo, la violencia no la había olvidado y tuvo que huir, por amenazas y extorsiones debido a su progreso, con rumbo a la capital del país.

En Bogotá conoció una nueva pareja y tuvo a su tercera heredera, Liana Dahiara, felicidad fugaz porque la muerte tocó de nuevo sus puertas: el 18 de septiembre de 2017 su pareja fue asesinada en Bogotá, por grupos urbanos de Ciudad Bolívar; sin embargo, pese a su soledad y tres hijos auestas, Katery no se dejó derrumbar y terminó viviendo en Dosquebradas, en el departamento de Risaralda, en casa de unos familiares que le tendieron la mano.

—La violencia me ha quitado mucho, mi abuela, mi madre, la niña ni siquiera tiene el apellido del papá porque no alcanzamos a ponérselo; todo esto me ha obligado a ser fuerte. Nadie sabe por lo que yo pasé y no se lo deseo ni a mi peor enemigo.

Fue en tierras cafeteras en donde comenzó a tener mucho más contacto con entidades como la Unidad para las Víctimas y la Personería Municipal, que han sido

fundamentales en su proceso de recuperación emocional.

Kate iza la bandera de la valentía y el emprendimiento por un sueño: tener una casa estética afro. Para eso necesita que se le cumpla otro anhelo: recibir la indemnización como víctima del conflicto para “invertirla en la cuota inicial de su casa” y sacar su proyecto adelante.

—La violencia nos obliga a cambiar el camino, pero no el sueño, yo quiero ser líder de mujeres echadas para delante,

proactivas, y tengo en mi mente capacitación, emprendimiento y empoderamiento, ya despegué y no voy a parar. Un día entrevistará a la empresaria Katery.

Como dicen: esa es la actitud, la que se necesita para llegar al momento de la muerte y sentir que se cumplió con la vida, sin importar las piedras en el camino, como se lo enseñaron.

—Mi abuela siempre me dijo: “Cuando el camino es fácil, por ahí no es; cuando más oscuro está la noche, es porque ya va amanecer”.

\*\*\*\*\*

A dramatic sunset over a body of water. The sky is filled with vibrant orange and yellow clouds, with the sun low on the horizon. In the foreground, a dark silhouette of a canoe with four people inside is on the water. The overall mood is serene and contemplative.

**2**

**LAS ASTILLAS  
DEL COMBATE**

---

# RAÚL ESTUPIÑÁN, EL ENFERMERO DE GUERRA, AL RESCATE

POR: ERICK GONZÁLEZ GONZÁLEZ

FOTOGRAFÍA: RAFAEL ESTUPIÑÁN



**12-07-2014.** Base Aérea del Ejército colombiano en Medellín. Hora 8:30 a. m. Misión: rescatar personal militar herido en combate por el frente 18 de las Farc, en el Nudo del Paramillo, en Antioquia. Código: Halcón. Tiempo misión: indeterminado.

Zeus 4-1, listo. Zeus 5-1, listo. Zeus 6-1, listo... una bandada de helicópteros Black Hawk se dirige al lugar de rescate.

**8:45 a. m.** Los helicópteros salpican el cielo. 9:00 a. m. Cerca a Ituango. ¡A tierra! ¡a tierra!, los rescatistas, entre ellos Raúl Antonio Estupiñán, descienden de los helicópteros con sus equipos de campaña y sus Galil 5.56, “porque a diferencia de otros conflictos, el enfermero de guerra en Colombia debe ir al campo de batalla con su arma”. Un maremágnum de odios de diversos calibres se disputan la supremacía de la zona. Galil versus AK47.

Zeus 5-1, habla Zeus 4-1, cambio. Aquí Zeus 5-1, adelante Zeus 4-1. ¡Debemos despegar ya! ¡Esto está caliente! Los helicópteros levantan vuelo. Raúl Antonio Estupiñán y otros rescatistas comienzan a atravesar el campo en búsqueda de sus compañeros heridos. En ese momento el cuerpo de Raúl genera una cantidad de adrenalina y de sustancias que hacen que se convierta en otra persona para salvaguardar su propia vida.

Minutos después de su arribo, los Galil comienzan a inclinar

la pugna a su favor. Los integrantes del frente 18 de las Farc se repliegan, pero su huida torna aún más peligrosa la zona. Ese infierno ahora propone esquivar minas y balas. El aire sabe a azufre. Una mina antipersonal descubierta detiene el eje de avance del Ejército y obliga a protocolos en tierra para adelantar con cuidado las tropas.

Hombres de uno y otro bando caen; los rescatistas o enfermeros de guerra permanecen invictos, pero las balas enemigas no ayudan precisamente a dar el paso seguro. Emergencia y urgencia se mezclan por salvar una vida y por la zozobra de la propia. Cada paso es eterno y presagia la eternidad; cada respiración, también. Un paso, dos pasos, otro paso... ¡bum! Ha caído Raúl.

Está aturdido y cree que fue una bala que lo impactó. Se cerciora que no. Intenta incorporarse para responder al fuego, pero cae de bruces. Comprende de inmediato: su pie derecho fue amputado por la explosión. Comprende que no puede perder la conciencia. Comprende que solo su pericia lo separa de la vida y la muerte. Él es el arco, la flecha y el blanco. Es el rescatista y el rescatado. Es el salmo 91: “(…) y en la angustia estaré junto a él...”.

No puede gritar ¡hombre herido, hombre herido! Su silencio lo blindo de la muerte. Lo peor: no sabe cuándo regresarán los Black Hawk para extraer a los heridos,

para extraerlo, porque el tiempo de su misión es indeterminado.

Solo está determinado a no perder la conciencia, y para ello un pensamiento ocupa su mente: realizar la hemostasis, procedimiento para no perder mucha sangre, pero antes debe arrastrarse en procura de un lugar seguro. En el arrastre su herida se va llenando de tierra, de posibles infecciones, pero no hay espacio para cremas antibacteriales ni gasas. Su pierna izquierda también está afectada, pero no tanto. Su entrenamiento le dicta evitar un shock hipovolémico, que es igual a la alteración de la conciencia por la excesiva pérdida de sangre. Ve una ceiba a unos metros que semejan kilómetros. El tiempo y las distancias bajo fuego tumban cualquier planteamiento filosófico. El tiempo es o no es plantea Aristóteles. ¡A la porra! No hay.

Raúl llega a las raíces de la ceiba, que se convierten en su refugio, en el útero de donde debe renacer. Saca un dispositivo con una banda de velcro, una hebilla fijadora con ranuras de anclaje y una varilla de fijación. Pega el velcro, gira la varilla para presionar y cierra el escape de sangre. El dolor es indescriptible. Listo el torniquete.

Fueron minutos... tal vez segundos, “pero el aturdimiento hace que uno se desubique, y unos segundos de guerra podrían ser dos horas de una película por las imágenes mentales que se hacen”.

Esa función inicia con un flashback a una familia humilde, la suya, hace 39 años, en el barrio Los Libertadores, encima del 20 de julio, con una escuelita de barrio para su primaria, con su rebeldía bachiller en un colegio en el sector de San Blas y con la promoción del 99 del Colegio Cooperativo Altamira y Barrios Surorientales.

Con las películas y series de los años 80 y su favorita: Los Magníficos y su personaje Murdock, el piloto que hacía las misiones aéreas de riesgo. Con las imágenes noticiosas de combates y tomas guerrilleras y el material audiovisual sobre operaciones especiales, los comandos y las unidades de élite de los años noventa.

Las secuencias continúan con los antecedentes de su familia, no penales, sino militares y el “yo quiero ser como ellos”. Con su ingreso como soldado bachiller, gracias a un primo, al Centro de Entrenamiento del Ejército (CENAE) en Tolemaida. Con su incorporación como soldado profesional al Batallón del Alta Montaña No. 1 en el Páramo de Sumapaz y su sueño de saltar en paracaídas.

Con la decisión de ser enfermero de combate, sus estudios en el Sena, en la Universidad Militar, en el curso Tactical Combat Casualty Care, “para transformar la enfermería técnica en enfermería de guerra y sus variaciones en el método de atención, programa que realiza personal civil para

enfrentar atentados terroristas y otros tipos de violencia”.

Con la película *La caída del halcón negro*, de Ridley Scott, del 2001, “con la que entrenan las unidades especiales del Ejército para analizar los casos tácticos basados en hechos reales y revisar los procedimientos militares de los médicos dentro de la misma situación de guerra”. Con el primer herido que rescata, en el Páramo del Sumapaz, en un sitio llamado Las Chorreras.

Esos recuerdos ya conducen la moto Royal Enfield que Raúl siempre quiso tener desde que vio a Indiana Jones montado en una, y que compró una semana antes de refugiarse en las raíces de una ceiba que forman una especie de útero del cual está a punto de renacer.

El fundido encadenado en su mente es interrumpido por las voces de los soldados del Ejército no especialistas en rescate sanitario, que lo cargan como si fuera una maleta. Lo transportan alrededor de 700 metros hasta el lugar donde espera ser helicoportado.

**12-07-2014.** Hora 7:00 p. m. Zeus 6-1, habla Hades 1, cambio. Hades es el helicóptero “arpía”, netamente de combate, armado hasta las hélices que reconoce el lugar. Aquí Zeus 6-1, adelante Hades. Intensidad de combate ha bajado, pero no hay que subestimar al enemigo, recomendamos extraer rápido a los heridos. Zeus 6-1 aterriza. Cargan a Raúl. El helicóptero se eleva y un proyectil lo impacta.

Zeus 6-1 ¡Me dieron, me dieron! El 6-1 parece caer. ¡Agárrense, agárrense! Aquí Hades 1, Situación 6-1. Aquí Zeus 6-1, impacto en el motor de cola. 6-1, ¿puede maniobrar?... Creo que sí. Los técnicos de vuelo responden el ataque con la artillería y logran alejarse.

Después de 10 horas de espera, Raúl está en el aire y solo piensa en que le salven la rodilla, porque no le circula sangre, y porque su futura motricidad se complicaría. Perdió varios compañeros y un gran amigo ese día. Ya puede imaginar el esfuerzo que implica unir los fragmentos de su nueva vida. Los “usted es un berraco”, “métale la ficha”, “yo veré” con que él animaba a otros, ahora debía decírselo a sí mismo. Sabe que debe espantar la nostalgia. Sabe que le espera el amor familiar.

No sabe que le espera una propuesta para crear la Fundación Enfermeros Militares y hacer parte de la Organización Internacional de Medicina Táctica, para dedicarse a capacitar personal de salud y equipos de respuesta de la Defensa Civil y Bomberos alrededor de la medicina de guerra, ni que tendrán 11 países aliados donde entrenarán todo tipo de rescates; ni que hará parte de *Victus* la memoria, la obra de teatro documental dirigida por Alejandra Borrero que con actuaciones de algunas víctimas contará lo que ha sido el conflicto armado interno colombiano; ni que hacia el 2016 conocerá al amor de su vida; ni que será beneficiado

con un programa educativo que le permitirá estudiar, desde inicios del 2019, Cine y Televisión en la Universidad Jorge Tadeo Lozano; ni que recogerá sus pasos como militar en el Páramo de Sumapaz en su cortometraje documental Espeletia BK; ni que en octubre del 2020 será condecorado por la Unidad para las Víctimas como veterano de guerra, ni que será

una de las 11.738 víctimas del conflicto por mina antipersonal, munición sin explotar y artefacto explosivo improvisado.

Raúl ingresa al quirófano, y solo tiene la certeza de que seguirá disfrutando de su Royal Enfield; es probable que bajo el efecto del sedante ya haya comenzado a pilotearla.

\*\*\*\*\*

An aerial photograph of a wide, muddy river with a yellowish-brown hue, winding through a dense, lush green forest. The river flows from the top left towards the bottom right, curving slightly. The surrounding forest is thick and vibrant green, with some mist or low clouds visible in the distance. The overall scene is a natural, untamed landscape.

**3**

**—**  
**RECUERDOS  
VIOLENTADOS**

---

# MI ÚLTIMA LÁGRIMA

POR: ERICK GONZÁLEZ GONZÁLEZ

FOTOGRAFÍA: JUAN SEBASTIÁN GONZÁLEZ

---



—¿Quiere dormir cómoda o incómoda? —preguntó el comandante paramilitar.

—Yo lo que quiero es irme a la casa —respondió Luz Marina Pérez\*, joven de 16 años, ante su rapto.

— ¡Cuál casa! Esta es su casa. Usted no tiene que irse para ningún lado.

—Yo no le hecho nada a usted, yo no me robé esa arma... usted sabe que es suya —alega Luz, por el arma que el comandante le puso en su bolso durante una requisita a una flota, en la que ella iba para Cúcuta, para disimular su intención de raptarla durante un retén paramilitar montado a las afueras de La Gabarra, en Norte de Santander, semanas después de la masacre nocturna del 21 de agosto de 1999, cuando unas bengalas lanzadas por el Ejército autorizaron el ingreso al corregimiento a cerca de 150 paramilitares que cometieron uno de los genocidios más brutales en la historia reciente de Colombia: 35 muertos en una sola noche.

—Sí, es cierto, pero quién le va a creer a usted... Tranquila, vamos a hacerlo bien: vamos a ser novios.

—Yo no quiero tener novio. Yo no tengo novio.

— ¡Cómo que no!, si el novio suyo soy yo. ¡Quién más se ha atrevido a abejuorarla en La Gabarra!

—Nadie, porque no me dejo de ningún hp.

— ¡Ah! O sea que yo soy un hp. Me va tocar enseñarle a hablar, jovencita. Va a dejar de ser grosera.

—Pues yo hablo así, y yo a usted no le tengo miedo.

—Y si no me tiene miedo, ¿por qué estaba llorando en el bus?

—Porque tenía cólicos.

— ¡Ah! No me diga que no le dio miedo, claro que le dio miedo. ¿Usted no sabe en qué camioneta la traje?

—Pues en la suya.

—Pero ¿sí sabe cómo se llama?

—Pues si no me interesa cómo se llama usted, menos cómo se llama su camioneta.

— ‘La última lágrima’ —respondió—. Ese era el nombre fúnebre que bautizaba a esa camioneta verde que imponía el terror, la impotencia y la tristeza en La Gabarra y veredas aledañas: persona que subieran a ese vehículo prácticamente eximia a su familia de exequias y despedidas. Su cuerpo, la mayoría de las veces mutilado, después de un tiempo de tortura en la casa del terror en la vereda El 60, era arrojado al río Catatumbo, probablemente la mayor fosa común de Norte de Santander. Aunque a veces ese ritual sangriento tenía excepciones y algunos cuerpos aparecían en la carretera.

### La primera lágrima

Luz ya se había topado con el comandante sin querer, ignorante del halo sombrío que lo envolvía. Ella arribó junto con varios amigos a La Gabarra días antes de la masacre. En ese entonces, esa zona era la tierra prometida. La noticia de los bultos de dinero que producía la coca tenía buen rating entre los jóvenes soñadores, y ser raspachín de la hoja

era el destino no tan anhelado, pero sí el predestinado. Preferible eso al constante ultraje sexual de su padrastro, abuso que reveló a su madre, quien desestimó su auxilio.

Ella estaba en una finca para la noche de la masacre. La flojera y su floja economía le impidieron bajar al pueblo con cuatro de sus amigos a comprar productos para el aseo.

“Ellos se quedaron parrandeando y los agarró el terror. Uno de ellos todavía está vivo, porque cayó un aguacero y él se tapó con los cuerpos de los muertos, y así permaneció toda la noche. No regresó a la finca. Se fue para Cúcuta caminando, y en cada retén que encontraba decía que iba para la finca. No supe nada de él en esa época”, recordó.

Ese joven zombi es el mismo N.N. que refieren otras biografías de esa masacre cuando rememoran al desconocido que se salvó de su muerte gracias a los muertos.

Cuando finalizó el trabajo de la raspa, el dueño llevó a Luz y a sus compañeros a La Gabarra para que tomaran el transporte a Cúcuta. Allá les pagó cinco mil pesos, pero en el pueblo los paramilitares los detuvieron.

“Me puse a llorar y me cachetearon; me dijeron que parara de llorar o si no iba a tener un motivo para chillar por dolor. Mis compañeros de la raspa tam-

bién me dijeron que me callara. Me preguntaron por mi mamá, por mi familia, que para dónde íbamos. Me cachetearon de nuevo, cuando de repente un señor que no conocíamos dijo: ‘Ellos van a trabajar a la finca mía. ¿Qué pasó muchachos? Los estaba esperando para trabajar y ustedes no llegaron’. Si ese señor no dice eso, nos llevan. Después nos enteramos de que el señor que nos pagó los cinco mil pesos le había dicho que había unos muchachos que estaban buscando trabajo, y que él al ver que me estaban golpeando se arriesgó y nos llevó a trabajar con él. Cuando se terminó el trabajo de raspar quería que nos quedáramos para abonarle por el favor de salvarnos”.

En realidad, el patrón quería aprovecharse de los trabajadores y quedarse con Luz, pero se apareció un joven llamado William que les ofreció una ayuda muy particular.

—Yo los ayudo, pero usted queda como novia mía.

—¿Cómo así? —pregunto Luz.

—O se queda conmigo o se queda con el de la finca. Si quiere salir de acá tiene que hacer eso... vea que es por su bien.

El patrón protestó más que una marcha ante su marcha.

—¡Ustedes se quedan! ¡ustedes se quedan!, y usted jovencita se queda —ordenaba con desespero.

—No, señor, yo me voy con él.

—Usted tiene trabajo acá y tiene una deuda conmigo.

—El que tiene una deuda es usted.

Págueles la raspa, que ella y sus amigos se van –rebatíó William.

–¿Y por qué se va ella?

–Porque ella se cuadró conmigo y es la novia mía –respondió William, tal lo planeado.

–¡Pero, si ella no tiene a nadie!

–¡Que no!, tenemos ocho días de ser novios.

–Pues ella no se va.

–Pues si no la deja ir, salgo a la carretera y en el retén digo que usted no la dejó salir, que usted quiere quedarse con ella. ¡Usted verá!

Los insultó y les arrojó la plata por la cara. “Lárguese, que usted no vale un peso”, se gritó a Luz. Se fueron de la finca. Querían ir a Tibú, pero William los convenció de que era más fácil pasar los retenes si tomaban el bus en La Gabarra. Confesó, además, que todo había sido para sacarla de esa finca, que no tenía ninguna pretensión con ella, porque era una niña y que él tenía hermanas y mamá.

### La segunda lágrima

El problema –según Luz– fue llegar a La Gabarra y ver a un hombre de negro en un caballo muy bonito. “Ojalá nunca lo hubiera visto”, lamenta. Sus amigos se quedaron tomando jugo en el puente que conduce de La Gabarra al 60. “Yo me fui a caminar sola y en el puente vi ese caballo negro, que caminaba muy bonito, con un hombre de sombrero vestido todo de negro. No sabía que a ese señor no le gustaba que lo miraran”. –¿Por qué me mira? ¿Quién se cree

usted? –dijo amenazante el hasta entonces desconocido comandante paramilitar.

–Yo puedo mirar a quién yo quiera y para donde quiera. Además, no lo estoy mirando a usted, miro al caballo –respondió Luz con esa altanería propia de la juventud que desdeña las consecuencias–. Se bajó del caballo, le dio las riendas a otra persona y se abalanzo sobre ella para agarrarla del cuello.

–Si tanto le gusta mirarme, le va a tocar seguir mirándome por el resto de su vida.

A la fuerza la besó y Luz le pegó. Él le devolvió el golpe. Ella no iba a permitir que lo vivido con el padrastró en su casa se repitiera y de nuevo le levantó la mano. Fue lo peor que pudo hacer. No era su padrastró. “Me agarró del cabello y me arrastró como cinco metros”.

–¿Por qué me pega?

–¿Por qué la voy a soltar?, si usted ahora es mía.

–Yo no soy de nadie, yo no soy de usted ni de nadie.

–A partir de ahora usted es mía.

–¿Por qué voy a ser suya?

–Se calla la jeta, que usted no está aquí para opinar, y se va conmigo.

–Pues yo no me voy con usted. ¿Sabe qué? ¡Muérase!

–¿Y quién me va a matar? ¿Usted?... Y sacó el arma y se la tiró al frente.

–A ver, ihágale!, ipégume un tiro! No fue capaz, se puso a chillar y se sentó en una piedra.

—Usted es una culigada, puro miedo, pero tranquila que al lado mío se va a volver una mujer —lo dice mientras se sube al caballo.  
—Después nos vamos a ver. Tranquila que yo la encuentro.

### La tercera lágrima

Y se fue, con la seguridad de quien sabe adivinar el futuro. El señor que le tuvo el caballo al siniestro personaje le aconsejó que se fuera como la luz. Ella corrió más rápido que un chisme adonde sus amigos. Al principio no le creyeron, y cuando lo hicieron la necesidad los obligó a buscar trabajo... pero no encontraron. Decidió marcharse del corregimiento. Cada paso que daba era como si fuera una agente encubierta. Su objetivo era ver que el hombre de negro no la viera. Solo podía valerse por sí misma, porque sus amigos no lo distinguían. Caminaba por la calle principal del pueblo cuando extrañamente vio que la marejada de gente comenzó a abrirse como el Mar Rojo. Ella no entendía lo que pasaba y no veía al hombre de negro con el caballo. Confiada cruzó la calle cuando un golpe...

—¡La matóóó! —gritaron los transeúntes.

“No sé qué me pasó, estaba elevada, y este señor frenó y me pegó. Caí al suelo y él se bajó con la pistola en la mano”.

—Y esta grandísima infeliz, se quiere morir, pues se va a morir, porque mire cómo me hizo gastar los cauchos a la camioneta, malparida.

“Y cuando alcé la cabeza para ver quién era...”

—¡Ay!, pero si es la dueña mía. ¿La golpeé muy duro?

“Lloré más”.

—Todavía sigue llorando. Usted va a dejar la pendejada, mire que no le pasó nada. ¿Sabe qué? Voy de afán.

Me agarró de la camisa y me tiró a los pies de un señor que vendía jugos en una esquina.

— Si ve que yo le dije que yo la encontraba... es más, usted solita llega donde yo estoy. ¡El que se quiera morir, que se atraviese!

Del golpe y del teatro negro de la vida, a Luz se le iban a ir las luces. Solo escuchaba de la gente el “¿está bien?”, el “usted corrió con suerte”, el “ese hombre no le tiene lástima a nadie”, el “dele gracias a Dios que no la mató, le hubiera pegado unos cuantos tiros y le hubiera pasado la camioneta por encima”. Eran un coctel de opiniones molotov que incendiaban su preocupación. De ese ensimismamiento la sacaron las voces de sus amigos, Nelson y Albeiro, con otro mix de preguntas y noticias: “¿Qué le pasó? ¿Qué hace revolcada en el piso? ¿Se le volvió resabio revolcarse? Vea que conseguimos trabajo, vámonos que ya estamos en la canoa”.

“Nos fuimos para San Martín, pero allá estaba peor, estaban matando a todos los que creían que eran informantes de la guerrilla. A veces estaba uno raspando y llegaban a la finca vecina a matar gente. Ese trabajo duraba

mes y medio, y me daba miedo que se acabara la raspa y luego tener que volver a bajar La Gabarra, pero lo peor era que si quería viajar a Cúcuta tenía hacerlo”.

### La cuarta lágrima

Cuando terminaron las labores, el dueño de la finca se demoró en pagarles el sueldo, y la puesta en escena de un nuevo encuentro con el hombre de negro no la podía exiliar de su cabeza. La vida ya había ensayado con ella dos veces esa obra de terror. La farsa teatral estaba en marcharse sin la paga, y con lo que la había sudado, pero esa idea, preferible a un sudario, apretó y apretó hasta que decidió ensayarla: se subió a un bus con dirección a Cúcuta sin reclamar su jornal. Creó así un nuevo refrán: “Del afán no queda sino...”, el lector de estas líneas le pondrá el final.

“Llegué hasta el sector del 25. Había un retén y nos pararon el bus, entonces me agaché entre los asientos”.

–¡Todos a bajarse del bus! –vociferó un ‘para’ que subió a la flota. Y se bajaron, menos Luz. Alegó fuertes cólicos.

–¿Y esa por qué no se baja? ¿Es que tiene corona? –preguntó el hombre que estaba a cargo.

El drama estaba por convertirse en tragedia. “Alguien subió al bus, y yo me encogí más entre los asientos”.

–¿Usted es la que tiene mucho dolor? ¿Necesita la pastilla? Venga y se la doy...

“Escuché la voz y me dije: ‘¡¡¡No puede seer!!!’... No sacaba la cabeza y me quedé agachada entre las sillas, acurrucada. Y preguntó: ‘¿La quiere con agua o sin agua?, y me agarró del cabello..’”

–¡Ah, es que usted! ¿Para dónde va? ¿Con el permiso de quién? –con sorna preguntaba el hombre de negro.

Justo cuando detuvieron el bus había llegado la camioneta verde conocida como ‘La última lágrima’ a la carretera. El hombre de negro tenía cita con un señor que le decían ‘Cordillera’ –uno de los principales paramilitares de la zona–. Ese día habían intercambiado roles, porque ‘Cordillera’ era el que generalmente actuaba en los retenes, pero tuvo que resolver otra diligencia y el hombre de negro asumió su papel en ese sector.

–Tengo que ir a Cúcuta porque estoy enferma –clamaba Luz...

–Eso no importa, aquí hay médico. ¡Bájese o la mando bajar! ¿Cuál es el bolso suyo?

–¡Aquí hay un bolso sin dueño! –dijeron los de afuera.

Le entregaron el bolso, lo abrió y metió un arma a escondidas. Luego ordenó requisar el bolso y al voltearlo salió el arma.

–¡Bajen a esa!, que quién sabe a quién iba a matar o robar. ¡No tiene permiso para irse a Cúcuta! –ordenó, y la bajaron.

“Él hizo que me llevaran a no sé dónde. Me sentaron. Me dejaron toda la tarde hasta que bajó el sol, y aparecieron otra

vez. ‘Ella se tiene que ir con el comandante’, dijeron los que me cuidaban. ‘Yo no he hecho nada, esa pistola es de él’, les dije. ‘Deje de decir mentiras’, respondieron. Me puse a chillar y les dije: ‘Si me van a matar, me matan acá, pero yo no voy a salir de acá.

“‘Esta china hp nos va a hacer matar en serio’, dijo uno de ellos y me pegó y me sacó el aire y me agarró del cabello, y en esas llegó el comandante... ‘¡Qué hace usted maltratando la mercancía!’, idoble hp, le dije que me la tratara bonito!’, ies mercancía fnaaa!’

“Y en esas llegó ‘Cordillera’... ‘¿Qué pasa acá?... Nada, que le estoy enseñando a esa malparida cómo es que se trata a la gente acá’, respondió el comandante. ‘¿Qué hizo?... Es una altanera, de esa me encargo yo’, de nuevo respondió.

“Cada quien tenía un grupo: uno dirigía una cuadrilla y el otro dirigía en el pueblo. Me subieron a una camioneta verde.

“‘¿Atrás?’... , preguntaron los subordinados. ‘¡Nooo, adelante, el puesto de ella no es atrás, es adelante!’’, respondió el comandante. Entonces ‘Cordillera’ dijo: ‘Ah, ella es un pasabocas’... ‘Acaso, solo usted tiene derecho’, le replicó el comandante. ‘Déjeme a mí también’... ‘Ahí vemos’”.

### **La quinta lágrima**

“Y me llevó a una pieza donde la cama estaba llena de armas, yo nunca había visto tantas armas.

Eso olía a muerte. Era en La Gabarra, cerca a la cancha del pueblo”.

Después de preguntarle si quería dormir cómoda o incómoda, de decirle que era su novia, de indagarle si tenía miedo y de revelar que la camioneta verde en la que la había llevado a esa habitación era ‘La última lágrima’, el comandante la dejó encerrada en ese lugar. Ella se abalanzó sobre la puerta y le gritó: “¡Déjeme salir!”. Inmediatamente él volvió a abrir la puerta y del empujón la tiró al suelo.

– Se va a quedar aquí encerrada y calladita, porque si vuelve a hacer bulla, voy a abrir la puerta a punta de plomo, y si usted está detrás de la puerta se va a morir.

“Me quedé rezando, para pedirle a Dios que cuando llegara ese señor me dejara salir. Pero cuando llegó, estaba borracho y trajo unas muchachas. Me escondí debajo de la cama. De allá me sacó y me dijo: –Le traje a unas profesoras, para que aprenda, porque me imagino que no sabe nada; así usted va aprender hoy. ¡Que empiece la acción!

“Yo me metí debajo de la cama y otra vez me sacó. Me amarró a una silla con cadena y candado... porque repetía que yo tenía que aprender cómo le gustaba... Así me tuvo encerrada por días. Después supe que mis amigos sí se habían podido ir a Cúcuta. Me compró ropa, pero para dormir... nada de pantalones ni camisas... porque decía que yo no tenía por qué salir.

Después llevó a unos amigos... Según él, uno de ellos era el cura, el que nos iba a casar; los otros eran testigos... Él era el novio y yo era la novia”.

—Vea... fuimos novios. Le enseñé... y usted es mi mujer ahora... y ahora tiene que cumplir, porque todos los matrimonios tienen su noche de bodas...

“Yo le dije que no quería... Se puso a darme trago y me decía que dejara de chillar... Me daban el trago a la fuerza.

“En esas le metió un tiro al cura, y amenazó con que si yo no seguía tomando se iban a morir el cura y los testigos... que por cada trago que yo no me hartara les iba a pegar un tiro. El cura me rogaba y me decía: ‘Mire que tengo dos hijos, tómeselo trago, que me van a matar, niña, no me deje matar, y mis hijos se van a morir de hambre’... Y el comandante decía: ‘no sea mentiroso que los curas no tienen hijos’. Ese no era cura. Me emborraché, y al otro día cuando me desperté me dolía todo.

“Duré encerrada un mes. Me sacó para ir donde El Gato, un restaurante de comidas rápidas”. —La voy a sacar, pero si usted se porta mal, ise muere!

“Me sacó un domingo que había muchísima gente. Fue cuando me sacó de día. Y de pronto se subió a ‘La última lágrima’ y se fue.

“El Gato cerró. Cayó un aguacero, y yo, muerta del miedo, me

quedé ahí. Dormí al lado de la caneca de la basura. En la mañana me fui para la pieza de él; es que el miedo era porque siempre me lo encontraba, y siempre que me subía a un bus, me bajaban. Allí me quedé hasta mediodía y después me fui a caminar al puerto maderero. Allí me encontré a unas personas que me preguntaron: ‘¿qué hace acá, Luz?, ¿tiene trabajo?, ¿ropa?’... No tengo nada les respondía... ‘¿Qué le pasa?’... Me casaron. ¿iCómo que la casaron!?... Usted no es un animal, fue la conversación.

“iPues váyase!... Pero no tengo plata, ¿y para qué?, si cuando me iba a ir me agarró afuera y me devolvió. ¿Y quién es?... Me preguntaban, pero yo no decía nada.

De repente vio que se acercaba el otro comandante, y se puso a llorar. Pero se salvó del santo y seña paramilitar. No la reconoció o no la vio, y pasó de largo en su moto. “Ese se llama Cordillera”, le dijeron. “iVáyase con nosotros!”, le propusieron. Y se fueron para Cuatro Ranchos, donde duró aproximadamente tres meses, pero el regreso a La Gabarra no lo podía esquivar.

### **La sexta lágrima**

“En el puerto maderero el comandante me vio, pero yo no lo vi, y como me vio acompañada, él creyó que mi amigo Esmeralda era el mozo mío. Quería regresar a Cúcuta, pero qué hacer con los retenes, preguntaba, y él me decía que me soltara el cabello, que me despelucara, y en ese momento

se armó un tierrero. ‘¡Viene la camioneta!’ , gritó. No sé qué me pasaba. Me quedé estática. Para no pegarme con la camioneta, el comandante se la tiró a Esmeralda, y otra vez pa’ la misma pieza. Estuve una noche ahí. Me dio en la jeta todo lo que quiso y amenazaba con matar a Esmeralda...

“Me sacó de ahí y me llevó para otro lugar, que era una invasión, y me metió en otra casa. Me di cuenta que en el tiempo en el que estuve en Cuatro Ranchos, él agarró a otra muchacha. Un día la metió en la casa... era más chinita que yo... esa muchacha no lloraba... le gustaba estar con él. Se jactaba que sus mujeres tenían que estar con él, y las dos al mismo tiempo...”.

—Vea que ella no llora. Vea que le toca a usted porque me debe un poco de tiempo. Es que usted es mi mujer; ella es la moza.

—Yo no quiero.

“Pues me quitó toda la ropa, me amarró, y puso a que la otra me besara y me tocara... Así fueron varias veces con ella... Luego esa muchacha apareció muerta... y comenzó a llegar con otras, borracho... Así duré como un año”.

“En ese tiempo me llevó a La Casa de la Tortura”. Ese era el lugar más tenebroso de la región, donde hasta al diablo le hubiera dado miedo ingresar. Y si hubiera ingresado, seguro se tapaba los ojos. ¡Qué pena con el Bajísimo! Eso era casi un an-

fitratro, porque solo ingresaban cadáveres, es decir, personas destinadas a morir luego de un interrogatorio sangriento. Estaba en la vereda El 60, a cinco minutos de La Gabarra, cruzando el puente sobre el río Catatumbo. Fue el símbolo del terror por varios años. No se sabe cuántas personas asesinaron allí.

“Él quería que yo viera cómo torturaban y mataban, y como yo me quería salir de allí, entonces me sentó y me amarró a la silla para que viera. Solo me llevó esa vez.

“El comandante después se cansó de mí, porque yo no le hacía caso... No le gustaba que llorara... y decía que quería matarme y que si yo no le firmaba el divorcio, él lo firmaba solito”.

—¿Pero cuál divorciooo?! Si usted y yo firmamos un cuaderno y, además, yo ni firmé... Usted me cogió la mano y me obligó a firmar unos rayones, y eso no vale.

—Claro que sí vale.

“Entonces me subió a la camioneta, me puso una venda, y cuando me la quitó estaba en una pieza en medio de otros líderes paramilitares, además de ‘Cor-dillera’ y él: Gacha. Yo le decía que me dejara ir. Estaba segura que no me iba a hacer daño, porque me había dicho que no era capaz de matarme. Pero ese día me dijo que me había dejado de querer. Dejarme esa noche con ellos fue su divorcio”.

### La última lágrima

Sobrevivió. No se explica cómo. Estaba sola en esa habitación. Atolondrada salió de allí. No había ‘paracos’ a la vista. Algo había pasado, pero no sabía qué era. Pese al paroxismo por lo vivido decidió huir. Caminó en La Gabarra hasta que se topó con un señor que tenía carro y que iba a viajar con una jovencita a Cúcuta. Les imploró que la llevaran. Él no quería, pero la muchacha sí, y ella la metió en el vehículo. A medias les contó el porqué de su afán. Salieron a la carretera y cuando se acercaban a la vereda Vetas, por el retrovisor vieron que detrás de ellos iba una camioneta verde.

“‘Ese señor se enteró que usted no está en el pueblo... No puede ser, me voy a morir de todas formas’ dijo el señor. ‘¡Acelere, acelere, que viene La última lágrima, y nos matan a todos!’”, le gritábamos. Y aceleró. La muchacha llora y yo también, porque otra vez para atrás, desde Vetas hasta sector de El 25 lloramos todos. De pronto vimos que ‘La última lágrima’ se detuvo. Y ahí fue la última vez que vi ‘La última lágrima’ y a ese bendito sombrero negro. Supongo que se detuvo para hablar con ‘Cordillera’”.

No pararon hasta llegar a Cúcuta. Luz vivió un tiempo sin luz, escondida en un rancho de latas debajo de un puente, por el canal Bogotá, porque pensaba que ahí no la hallarían. Y si antes conoció la ley del monte, ahora

vivía la ley de la calle y su menú: solo comida para llevar. La carta de sobras era amplia, pero casi siempre elegían las verduras. Conoció a muchos indigentes con los que compartió la comida, y tuvo un amigo, Fercho, que frisaba los 23 años, quien se enamoró de ella.

“A Fercho le conté mi historia... y nunca me hizo nada ni siquiera lo insinuó. Él le decía a su mamá –una prostituta y viciosa– que me dejara vivir con ella, porque había un ñero que quería abusar de mí”.

Pero mataron a Fercho de un disparo. Esa bala casi reabre las heridas de Luz. Debió esfumarse de la casa de la madre de su parcerero, porque quiso prostituirla. “El que traía para tragar se murió”, argumentaba. Incluso, le llevó un cliente para su ritual de iniciación, al que casi noquea. Al otro día se fue al negocio de un tío, por parte del padrastro. Ella no quería llegar allá, pero le tocó, y al verla...

– ¡No lo puedo creer, usted no está muerta!, ¡pero si la misa suya es mañana!

– ¡¿Cuál misa?!

– ¡Pero si usted va a cumplir dos años de muerte!... ¡ya la enterramos!

El autor intelectual de ese funeral, sin querer, fue el amigo que se tapó con los muertos durante la noche de la masacre de La Gabarra, quien al regresar a Cúcuta aseguró que era el único

sobreviviente. Solo años después se reencontraron.

Faltaba llegar a la que era su casa, donde su madre culpaba a su padrastro de su muerte por el abuso al que la sometía, y él también se daba sus tres golpes de pecho.

Cuando arribó a la que era su casa, se encontró primero con su padrastro, quien había jurado al cielo que si ella aparecía él se iba del hogar... eso le dijo a ella y cumplió su promesa. Luego vio a su madre, quien le pidió perdón.

Durante mucho tiempo Luz Marina Pérez vivió con temor. Después de 20 años tuvo el valor de regresar a La Gabarra a contar su historia. No fue fácil, casi no puede, porque el lugar de la entrevista fue La Casa de la Tortura, más exactamente en lo que llamaban El Corredor de la Muerte, por donde los paramilitares ingresaban a los sospechosos de colaborar con la guerrilla y a cualquiera que no estuviera de acuerdo con sus intereses, para conducirlos a los dos calabozos ubicados en el patio de atrás, la escala antes del suplicio y la muerte.

Esta casa hoy se ha convertido –gracias al proceso de reparación colectiva de la comunidad con la Unidad para las Víctimas, con el apoyo del PNUD y Colombia Transforma– en la Casa de Paz, un lugar para conservar la memoria histórica y generar acciones de reconciliación y perdón; todo un ejemplo de resiliencia.

Al final, y pese a que los recuerdos en esa casa la estrujaron, Luz Marina pudo exorcizarlos; el ejercicio de la meditación, del pranayama –ciencia hindú de la respiración–, que le enseñaron, le ayudaron. También las ganas de que las madres abran los ojos y los oídos.

“Las mujeres que tengan hijas o hijos, porque ellos también son vulnerables, créanles, y si no, por lo menos observen cómo sus hijos están diciendo verdades o mentiras, porque es muy triste vivir con el resentimiento de que mi mamá nunca me creyó. No cometan ese error”.

Por favor, lectores, no olvidar su final del refrán.

---

\*Nombre cambiado por petición de la víctima.

\*\*\*\*\*

---

# CECILIA Y SU HERENCIA DE LA GUERRA

TEXTO Y FOTOGRAFÍA: LUZ JENNY AGUIRRE

---



“Maravillosa, así es mi vida hoy”, el adjetivo con el que Cecilia describe su presente, refleja un milagro, luego de todas las piedras que el conflicto armado, el rechazo y una relación forzada le han puesto en su camino.

También es la evidencia de un corazón inmensamente fértil, con la capacidad de morir muchas veces y resucitar para darle nuevas oportunidades al amor, a la esquivada felicidad.

Tenía doce años y vivía en San Marcos, corregimiento de Buenaventura, cuando una confesión que le hizo a su papá transformó su vida en una pesadilla: “me gustan las otras niñas, no los niños”.

El padre, militar y campesino, emparejó a la brava a Cecilia con un hombre de 40 años para ver si su muchacha se volvía “normal”.

—Fue un horror, me mandan con él para Cali, a donde una tía, y me mantenían encerrada, no podía ni ir sola al baño. De esa relación obligada tuve cinco hijos a los que no veía como míos... nunca quise ser mamá...

Esa violación constante duró hasta los 23 años, cuando en un día inusual de soledad vio la oportunidad de escapar. Lo hizo y se devolvió a Buenaventura dejando atrás todo, incluidos los cinco hijos.

Echó raíces en el corregimiento de Sabaletas, donde los ríos del Pacífico son encantos cristalinos. Intentó rehacer su vida y conoció el amor en los brazos de una muchacha de la zona con la que hizo un hogar, tuvo cría de pollos, marranos y preparaba comida para vender.

—Fui feliz por primera vez siendo yo misma. En eso pasaron seis años, hasta que llegó a Sabaletas el Frente 30 de las Farc. Cuando se dieron cuenta de que vivíamos dos mujeres solas en una casa nos empezaron a frecuentar y prohibieron que le vendiéramos comida a gente diferente a ellos. Empezaron a averiguar por nosotros y alguien les dijo que éramos pareja. Hasta una noche en la que llegamos de una fiesta, ese día nos atacaron, cuatro guerrilleros me violaron y la obligaron a ella a ver, además la golpearon.

De aquel hecho quedaron un dolor imborrable y un embarazo. Quiso abortar, la maternidad le llegaba de nuevo, sin quererlo, y ahora era una herencia de la guerra.

El apoyo de su pareja la llevó a seguir adelante con la gestación, pensando en dar el bebé en adopción. Pero una “sorpresa” le hizo cambiar de parecer: eran mellizos.

—Mi pareja me dijo: “Tengámoslos”. Viví la espera con resignación. Resultó que uno estaba por fuera de la matriz y que el

que estaba dentro le daba vida al hermano. Ahí me dije, si ese pequeñito le está dando vida a otro, yo les tengo que dar vida a los dos. Cuando nacieron, fueron la felicidad de nosotras, pese a todo lo malo que nos recordaban.

Cuando los mellizos llegaron a los dos años de vida, Cecilia se enteró por vecinos de que la guerrilla los estaba buscando para llevárselos. “Eran hombres y les servían para la guerra, además, decían que les pertenecían”.

Huyeron hacia Anchicayá, igualmente en el Pacífico, y allá también las encontró el conflicto. Un día salió con los pequeños a un control médico y al llegar encontró a su pareja asesinada, tendida en el suelo. Había sido la guerrilla, que seguía muy cerca; así que tomó lo que pudo y salió corriendo sin siquiera poder darle sepultura a la mujer que amaba.

Llegó a Cali con los niños, donde estaban sus padres, pero el miedo de reencontrarse con ellos no le permitía tocar las puertas de la casa. Pasó dos noches debajo de un puente en la galería Santa Elena, uno de los lugares más deprimidos de la capital del Valle.

—Pasaba las noches pensando, viendo pasar las ratas, los indigentes. Ahí me di cuenta de todo lo que vale un hogar; admiro a la gente que vive debajo de un puente. ¡Qué falta me hacía sentir un abrazo de mis padres! Y me preguntaba, ¿será que mis

hijos también piensan lo mismo, los que dejé hace años? Tomé la decisión entonces de ir a ver mis muchachos.

Al llegar se encontró con la noticia de que su padre había muerto y que la había buscado hasta el fin de sus días, arrepentido de lo que hizo. Sus cinco hijos mayores vivían con la abuela. Y fueron ellos, a quienes dejó siendo niños, los que le dieron la gran lección de su vida.

—Cindy, la única mujer de los cinco, habló por todos y me dijo que me querían solo por el hecho de haberles dado la vida, que ya sabían mi historia y que yo pude haber decidido no tenerlos. Que me amaban y que lo único que necesitaban era que yo también los quisiera. Jamás pensé que ellos me fueran a decir esa frase que yo nunca les dije. Creía que la felicidad no existía hasta que los muchachos, con su actitud, me demostraron que sí hay oportunidades”.

Pero la tierra la llamó nuevamente y un tiempo después, cuando se enteró de que habían cogido a la mayoría de los miembros del Frente 30 de las Farc, que tanto azotaron a su territorio, decidió volver al bello puerto del mar, Buenaventura. Era el año 2008 y allá, en donde se sentía en casa, creó una fundación a la que llamó La Casa de las Lesbianas, en la que brindaba apoyo a jóvenes que querían contarles a sus padres de sus verdaderas inclinaciones sexuales.

—Íbamos a los colegios y hablábamos con los niños y profesores sobre el acoso escolar y lo mucho que se sufría al ser estigmatizado por ser gay o lesbiana. Todo iba bien. Encontré una nueva pareja con la que trabajaba en esta fundación. Pero llegaron Los Urabeños y otra vez todo se dañó, llegaron a llevarse a los mellizos, que ya tenían ocho años”.

Cuenta Cecilia que al poner resistencia, ambas fueron violadas por personas de este grupo ilegal.

—Fue tan horrible... Me dolió más por ella que por mí... yo ya he sufrido esto tantas veces... a ella fue como dejarla muerta en vida, jamás pudo recuperarse, se fue de mi lado incluso sin despedirse”.

Recomponiéndose, como todas las veces del pasado, esta portaña de piel negra y voz pausada narra que se metió al monte a buscar a sus hijos:

—“O me muero en el intento o los saco, yo no voy a dejar que se vuelvan unos delincuentes, que me maten entonces —se dijo.

Pero no estaban en el monte. Caminó y preguntó durante semanas hasta que una mujer le dijo que los niños como ellos eran llevados a “la oficina”, en el casco urbano de Buenaventura. Con ese nombre se conoce a sitios en los que se contratan por encargo acciones criminales y que suelen

tener tentáculos con organizaciones guerrilleras o bandas.

Los encontró “en la tal oficina”, espiándolos desde lugares cercanos que le permitían ver cómo los niños entraban y salían del lugar haciendo mandados. Los que saben de esas cosas le habían explicado que a los diez años los pondrían a trabajar de lleno como sicarios y en otras “vueltas”. No podía permitirlo.

Así que luego de dos meses de separación, una mañana en la que salieron a hacer uno de los mandados y estaban solos, los llamó desde otra casa, los cogió del brazo y los montó a un taxi. Ese fue su último día en Buenaventura, donde cree que jamás podrá volver.

—Ir por allá es mi muerte, porque ellos lo buscan a uno. Me vine para Cali y aquí me encontraron, me tuvieron tres días encerrada, me machucaron estos dedos (mano derecha), me cortaron una pierna y me amarraron, preguntaban que dónde estaban los pelados. Si yo no me he muerto es porque Dios no lo ha querido.

Dice que esto pasó en el barrio Comuneros, en el oriente de Cali, y que escapó de ese rancho porque sus captores se fueron a comprar lo que necesitaban para picarla y echarle ácido metida en una caneca, pero no se habían percatado de que el techo de lata tenía una lámina suelta.

—Puse una tabla y por ese techo me les volé. Ahí sí me fui a la Fiscalía y dije todo. Los cogieron. Solo entonces descansé”.

Al escucharla hoy, diciendo que su vida es maravillosa, es imposible adivinar que ha pasado por tanto. Vive de una máquina guadañadora con la que hace trabajos, es líder de la comunidad víctima LGBTI en Cali y hace poco les organizó un reinado con el propósito de hacer visible a este grupo “que ha sufrido tanto la guerra, pero que ha guardado tanto silencio”.

Vive con sus mellizos, de 17 años. A uno de ellos le encanta el fútbol; con el otro está en la batalla de convencerlo de que busque un deporte diferente al boxeo “porque es muy violento”. Algún día les contará sobre su origen, “antes de que alguien malo se me adelante y les haga

daño”. Pero eso requerirá reunir mucho más valor.

Sus cinco hijos mayores ya le dieron seis nietos y la visitan con frecuencia. Volvió a enamorarse y asegura que cada que pueda contará su historia para darles un mensaje a los padres: “No se debe querer a los hijos solo cuando piensan como uno... el amor tiene que ser incondicional, el amor lo llena todo”.

Dice que perdonó a sus padres, incluso a los guerrilleros y Urabeños, porque no quiere invertir ni un minuto de la vida que le resta en un odio que iba a acabar por matarla.

El perdón más grande de todos, asegura, será para ella misma.

—“Si me perdonaron mis hijos ¿por qué no voy yo a ser capaz de hacer lo mismo?”.

\*\*\*\*\*

---

## LA VALENTÍA DE PIEDAD JULIO

POR: CÉSAR AUGUSTO MARÍN CÁRDENAS

FOTOGRAFÍA: PIEDAD DEL CARMEN JULIO RUIZ



“Si violaron tus derechos y tu integridad, no lo dudes, no lo pienses, hay que denunciar. Oye mujer tú eres la luz que alumbra en la oscuridad. Tú con tu amor vienes al mundo y le das seguridad. No debemos estar ciegas ante la injusticia. No podemos estar mudas ante la verdad”.

Fragmento de la canción ‘No debo quedarme callada, compuesta por Piedad del Carmen Julio Ruiz.

En 1998, agobiada por el riesgo que corría su vida, Piedad del Carmen Julio Ruíz, creyó, tal vez ingenuamente, que la única manera de salvar su vida era ir a uno de los principales campamentos de los paramilitares de Córdoba, a averiguar por qué la querían matar. Salvó su vida, pero durante cinco días fue abusada sexualmente por uno de los comandantes zonales de ese grupo armado ilegal. Hoy puede contar su historia y explicar por qué, a pesar de lo que sufrió, decidió perdonar a sus victimarios.

Un año antes, Luis Carlos Suárez, su primer esposo y padre de siete de sus ocho hijos, había sido retenido por un grupo armado durante cerca de tres meses. Logró escapar en un momento de descuido de sus captores y llegó a Montería, de donde tuvo que desplazarse a Medellín, por temor a ser asesinado. Allí murió seis meses después, producto de las

secuelas físicas y emocionales que le dejó el secuestro.

Piedad, que siempre se destacó como líder comunitaria en la zona del Parque Nacional Natural Paramillo, y era la presidenta de la Junta de Acción Comunal (JAC) de su vereda, comenzó a recibir amenazas en 1998, como los demás presidentes de juntas de la zona, así que tuvo que dejar botada su finca y abandonar la región junto con sus hijos, que habían quedado huérfanos, y se fue para Montería.

No obstante, no se sentía segura, y no podía quedarse quieta esperando que la mataran, así que buscó una cita con Carlos Castaño, máximo líder de las autodefensas, para preguntarle las razones de las amenazas hacia ella.

Logró reunirse con Castaño, en un sitio conocido como El Diamante, en jurisdicción del Parque Paramillo, relativamente cerca de donde ella tuvo la finca. Él le respondió que desconocía ‘su caso’ y no sabía por qué la querían matar, pero la mandó a hablar con el comandante de la zona conocido como H2.

H2 buscó en un cuaderno un listado de personas a las cuales tenían planeado asesinar y efectivamente encontró su nombre.

—“Me dijo que ellos tenían versiones según las cuales los que integraban las JAC colaboraban con la guerrilla... entonces yo le dije que aparte de mi trabajo

por la comunidad solo me quedaba tiempo para atender, responder y buscar sustento para mis hijos. Además, le dije que era posible que ellos se dejaran llevar por chismes que seguramente les llevó un señor a quien mi marido, que había fallecido el año anterior, le había quedado debiendo un dinero y que en retaliación esa persona se pondría a inventar cosas de mí –asegura.

Finalmente, so pretexto de que se quedara mientras ‘aclaraba’ su situación, H2 la obligó a quedarse en el campamento durante cinco días, tiempo durante el cual abusó de ella sexualmente.

Luego de esos cinco días de abuso, H2 la embarcó en una camioneta y ordenó que la dejaran en la casa de un señor en Tierralta. Allí estuvo dos días mientras que esa persona hablaba con los jefes de zona de ese municipio, diciéndoles que por instrucciones del alto mando ya no le hicieran nada porque ella ya había aclarado su situación.

Después de eso prefirió manejar un bajo perfil; sin embargo, no se quedó quieta y siguió luchando para que le adjudicaran un pedazo de tierra. Junto a 35 familias gestionó ante el entonces Incoder y resultó beneficiaria de un predio de nombre Usaquén, ubicado en jurisdicción de Montería, pero cuando les iban a hacer entrega oficial del lugar, hombres armados les impidieron ingresar

al predio, advirtiéndoles que si ingresaban serían asesinados.

–“Después de eso y en una versión libre, yo le pregunté a Salvatore Mancuso que si él sabía quiénes les habían impedido ingresar al predio, y él aceptó haber dado esa orden.

Luego de eso, junto a varios de los frustrados beneficiarios con la entrega de ese predio...

–Decidimos tomarnos a manera de protesta y presión las instalaciones del Incoder, en Montería, y finalmente nos adjudicaron un nuevo predio en un sector llamado Valle Encantado, pero aún sin título de propiedad. La parcela que me entregaron tiene ocho hectáreas, le construí una casa... tengo sembradas dos hectáreas de plátano, arroz... tiene árboles frutales, una represa con alevinos y con eso sobrevivo y, a veces, comercio.

Siguiendo con su espíritu solidario, Piedad creó la Fundación de Mujeres Sobrevivientes del Conflicto Armado en Córdoba, organización compuesta por 25 mujeres víctimas de violencia sexual del departamento.

–“Decidí crearla porque conocí a varias de ellas que vivían llenas de odio, rencor, muy abatidas y no entendían que el perdón las llevaría a tener un descanso mental y en sus corazones. Además, estaban ‘mudas’ frente a su hecho victimizante de violencia

sexual y no habían querido hablar nada sobre ese tema. Para mí también fue muy difícil hablar de ese tema, incluso fui la primera mujer en Córdoba que denunció un caso de violencia sexual en el marco del conflicto armado.

Sobre el perdón, Piedad asegura:

—“Cuando uno perdona tiene un nuevo inicio de vida y sale como descansado, porque con el odio no va a resolver nada; si uno vive lleno de rencor, seguramente seguirá renegando del pasado y estaría estancado en la vida”.

La fundación también acompaña a esas víctimas gestionando proyectos para su beneficio ante las diferentes entidades gubernamentales.

Dice que H2, el paramilitar que acabó con su dignidad, está muerto.

—“A través de audiencias de Justicia y paz me enteré que H2 fue asesinado por los mismos paramilitares —lo que no le genera ningún tipo de emoción, porque entiende cuál es la mejor terapia para sanar ese tipo de heridas causadas por la guerra y que se llevan en el alma—. Ahora lo importante es conseguir uno mismo el sustento, tener trabajo y proyectarse en la vida y hacia el futuro; cuando uno empieza a trabajar y a producir un ingreso económico de donde se

pueda sostener es como si se empezara nuevamente a vivir. Esa es la mejor terapia”.

Piedad, quien durante dos periodos consecutivos formó parte de las Mesas de Participación de Víctimas local y departamental, también ha sido coprotagonista de un par de libros: *Mujeres que hacen historia: tierra, cuerpo y política en el Caribe colombiano*, de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación y del Grupo de Memoria Histórica, y *Una Colombia que nos queda*, de Linsu Fonseca.

Por razones de las medidas de aislamiento obligatorio, Piedad no ha podido volver a la parcela de Valle Encantado; sin embargo, “tengo un señor que me la cuida y desde allá me manda plátano, arroz y yuca”.

Hoy, Piedad pasa sus días en Montería cuidando a su segundo esposo, Rodolfo Mejía, quien está delicado de salud. También ayuda a criar a sus nietos y vive pendiente de su hijo menor, Víctor Alfonso —promesa del fútbol profesional y quien se forma en la escuela del Envigado Fútbol Club—, a la par que vende lociones, relojes en las oficinas de las entidades donde ya es muy conocida, sin descuidar la Fundación, esa que tanto le ha servido a las mujeres a las cuales la guerra les acabó la dignidad.

\*\*\*\*\*

---

## BRONIZ PÉREZ Y EL ARTE DE LA ESPERANZA

TEXTO Y FOTOGRAFÍA: LUZ JENNY AGUIRRE

---



Una vaca. Una vaca hizo la diferencia. La diferencia entre la crisis y la esperanza. Entre quedarse quieta y moverse. Entre esperar que algo mágico pasara y hacerlo pasar.

En palabras llanas, Broniz Pérez ha vivido de todo. Le pasaron todas las cosas horribles que usted se pueda imaginar cuando el conflicto armado era el pan de cada día en las montañas del Valle del Cauca. Y también, en términos claros, Broniz encarna el espíritu asombrosamente guerrero de las mujeres que son mucho más grandes que las adversidades.

Antes de llegar al asunto de la vaca, contaremos que en una noche de esas frías de El Queremal (Dagua), en febrero del 2020, la guerrilla llegó arrasando y con eso se llevó por delante la vida de Broniz.

—Eran las 8:45 p. m. y ya nos habíamos acostado, cuando escuchamos esa bulla y era la guerrilla. Yo me levanté primero. Cogieron a mi esposo y preguntaron cuántos hombres más había (yo tenía un niño de 12 y otro de 7). Dije que ninguno. Cuando el niño de 12 se levantó, lo vieron y me insultaron y dijeron que también se lo llevaban —relata.

Así en pijama, los metieron al monte y los desaparecieron por siete largos, eternos, interminables días. A Broniz, a su hija de 14 años y a otra joven, mientras tanto, las sometieron a

abusos de toda índole, las obligaron a cocinar y produjeron en ellas heridas muy profundas en su dignidad y memoria.

Al cabo de los siete días aparecieron el esposo y el hijo, quienes pudieron “volarse” en medio de un enfrentamiento y quienes fueron forzados durante ese tiempo a trabajos duros, a abrir trochas y a cargar armamento y mercados.

La vida, la que ella había conocido y construido, ya estaba hecha pedazos en ese momento.

Después vino el desplazamiento y la pérdida de todo lo material que habían construido.

Cargó por algún tiempo con el secreto de lo ocurrido con ella en aquella irrupción de la guerrilla y eso casi le cuesta su matrimonio, pues el dolor y la vergüenza la mantenían muy lejos de su esposo. Un esposo, pide ella que no se omita este detalle, maravilloso. Un marido que años atrás había cambiado su vida con una segunda oportunidad para el amor, pues la guerrilla la había dejado viuda en 1991, con tres hijos para criar.

—Ellos se han ensañado conmigo. Él me ayudó a criar a los hijos y les dio estudio. Y con esto que nos pasó, que fue tan duro, cuando ya le pude contar, me dijo: ‘Amor, tú no tuviste la culpa de lo que pasó, eres una mujer íntegra, te amo, vamos a

salir adelante'. Eso me ayudó muchísimo, yo lo adoro –dice.

### En cerros

Broniz cuenta que en situación de desplazamiento y “en cerros”, porque todo lo perdió, pidió una ayuda humanitaria al Gobierno y una vez se la dieron, la guardó. Tenía algo en mente. Así que sobrevivió como pudo durante un tiempo y esos \$1.2 millones los juntó con otra ayuda humanitaria que le llegó a los meses, por el mismo valor, “sumando a eso lo de unos pollos que estaba criando”. Y así llegó la vaca.

–Esa vaca me daba 36 botellas de leche diarias. Hemos llegado a tener hasta 25 vacas. Después llegó una ONG española que nos dio 50 pollos y el alimento. Le decía a la gente: hagámosle, no se desmotiven que esto es para largo plazo, es un proyecto de vida. Y con esos pollos compré luego 100 y luego 200. Y luego compré mi lote. Hoy tengo mi casa en El Queremal –relata.

Broniz recibió también ayuda psicológica a través de profesionales de la Unidad para las Víctimas, lo que la ayudó a dar pasos hacia delante, a dejar de pensar “en las heridas y golpes, porque nunca hubiera avanzado”; esa ayuda, como la de una psicóloga llamada Pilar, siempre la llevará en su corazón.

El trabajo de esta mujer no ha sido exclusivo para su familia. Es reconocida hoy como una de las lideresas de su territorio, del Sujeto de Reparación Colectiva de Dagua, que agrupa a 9 veredas.

–Se han hecho visitas a las escuelas, a los sitios que fueron afectados. Están en la construcción del Plan Integral de Reparación Colectiva (PIRC), para que nos lo aprueben. Se han pedido cosas grandes para la comunidad: para donde yo vivía no había transporte, se pidió el transporte, se pidió la recuperación de las escuelas, porque el Estado construye lo que se dañó, no lo que no se ha dañado, en esto estamos.

Hace pocos días, esta mujer recibió su indemnización administrativa, como parte de sus medidas de reparación. Y si bien sabe que “nadie se hace millonario con esto ni se repara el dolor vivido”, tiene la misma fe que tuvo en el momento en el que pensó en comprar la primera vaca que la sacó de la crisis.

–Esto funciona como una cadena; con esto puedo comprar unas vacas más, y no solo me beneficio yo, sino más gente, porque más personas dependen de este negocio, y así nos ayudamos entre todos. Yo digo que el hecho es uno querer, proyectarse y no dejarnos caer por todas las adversidades. De que se puede, se puede.

\*\*\*\*\*

---

## “Y ME LEVANTÉ CON MÁS FUERZA”

TEXTO Y FOTOGRAFÍA: PATRICIA DÍAZ CASTRO

---



“Al ver que otras mujeres contaban su historia decidí hablar y denunciar”. La decisión es de Carmen Helena\*, una mujer resiliente que decidió cruzar la línea del silencio. En el 2000 fue desplazada de San José del Peñón, un corregimiento ubicado en el municipio de San Juan Nepomuceno, Bolívar. Tenía 14 años y llevaba en su vientre a su hija mayor. Cuatro meses de embarazo no la salvó de ser víctima del horror de la guerra.

—Un fin de semana me fuí a visitar a mis padres a la finca; a las 3 de la mañana llegó un grupo armado diciendo que eran paramilitares. Llegaron con el rostro tapado, eran entre 15 y 20 hombres armados, entraron a la casa pateando las puertas, tomaron a las mujeres y nos metieron en una habitación y los hombres en otra —confiesa Carmen.

El temor embargó a la familia compuesta por sus padres y tres hermanos.

—Me tomaron y me metieron en una habitación y dos de ellos abusaron sexualmente de mí. Después del hecho nunca se habló en la casa de lo que había sucedido.

Un año después del hecho tuvo que salir del país, pero sus sueños no se amoldaban a otro lugar y a otras costumbres. Decidió volver, con la esperanza de seguir adelante y olvidar lo sucedido.

Hasta ese momento ni su esposo sabía ni sus familiares habla-

ban del hecho. De forma selectiva decidieron sacar ese capítulo de sus vidas y no mirar atrás. Ella aún ignora si las demás mujeres que la acompañaban en esa finca también fueron violentadas. Es que no hablaron, no denunciaron por temor a ser rechazadas, por no remover esos escombros que hieren su ser. Pero inspirada por la valentía de otras mujeres que comparten el mismo dolor, Carmen decidió hablar. Romper el silencio, trajo sus consecuencias...

—Tenía 21 años y ya con mis 4 hijos, entré en una depresión... lloraba todas las noches al lado de mi esposo y él no se daba cuenta... fue un momento muy duro para mí —relató Carmen, quien había decidido ocultar su verdad por temor a ser rechazada, por la idea de un machismo infundado que no le permitía contar lo que había sucedido—. El veía que ya la relación no era igual... Intenté quitarme la vida dos veces y pedí ayuda profesional. Pasé la depresión y cogí fuerzas para contarle lo sucedido. Gracias a Dios hasta hoy seguimos juntos.

### **Transformando el dolor**

—Me tenía que pasar, para así conocer a todas las mujeres víctimas de violencia sexual y descubrir la capacidad que tengo para ayudarlas y luchar esta batalla con ellas.

Carmen es una de las más de 28.000\* víctimas de delitos sexua-

---

\*Cifras de mayo de 2019.

les en el conflicto. De acuerdo con las estadísticas manejadas por la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, en Bolívar son más de 1.900 mujeres que se atrevieron a contar los hechos, sin incluir las que aún mantienen oculta su historia.

Su constancia la ha llevado lejos. Empezó a trabajar en Narrar para Vivir, fundación integrada por 840 mujeres víctimas del conflicto de los Montes de María, en los departamentos de Sucre y Bolívar. Motivada por salir adelante, se graduó de bachiller. Su labor le amplió los horizontes: recorrió espacios académicos y conoció a mujeres de todo el país que alzaron su voz por la reivindicación de sus derechos.

Fue tal su entrega y compromiso que, sin imaginarlo, fue la única colombiana en viajar a Noruega para contar su batalla en la defensa de los derechos de las mujeres víctimas de este flagelo.

—Fue una experiencia muy bonita, conocí otras mujeres de otros países del mundo que vivieron esto. Me di cuenta que a ellas les toca más duro, no cuentan con la ayuda del Estado y de las ONGs. Llegué con muchas ganas de aprender y conocí a muchas personas del gobierno noruego— lo dice mientras confiesa que era la primera vez que salía de su país, montaba en avión y viajaba en tren.

El aprendizaje de esta oportunidad que me dio la vida, es que tenemos que seguir luchando. Nues-

tro trabajo ahora se enfoca hacia la priorización en la atención a las mujeres víctimas de violencia sexual. No queremos ser tratadas como una estadística, necesitamos ayuda para que nuestra reparación sea integral. Contamos con mucho apoyo de gobiernos internacionales y queremos que eso se vea reflejado en los territorios.

En la organización donde trabaja actualmente, solo en el municipio de San Juan Nepomuceno manejan 25 casos. Estas mujeres reciben asistencia y participan en talleres de recuperación emocional que pretenden no solo sacarlas de ese peso de amargura, sino animar a que otras cuenten su verdad.

—Debemos alzar la voz, esto no es un mito o un invento como lo quieren hacer ver. Queremos que sepan que, en los territorios, nuestros cuerpos fueron el premio de los grupos insurgentes e incluso de la Fuerza Pública.

### **Camino hacia la reparación**

Entienden que su dolor no lo repara el dinero y que necesitan que el Gobierno mire más allá y se preocupe por su futuro, por sus sueños: estudiar y trabajar dignamente para sacar adelante a sus hijos.

Debido a sus afectaciones el tema psicosocial es la llave para su reparación y reclaman un profesional de esa área permanente para su atención...

—Tenemos mujeres que han vivido continuas violaciones,

incluso de sus parejas, y no han podido superarlo. Hay casos más delicados que han tenido hijos producto del hecho victimizante y no los aceptan – cuenta Carmen.

El lenguaje, en el proceso de reparación, también hace parte de su transformación.

–Yo no me considero víctima sino sobreviviente; logré salir de ese conflicto viva y me levanté con más fuerzas.

A sus 33 años, Carmen decidió estudiar Psicología, motivada por esas mujeres que necesitan ayuda para superar el pasado.

–Necesitamos más psicólogos que atiendan a la población víctima. Ya estoy en segundo semestre y reitero mi apoyo incondicional.

La vivienda digna y la atención en salud también hacen parte del pliego de peticiones. Les dicen que piden mucho por ser víctimas, pero considera que sus requerimientos son lo mínimo para salir adelante. La ayuda no la quieren de por vida.

Ejemplo de esto es el trabajo realizado en los territorios por la Organización Narrar para Vivir, a la que está vinculada desde hace ocho años. Por la gestión de las lideresas en los 15 municipios, cuentan con proyectos productivos para las mujeres y sus familias. Ellas trabajan de la mano con sus esposos para

mejorar su calidad de vida. La modistería también hace parte de esta meta; todas las ganancias son para ellas y se están capacitando constantemente. Tiene claro que la alfabetización es primordial para que muchas de ellas finalicen sus estudios.

### **Qué decir a la sociedad**

Ellas no vieron la guerra por televisión y debido a ello saben del esfuerzo físico, mental y espiritual para resurgir, energía que para Carmen debe superar varios obstáculos.

–La mujer violentada o maltratada es como la historia del Elefante Encadenado, que no intenta poner a prueba su fuerza y la vence la costumbre. Por eso hay decirles que son seres poderosos, que tienen la capacidad de salir de los problemas y ayudar a otros, que busquen la fuente de ese poder; yo puedo decir que la mía, son mis hijos.

Y dejemos el machismo. El hombre no es dueño del cuerpo de una mujer ni de sus sueños ni de sus pensamientos ni de sus ideas ni de sus luchas.

Por eso promueve fomentar el diálogo, el amor, la confianza y el respeto, pilares que le permitieron transformar su vida, vivencia que le da la confianza para transformar muchas vidas.

---

\*Nombre cambiado por petición de la víctima.

\*\*\*\*\*

---

## LA TERAPIA DEL AMOR

TEXTO Y FOTOGRAFÍA: WILLYAM PEÑA GUTIÉRREZ

---



Las clases virtuales sin computador y con tan solo un celular de baja gama para responder a las exigencias del nuevo método de estudio por cuenta de la pandemia, fueron interrumpidas por una llamada que alegró el rostro de Gloria. Le notificaban la entrega de la indemnización administrativa por ser víctima de delitos contra la libertad y la integridad sexual en desarrollo del conflicto armado colombiano.

Ahora, a las sumas, restas y lecturas, para las clases de sus hijas se sumó la empírica materia de arquitectura. La familia comenzó a elaborar mentalmente el plano de lo que será su futura casa: cuántas piezas, qué tan grande será la sala o la cocina, el color del enchape del baño, en fin, para ellas, ese sueño está cerca, y a Gloria, la vida empieza a sonreírle luego de 21 años de tragedia.

Mientras se aferra a la carta de la reparación administrativa que acaba de firmar, hay una mirada triste que contrasta con una voz firme para empezar su relato. “Si uno se cae, se para y se limpia y sigue de pie”, afirma, mientras ordena las ideas para narrar cómo a los siete años fue abusada por primera vez por un paramilitar.

Nació en Lérída hace 27 años. Un pueblo caluroso, ubicado en el norte del Tolima, y que para la época todavía se recuperaba de la tragedia de Armero, municipio

vecino, destruido por la erupción del Volcán Nevado del Ruiz, en noviembre del año 1985. Una tragedia colectiva, un dolor para todo un país, que no está en la memoria de los recuerdos de Gloria.

—En Lérída estuve hasta los 6 años, luego mi papá me llevó para una vereda que se llama el Alto del Oso, en Fálán, Tolima, y allá cuando fui a cumplir los siete, me violaron... fueron los paramilitares —afirma.

Fue el comienzo de años de dolor y la primera de una experiencia que se repetiría al cumplir los 13 años, pero esta vez a manos de un guerrillero que la accedió mientras se encontraba recolectando café.

—Ellos tenían un campamento en el patio de la finca. Mi papá estaba enfermo y nos mandaba hacer los oficios de la casa, a mi hermano se lo llevaron cuando tenía 15 años, a mi hermana la violaron en el 2005 y a mí en el 2006 —relata sin detenerse, pero aparta su mirada buscando un lugar en el Parque de los Novios, sitio que para los leridenses es el símbolo que se erigió como homenaje a las más de 25.000 víctimas que quedaron sepultadas en la avalancha de Armero.

Para entonces su vida estaba ligada a un mundo de horror y a un futuro sin oportunidades.

—Yo iba para mujer de un comandante, entonces mi papá se

dio cuenta y me envió a Lérida, y fue así como me salvaron de ser reclutada.

Se refugió en su pueblo natal. Pasó un año y se reencontró con su familia, a quienes también desplazaron de la finca, según ella, por haber evitado que se convirtiera en la mujer de un guerrillero.

Creció llevando esas angustias, se convirtió en madre a los 15 años. Una felicidad que se empañó, no por la discapacidad con la que nació su hija, sino por el traumático “amor” que por entonces conoció: una relación dolorosa, de maltratos y en la que regresaron las agresiones sexuales que tanto daño le han hecho en su vida.

—Esta es la hora que todavía cargo con esas secuelas, porque él me violaba, y pues ahorita estoy en terapia psicológica y en terapia con el psiquiatra.

Una adversidad que la confunde y la agobia, que la deprime y la lleva por momentos a doblegarse y perder el control de sus acciones.

—He intentado envenenarme tres veces; la verdad me ha pasado cuando creo que ya no puedo más, porque yo soy madre soltera, tengo dos niñas: una tiene 11 años y una discapacidad y la otra, siete añitos, y me toca a mí sola para todo con ellas”.

Pero estas fueron debilitades que ya quedaron en el pasado,

y que no puede creer que lo hubiera pensado y menos intentado, porque hablar de sus hijas, recordar sus planes y el proyecto de la casa, hace que su rostro se ilumine. Para esta madre soltera, ellas son la razón de vivir, luchar, caer, pararse, limpiarse y seguir; son su inspiración y la razón de medirsele a lo que sea o guerreársela como ella lo define:

—Me ha tocado ir a trabajar al sol, despalillando el arroz, en casas de familia, cuidando niños, es decir, en lo que toque.

Todo lo hace por sus hijas, a quienes trata de darles una infancia que en su caso nunca tuvo.

—A mí me tocaba llegar de la escuela, agarrar un azadón, un canasto para ir a coger café o la peinilla para ir a desyerbar; no tuve infancia, y yo quiero que mis hijas vivan algo diferente, que ellas tengan lo que yo no tuve; por decir, yo cumplía años y nunca supe que era una torta, y pues por ahora intento de cualquier modo que al menos tengan una tortica, de que se puedan estrenar así sean un par de calzones, para que ellas tengan lo que yo nunca pude tener.

Pese a lo vivido —es una de las 466 personas en el Registro Único de Víctimas por este hecho victimizante en el Tolima, y a nivel nacional es una de las 32.092—, estas experiencias la han convertido en una mujer “guerrera de la vida”, madre solte-

ra, que ha encontrado en el amor de sus hijas la fortaleza para vencer los miedos, y en la resiliencia la capacidad para enviar un mensaje de optimismo a todas las mujeres que como ella se refugian en el amor para vencer la adversidad.

—Que busquen la manera de cómo motivarse, y si tienen hijos, seguir adelante, seguirla guerreando, como me ha tocado a mí. Tener la mentalidad que uno

puede hacer las cosas por lo grande o por lo duras que sean.

Ahora, con la indemnización recibida por parte de la Unidad para las Víctimas sabe que su vida ha dado un giro de 180.

—Es como un regalo de Dios, voy a darle un hogar muy cálido y lleno de amor a mis hijas, y con ellas ya tenemos todo craneado, nos toca lentamente, pero que lo vamos a hacer sí, porque ellas me motivan.

\*\*\*\*\*



4

LA SOMBRA DE  
LA AUSENCIA

---

# LA GUERRA FUE QUIEN ME CRIÓ

**POR: ERICK GONZÁLEZ GONZÁLEZ**

**FOTOGRAFÍA: NICOLÁS CUBILLOS**



“La guerra fue quien me hizo a mí, la guerra fue quien me crió; todo lo que me pasó fue lo que me motivó a ser lo que soy hoy”, afirmó triste Jeiny Alexandra Jarrero Achagua, a los 28 años, pero con esa seguridad de quien se ha tenido que inventar desde niña a punta de orfandad, escasez, trabajo, esperanza y fe.

El primero de esos sustantivos comenzó a moldear su destino a los cuatro años de edad, cuando llegaron unas personas a su casa que luego de golpear a su papá, un conductor de camioneta, lo asesinaron, sin dejar escapar una palabra que delatara el motivo.

Debió ser una confusión; es una verdad que siguen esperando. Igual eran unas niñas; desconocían cosas que pasaron. Lo único que Jeiny tenía claro era que era feliz en esa época, era una niña, hacía las cosas de una niña; tenía comodidades porque tenía unos padres que le brindaban esas comodidades.

Pero el 25 de noviembre de 1999, a la 1:00 p. m., a sus ocho añitos, ese destino tomó forma: estaba con la hermana menor cuando entraron muchos hombres armados a la casa buscando a la mamá: la amarraron, la golpearon, en su inocencia la abrazó, pero esas personas la apartaron de forma violenta y se la llevaron, eso sí, amenazaron a todos para que no le informaran a nadie.

Durante cinco horas las dos niñas estuvieron solas, no se

acercó un solo funcionario de alguna entidad. Hacia las seis de la tarde llegó la hermana mayor y luego, la policía, que tenía su sede a dos cuadras de la casa. El segundo y tercer sustantivos tomaron las riendas de su vida.

### **Escasez y trabajo arduo**

Eran cinco mujeres. Sólo recuerdo a dos personas que tuvieron gestos buenos, a las cuales les agradezco en el alma, regalaron ropa, que se preocuparon. No tenían qué comer, cortaban la luz, el agua, y no tenían qué llevar para el colegio, incluso Jeiny tiene un defecto en los deditos de los pies, porque los huesitos de sus pies no son rectos, son curvos, porque duró con un par de zapatos casi 4 años, porque no había con qué y económicamente no tenían apoyo de nadie, ni ayuda de nadie, y su hermana mayor tuvo que dejar sus estudios para dedicarse a trabajar.

Jeiny hacía aseo, madrugaba para lavar ropa o apoyaba a su hermana lavando ropa para tener el sustento del día, para sobrevivir de la manera más correcta, de no hacer cosas malas y ganándose el recurso humildemente, como lo podían hacer en ese entonces, limpiando establecimientos, vendiendo minutos, en lo que pudieran para rebuscarse la vida.

Por eso, para su hermana mayor se esfumó la oportunidad de regresar a las aulas. La que le sigue llegó hasta quinto. A su

otra hermana las circunstancias de la vida la condujeron a la cárcel, aunque se graduó de bachiller. La hermanita menor sí ha podido estudiar gracias a los beneficios. Jeiny hizo doce meses de ingeniería civil, pero no se pudo sostener económicamente y desertó de sus estudios, aunque después de un tiempo hizo un técnico.

### **La esperanza y la fe**

El rebusque ni la corta edad fueron impedimentos para buscar a la mamá. Era muy pequeña y recuérda que tuvieron que ir a Sogamoso porque decían haber encontrado a la mamá. Allá le mostraron las fotos de las presuntas personas a ver si se parecían a las que habían estado en la casa. También estuvieron preguntando en Vichada y en Casanare. Sus hermanas estuvieron en Maní y en Tauramena buscando; a donde les dijeran que estaba, ellas iban, preguntaban y buscaban información.

Fue un rompecabezas escuchar a un excombatiente, escuchar a otro, unir piezas, tocar puertas, ver cuál era el sitio, cuál era el lugar, cuál era la verdad, en realidad fue difícil.

Además, años atrás no había la posibilidad de reunirse con excombatientes porque no se sabía cómo iba a reaccionar la víctima.

Cuando dieron esa oportunidad, claro que con el compromiso de estar calmada, de no exaltarse, de no desmayarse, porque muchas cosas pueden pasar, reco-

noció a una de las personas que estuvo en ese entonces, así que se acercó, le dio la mano y le dijo: “Yo soy la niña que cuando tenía ocho años ustedes sacaron a mi mamá de la casa”. Ellos no tienen casi gesticulación, pero en sus ojos vio cómo se derrumbó internamente y no pudo decir nada. Sencillamente dio la mano y siguieron, después tuvieron la oportunidad de compartir un momento, y contó que tenía hijas, que era difícil, que no estaba ahí porque sí, y de una u otra manera Jeiny entendió que el perdón inicia desde nosotros mismos.

Ese encuentro se produjo porque los victimarios ayudarían a buscar los restos de los desaparecidos, porque sabían la ubicación de las fosas. Ellos decían tal lugar y allá iban y escarbaban; ellos cogían palas y ayudaban a abrir los huecos. Se hicieron muchas excavaciones, con los sentimientos encontrados; desafortunadamente no encontraron a la mamá, pero se veía en ellos esas ganas de ayudar, esas ganas de colaborar, esa necesidad de sanar tanto mal que ellos habían cometido.

Jeiny entendía que a esas alturas de la vida era muy complicado conseguir la verdad sobre qué los motivó a cometer esos delitos, porque muchas de las personas que estuvieron en el hecho de la mamá están desaparecidas o muertas o distribuidas en diferentes cárceles del país.

Tuvo la oportunidad de compartir con algunos exparamilitares en el 2010, en Tauramena; ellos estaban en la cárcel, y sabía que nada justificaba lo que hicieron, pero entendimos que ellos cometieron esos actos a raíz de lo que tuvieron que vivir; ellos comentaron que también fueron víctimas, que a muchos les tocó porque los obligaron o porque eran ellos o los otros, que les tocó porque les mataron a sus papás, porque mataron a sus hijos, y por eso les tocó unirse a esta guerra sin sentido. Por eso no los juzgo.

Allá dijeron que los restos estaban en una vereda cerca a Tauramena... Después fuimos y no se encontró nada. Pero, en un acto de búsqueda espiritual, Dios le dijo que la encontraría.

Hace un año en un encuentro deportivo que Jeiny tuvo con victimarios en la cárcel de Yopal, con ocasión de la conmemoración de la Semana del Detenido Desaparecido, pudo identificar que muchos de ellos también buscan a sus familiares.

### **El hallazgo**

El día que encontraron los restos, su hermana menor era la única de la familia que estaba presente. En la finca donde descubrieron los restos se habían dado por vencidos, pero la menor insistió para que la retroexcavadora escarbara una última vez porque tenía la esperanza de que los encontrarían. De repente la

máquina se detuvo al tocar algo, excavaron con cuidado y encontraron unos restos óseos, pero no sabían de quién se trataba.

La menor era muy pequeña cuando pasó lo que pasó, tenía 18 meses; tal vez si hubiera estado Jeiny en ese momento de una vez hubiera reconocido las prendas, porque se encontró una moña, una bamba, el cabello, el brasier entero de marca especial que usaba, y que las que habían compartido más tiempo reconocían. Pero sus hermanas mayores no quisieron creer porque hacía poco les dijeron que habían visto a una mujer muy parecida.

Eso fue en el mes de agosto de 2016, y en diciembre de 2017 les informaron los resultados de la prueba de ADN: eran los restos de la mamá.

Sé que Dios nunca las desamparó, Jeiny siempre creyó que era una niña adoptada por Dios, quien es el que hoy en día las tiene aquí con vida.

Jeiny ya recibió la indemnización administrativa por este hecho. La Unidad para las Víctimas las acompañó en la entrega de los restos. El 18 de diciembre de 2017 fueron las exequias.

Y sí, Jeiny lo logró, sus hermanas lo lograron, ahora pueden descansar, encontraron los restos de mamá... Y yo puedo descansar, me encontraron, y es cierto Jeiny lo que presentías:

que siempre estuve con ustedes, cuando esas personas les ayudaron, cuando excarbaban, cuando perdonamos, cuando Dios te dijo, en el 2016, que me encontrarías.

Sé que estudias quinto semestre de Ingeniería de Sistemas y que por la Covid-19 tus hermanas están sin empleo, pero tú te preparas para retomar el tuyo: trabajar con comunidades en temas de empoderamiento y liderazgo, y mediante el arte de construir memoria. Para esto último incluso incursionaste en el canto con un tema que, según tú, mezcla gospel y jazz, y que habla de las mujeres que buscan a sus familiares.

Sé que esperas que todos los que padecieron lo que tú y tus hermanas vivieron tengan la misma oportunidad, y por eso en

cada espacio sea de víctimas o no, en el que puedas hablar y dejar un mensaje de quiénes son y qué necesitan, lo haces. Entendiste que eso que tú hiciste fue tan liberador y sanador para tú alma y tus hermanas, y tan necesario para que otros puedan seguir adelante, porque eso los ata al pasado, a la violencia, a los malos recuerdos.

Y sí, Jeiny, esa voz que escuchas en este evento en Pasto, dirigido a mujeres que buscan a sus familiares, y que no puedes creer, es la mía, sé que estás conmocionada por lo que te he dicho ya dos veces, y sí, la guerra fue quien te hizo, la guerra fue quien te crio; todo lo que te pasó fue lo que te motivó a ser lo que eres hoy. Y te lo digo una tercera vez: “Te felicito”: mamá.

\*\*\*\*\*

---

## UN DUELO SIN FECHA DE VENCIMIENTO

TEXTO Y FOTOGRAFÍA: WILLYAM PEÑA GUTIÉRREZ

---



En 1991 en Colombia se estrenaba la Constitución que consagró un amplio capítulo de Derechos Humanos. Paradójicamente, el 26 de agosto de ese mismo año, tan solo 52 días después de haberse promulgado la Carta Magna, Emilia Velásquez Pérez y su familia enfrentaban el peor caso de violación de sus derechos como ciudadanos y seres humanos.

Las noticias eran confusas. En los medios locales se anunciaba una masacre de campesinos en San José de las Herosas, uno de los cinco corregimientos de Chaparral, en el sur del Tolima, enclavado entre dos espesas y extensas montañas que se rinden ante la fuerza del caudal de los ríos Amoyá y Davis. Un paraíso natural, pero también por muchos años el centro de operaciones del Frente 21 de la extinta guerrilla de las Farc.

La noche de ese domingo 26 de agosto, Éver Devia Osorio, esposo de Emilia, compartió unos tragos con su hermano Ovidio y Lucas Velásquez Pérez, su cuñado, hermano de Emilia. En la madrugada llegaron a dormir a la finca La Linda, su lugar de trabajo desde hacía cinco meses. Tal vez no habían conciliado el sueño cuando las ráfagas de fusil de un grupo de guerrilleros impactaron la casa y a todo aquel se moviera.

—Mi cuñado Ovidio fue el primero en caer y su esposa, Marleny Echeverry, recibió dos tiros cuando intentó auxiliarlo. Ella

murió desangrada. A mi esposo y a mi hermano los asesinaron cuando intentaron correr —relata Emilia.

Solo se salvaron cuatro niños y una mujer. Nadie supo con precisión cuántas fueron las víctimas. El silencio, como era costumbre en estas zonas, también se convertía en cómplice. La Policía y el Ejército le dijeron a su suegro que los habían matado a todos.

Por versiones ambiguas, Emilia, que para esta fecha se encontraba en un hospital de Armenia tras dar a luz a Luis Felipe, su segundo hijo con Éver, se enteró que a sus familiares los habían enterrado en una fosa común, tres días después de la masacre.

—Dicen que era un lago seco, una piscina al lado de la Estación de Policía y que la misma gente del pueblo los ayudó a tapar —señala.

### La búsqueda

Solo dos años después de lo sucedido, la mamá de Emilia y de Lucas, pudo ingresar al caserío. Encontrar los cuerpos se convirtió desde entonces en un angustioso y eterno duelo.

—La zona estaba dominada por la guerrilla, y para las autoridades era un caso más, que en poco tiempo terminaría archivado porque los relacionaron con un grupo armado ilegal, llamado Atá Rojo.

Revictimizados, así se sentían. El dolor era mayor y la

búsqueda también se convirtió en una lucha por recobrar la honorabilidad de sus familiares.

—Quien más que nosotros mismos sabíamos quiénes eran ellos; si fueran delincuentes no estarían allí con niños —afirma.

Pasó el tiempo en medio de la estigmatización, la falta de apoyo de las entidades y el miedo. Solo hasta en el año 2008 se entabló una primera denuncia, y partir de entonces, el caso fue cerrado en cuatro oportunidades.

—Nos decían que por inhibitorio, ya que nadie se había atribuido los hechos —recuerda.

A punto desistir y agotados, en el 2011 acudieron a la recién creada Unidad para las Víctimas y fue en esta entidad en la que, asegura Emilia, la mano del Estado empezó a estar de su lado.

—A mí me atendieron muy rápido. Fui muy afortunada, en menos de seis meses me indemnizaron y siempre nos han brindado acompañamiento psicosocial y el apoyo en el proceso de búsqueda —reconoce.

Entre los años 2019 y 2020, y luego de que se reactivara el proceso, llegaron nuevamente las esperanzas de cerrar el duelo. En estos dos años, un fiscal ordenó la búsqueda: primero, bajo el cimientado de los baños de la escuela de San José de las Herosas y segundo, en un patio aldeaño, diligencias que no arrojaron resultados.

En el 2021, el equipo forense regresó. La prospección esta vez contó con el “georadar” para la toma de imágenes gráficas del subsuelo, ayuda tecnológica en la que estaban puestas todas las esperanzas de la familia. Sin embargo, y aunque se realizó una excavación de tres metros en el punto del comedor de la institución educativa, tampoco se halló evidencia de los restos.

—La versión del fiscal y del antropólogo es que pudo ser que a los cuerpos los deterioró la tierra. Nos dijeron que por parte de la Fiscalía ya no habrá más búsqueda, que nos van entregar un acta de defunción que certifica que ellos están muertos.

Su familia comprende y agradece la labor de la Fiscalía, y aunque han pensado desistir de la búsqueda, para ella hay un duelo imprescriptible como el mismo delito: “Para mí, ellos siguen desaparecidos”.

## **La resiliencia**

Sometida por un delito cuyas características lo hacen continuo y permanente, la desaparición forzada deja en Emilia una huella imborrable de sufrimiento. Una amargura que solo ha encontrado regocijo en el amor de sus cuatro hijos: Walter Steven, Luis Felipe, Jennifer y Luisa Fernanda. Con ellos y con la reparación económica entregada por la Unidad para las Víctimas compró una casa y fundó hace 10 años la empresa de confecciones Subl&confe.

—Y nos ha ido muy bien porque trabajo con mis dos hijas y generamos empleo para otras personas. Hacemos sublimación personalizada en vasos, camisetas y gorras. Además, confeccionamos uniformes y en esta época de pandemia tuvimos que reactivarnos haciendo tapabocas —asegura.

Pero no solo es empresaria. Emilia también lucha por los derechos de las demás víctimas del conflicto a través de su corporación Famdesvul.

—Tenemos más de 60 familias vulnerables, y para ellas trabajamos en la consecución de empleos, programas de vivienda, acceso a la educación y en todo lo que se pueda para mejorar la vida de estas personas.

Por esa tenacidad y por su dolor decidió por primera vez contar su historia y rendir un homenaje a las 185.843 víctimas de desaparición forzada que como ella batallan en Colombia por encontrar a sus seres queridos y consumir un duelo.

—A todos ellos le digo que no desfallezcan, que insistan, que continúen buscando a sus familiares. Y a los victimarios, que piensen en las personas, que piensen en ellos y sus familias.

Esa capacidad de trabajo y de resiliencia, llevó a Emilia entender que su vida, que confecta con cada puntada de ánimo y de lucha por los derechos de otras personas, puede ser un patrón a seguir.

\*\*\*\*\*

---

# LA TRAVESÍA DE UNA MADRE TRAS LOS RESTOS DE SU HIJA

POR: CÉSAR AUGUSTO MARÍN CÁRDENAS

FOTOGRAFÍA: ANDREA NAVARRO.



Para Lady Johana Vega San Juan, su belleza y su talento artístico como bailarina y cantante fueron su desgracia por culpa de la violencia.

En 1998, mientras los paramilitares iban fortaleciendo su presencia en Ocaña, un grupo de ellos llegó al barrio Gustavo Alayón, en donde ella residía con su madre, María Esperanza San Juan López, y el resto de su familia. Alias “Wilmer”, uno de los miembros de ese grupo, se había fijado en ella.

El tipo, que en ese momento tenía 27 años, comenzó a seducirla y a enredarla, incluso la iba a esperar a la salida del colegio, entonces decidimos trastearnos y nos fuimos a vivir a un apartamento en el tercer piso de un edificio del barrio El Tamaco –recuerda María Esperanza.

Lady Johana, que tenía apenas 14 años, había ganado varios concursos de belleza, Niña Ocañerita y Niña Ocaña, que organizaban en ese municipio. Además de bonita, era muy buena alumna, incluso se ganó una beca en el colegio Rafael Contreras Navarro. Pero el acoso de “Wilmer” a Lady Johana no mermaba.

El tipo se la pasaba parado en la esquina del edificio, como vigilándonos y pendiente de mi hija. Tres meses después y aprovechando que yo estaba trabajando, el tipo entró a mi apartamento y se llevó la niña a pesar de que

mi hijo Luis Miguel, que en ese momento tenía 11 años, trató de oponerse.

Sin embargo, Lady Johana regresó a la casa en horas de la noche.

A raíz de ese suceso, María Esperanza tomó nuevas medidas:

Cogí la costumbre de dejarla encerrada, a la par que la cambié de colegio y la puse a estudiar en el monseñor Pacheco, pero el tipo iba al nuevo colegio a buscarla.

Pese a las precauciones, la obsesión del paramilitar por Lady era cada día mayor.

Una noche le estaba alistando los cuadernos cuando timbraron y abrí la puerta y era “Wilmer”, le dije que él no tenía que estar ahí y que se fuera, entonces el tipo me empujó y se entró. Yo lo único que pude hacer fue coger de la mano a mi hija menor, Cindy Fernanda, y nos fuimos al frente del edificio, mientras que mi hijo José Miguel se escondía debajo de la cama y el tipo se encerraba con Lady Johana –dice María Esperanza. Ante eso, un vecino que vivía en el segundo piso decidió llamar a la Policía, y al ratico llegaron junto con el Ejército. Viendo que había tanta Fuerza Pública y que no tenía por dónde escaparse del edificio, el tipo salió cogido del brazo de la niña, a quien le apuntaba con un revólver a la cabeza, y con una granada en la mano. Los policías le decían que

entregara la niña, pero el tipo no hacía caso, entonces se fue a pie con la niña de la mano y haciendo tiros al aire; la Fuerza Pública no pudo hacer nada porque temían que le hiciera daño a la niña. Llegó a la esquina, pasó por el parque Tacaloa, cogió por el Camino Real y llegó a la vereda La Madera, cerca de Ocaña.

En ese lugar se llevó a otra niña, a la que le quitó los zapatos para dárselos a Lady.

Eso fue entre semana. A los dos días yo continuaba con esa angustia porque no sabía qué pasaba con mi hija, y cuando estaba en una reunión frente a mi casa de repente llegó alias “el Indio” (el comandante paramilitar) y tres paracos más a decirme que le dejara revisar mi apartamento para ver si allí estaban encerrados “Wilmer” y Lady Johana, a lo que respondí que no tenía encerrado a nadie y que más bien mirara lo que estaba haciendo “Wilmer”, que se había llevado a mi hija hacía dos días y no la había traído. Al rato me llamaron del barrio Gustavo Alayón, donde nosotros habíamos vivido, para avisarme que había un tiroteo; yo me asusté porque sabía que por ahí vivía “Wilmer” y él tenía a mi hija. Parece que en un enfrentamiento entre los mismos paramilitares murió “Wilmer”, pero a mi hija no le pasó nada. Como que lo mataron porque se les estaba saliendo de las manos —narra María Esperanza.

A raíz de eso, Lady Johana quedó muy afectada, por lo que María tomó la decisión de llevársela a Bogotá y dejarla temporalmente en un albergue en la capital, donde Lady Johana conoció a un muchacho del que se enamoró y quedó embarazada. Eso fue en 1999, a los 15 años.

El bebé fue bautizado Carlos Andrés Vega, con los apellidos de ella. A los seis meses de vida y por problemas de Lady Johana con el papá del bebé, mamá e hijo regresaron a Ocaña.

Durante las primeras semanas, después de su regreso a Ocaña junto con su bebé, Lady Johana permaneció encerrada. Pasado un tiempo comenzó a salir. Un día estaba con una amiga en un sitio de Ocaña, cuando allí llegó un grupo de cuatro paramilitares, entre esos alias “Diomedes”.

Él le dijo algo a Lady Johana, que ya estaba cerca de los 16, y ella le contestó groseramente, ante lo que él reaccionó pegándole una cachetada. A los pocos días Lady me manifestó que tenía miedo porque temía que los paramilitares la fueran a matar —recuerda.

A raíz de eso, María Esperanza un día se dedicó, en compañía de Lady, a buscar a “Diomedes”. En medio de la angustia, María conoció a un sargento del Ejército a quien le manifestó que su hija corría peligro, riesgo por el que el militar le dijo que

no se preocupara, que a la niña no le iba a pasar nada.

Hacia finales de agosto de 2001, ante la incertidumbre de que a Lady le ocurriera algo, María Esperanza decidió enviarla a Barranquilla, pero Lady no se acomodó en esa ciudad y el 13 de septiembre decidió volver a Ocaña.

### La desaparición

El 25 de septiembre de ese año Lady Johana salió y nunca regresó a su casa. Ante esa situación, María decidió acudir al Ejército y, después de hacer algunas averiguaciones, le dijeron que posiblemente los paramilitares no tenían a su hija, que al parecer era la guerrilla.

Yo la buscaba por negocios, bares, prostíbulos y nada de nada. Pasó el tiempo y yo les dejaba notas escritas a los paramilitares en los sitios donde ellos se hospedaban, en las que les preguntaba por mi hija, pero nada, no decían nada.

Un día estaba en mi trabajo en la alcaldía y me dijeron que “John”, el comandante de los paramilitares en Ocaña, estaba por ahí cerca, así que yo salí corriendo a enfrentarlo y preguntarle por mi hija, pero al verlo no fui capaz de abordarlo. Me dio miedo.

Después de cinco años se enteró de que a “John” lo habían capturado. De ahí en adelante su

vida la dedicó a asistir a las audiencias y citas de Justicia y Paz, buscando que alguien le dijera dónde estaba Lady Johana.

Según María, en una de esas audiencias “John” confesó que a la niña la habían matado 15 días después de habérsela llevado (es decir, el 10 de octubre de 2001), y que su cuerpo se encontraba en un predio llamado Piedra Partida, pero que él no estaba en Ocaña cuando la asesinaron, que el crimen lo había cometido “Diomedes”.

También dijo que tuvo la intención de entregar el cuerpo de la niña, pero que en los días en que lo iba a hacer, se enteraron de una orden que había dado el máximo comandante de los paramilitares en la zona, conocido como “Juancho Prada”, de matar a todos los paramilitares de Ocaña —recuerda María.

Después supo que en un municipio vecino habían asesinado a “Diomedes”. No obstante, hay otros paramilitares en la cárcel que supieron del caso de Lady Johana, pero guardan silencio sobre la ubicación de sus restos.

Yo he ido a Piedra Partida, he escarbado y revisado y nada —asegura María.

Pero el amor de madre y su batalla por encontrar a Lady Johana también la han llevado en una travesía por otras regiones del país y a ser víctima de engaños por parte de avivatos.

En alguna ocasión me dijeron que mi hija había aparecido en Valledupar, pero resultó que era una enfermera que también se llamaba Lady Johana. En otra oportunidad unas personas le dijeron que ellos le entregaban a su hija a cambio de que les diera una alta suma de dinero, para lo cual pidió sus cesantías, viajó a Yopal, pero todo resultó ser una estafa.

### **El tiempo cura las heridas**

Antes yo quería hasta matar a “John”, que es el único que vive de los que tuvieron que ver con lo que le pasó a Lady, no solo porque ellos la desaparecieron y mataron, sino porque no me entregan su cuerpo, pero el tiempo se ha encargado de cerrar las heridas, y gracias a Dios tengo un nieto que me dejó Lady Johana, y digamos que eso me da un poco de consuelo.

Hoy, Carlos Andrés tiene 19 años, en dos meses culmina el bachillerato.

Es cantante vallenato, talento heredado de Lady Johana, incluso grabó un sencillo denominado “Me gustas tú”, y quiere estudiar producción musical; es un buen muchacho, serio, trabajador, se gana la plata en los bares cantando—dice con orgullo su abuela.

La desaparición de Lady Johana también trajo consigo otras consecuencias: hace cuatro años su esposo y padre de sus hijos los abandonó, y esos hijos comenzaron a consumir drogas y cayeron en la depresión, aunque ya están superando la adicción.

María Esperanza continúa con su trabajo en la alcaldía de Ocaña, donde se desempeña como secretaria desde hace 37 años.

Colaboro con la gente haciendo tutelas; hace poco me dio por estudiar derecho y ya llevo cuatro semestres en la Universidad Autónoma del Caribe, en la sede de Ocaña, aunque el último semestre me tocó postergarlo.

Como compensación por los daños sufridos por la desaparición de su hija, María recibió en el 2014 la indemnización administrativa por parte de la Unidad para las Víctimas.

Eso sí, esas ocupaciones no le hacen olvidar la labor que lleva en el alma: seguir buscando los restos de Lady Johana, la hermosa niña, inteligente, bailarina y cantante que la guerra le quitó.

\*\*\*\*\*



**5**

**DESPLAZANDO  
ILUSIONES**

---

## JESÚS SANTIAGO ARDILA, LA LITERATURA COMO RESISTENCIA

POR: ERICK GONZÁLEZ GONZÁLEZ

FOTOGRAFÍA: JESÚS SANTIAGO ARDILA

---



Es joven, tan solo 20 años. Su corta vida itinerante y la de su familia semejan una road movie de blues, en donde cada estación trae su tristeza de paso. Jesús Santiago Ardila el protagonista de estas líneas lo sabe. Y sabe que una jam session es la banda sonora más apropiada para su biopic o película biográfica, no por el placer que caracteriza este tipo de improvisación musical, sino porque la violencia impone su siniestro ritmo, y aunque hay simulacros para los terremotos, nadie ensaya para un desplazamiento.

Y eso, Jesús Santiago Ardila lo sabe muy bien. Desde los cinco años, cuando ocurrió su primer desplazamiento, él podría contar en un ábaco sus mudanzas y dolores, pero no sufrimientos, porque el dolor es pasajero y, en estos casos de expoliación, compartido, el sufrimiento es persistente, acorde al embate en el alma, y en la suya mediaron la música y las letras para blindarla.

### Los inxilios

Por su pequeñez de entonces, Jesús Santiago hace zapping en sus recuerdos para sintonizar el noviembre de 2004 cuando sobrellevó su primer inxilio o desplazamiento interno en una vereda del corregimiento Bruselas, del municipio de Pitalito, en el departamento del Huila.

—Mi papá recibió amenazas de un grupo guerrillero, y mi mamá tuvo un mal presentimiento des—

pués de que intentaron asesinarlo en su finca, donde hirieron a uno de sus trabajadores y mataron a la mula y al perro, así que nos fuimos para Neiva —dice Jesús.

Días antes su padre había enviado a su hijo mayor a Antioquia como antídoto a su inminente reclutamiento forzado, y evitó con ello que fuera el quinto jovencito en el triste censo, del Registro Único de Víctimas, de niños, niñas y adolescentes vinculados a grupos armados en Pitalito y sus veredas y corregimientos.

Desplazamientos (10.115\*), homicidios (3.834), amenazas (1.056) y desapariciones forzadas (278) son algunos de los hechos victimizantes que esa región ha soportado y que con 14.119 víctimas convierten a Pitalito, hasta julio de 2020, en el tercer municipio con más personas afectadas por el conflicto armado en el Huila, después de Neiva (21.880) y Algeciras (18.657).

Años después, Jesús Santiago escribiría en su primer libro Para que me recuerdes: “Hay un clamor desesperado en el mundo por el mundo mismo, que podría apaciguarse, quizá, con un poco de ilusión...”. Ese clamor y clamar por ellos mismos —por el desalojo y por protección— no se apaciguó en Neiva, pese a la ilusión, y tal vez por eso en la frase de su ópera prima anotó el adverbio quizá, debido a la utopía entonces de sus deseos.

---

\*Cifras de julio 2020

—Allí no nos sentimos seguros. Mis hermanos se quedaban en un sitio y mis padres en otro, pero ellos se dieron cuenta de que había gente de esa rondando, así que nos fuimos a Bogotá.

Durante un año estuvieron dos mil seiscientos metros más cerca de las estrellas. Pero “gente de esa” seguía rondando. Un día su padre decidió albergar en su casa a un señor invidente junto con la esposa, impulsado por su talón de Aquiles: la bondad y los sentimientos de justicia y solidaridad que, según Jesús Santiago, su papá siempre ha profesado hacia los necesitados, sin darse cuenta de que ellos eran los verdaderos ciegos al no intuir, con el paso de los días, que su inquilino no veía oportunidad para reunir información sobre ellos para enviarla a sus perseguidores, con la intención de ponerlos tres metros más cerca del centro de la tierra.

Unos vecinos los alertaron de ese emisario, de su sepulcral intención y de su falsa ceguera, así que le aplicaron la misma ley: ojo por ojo. Se hicieron los de la vista gorda mientras buscaban destino y cuando menos pensaron... “hasta la vista, baby”. Entre oraciones y el destino se les apareció un arquitecto, quien ofreció trabajo a su padre como administrador de una finca en Boyacá.

“Cuando la vida se da un respiro nos permite a la vez darnos

uno, en el que ella misma entra por nuestros pulmones y nos camina por las arterias”, también escribiría Jesús Santiago en Para que me recuerdes.

En la vereda Suaquira, del municipio de Pachavita, con sus marranos, vacas y árboles, pudieron mordisquear algo de tranquilidad. Allí estudió en una escuela rural, en un salón que acogía todos los grados de primaria.

—Tenía que caminar hora y media para llegar allá, por un camino bordeado por un río en la mayoría del trayecto, y siempre alguno de mis papás me acompañaba en los trayectos.

Siete meses duró ese intermedio. Ahora el éxodo se debía a la escasez y esa penuria estableció la ruta: a Pachavita, adonde llegó el hermano mayor; a la plaza de Simijaca, en la que subsistieron con empanadas; a Maní, en el Casanare, a vender ropa y trabajar en la construcción y a Orocué, en los límites con el departamento del Meta, donde la promesa de ganancias por la venta de pescado les puso el anzuelo.

—No les fue bien con el pescado, entonces mi papá empezó a trabajar en construcción, pero se cortó dos dedos, por lo que decidió vender ropa en la calle en una carreta.

Esa carreta se convirtió en la cuota inicial de su fe y, con el tiempo, en una casa de dos plantas

con negocio incluido. Orocué se había transformado en un oasis luego de tanto espejismo.

### **El despertar del arte**

Transcurría la primaria, cuando a los nueve años un profesor tentó al niño Jesús con una flauta, instrumento que fue la pila bautismal de su nuevo credo: el arte.

Y si la flauta fue su bautizo, el clarinete sería su primera comunión. “Gracias al clarinete conocí el Casanare, el Meta y el Vichada”, memorias que probablemente transitan su verso: “Recorrí cada parte de la melodía con la poca voluntad de la que me es posible disponer y vomité, después, hasta la última nota”.

En octavo grado tuvo otra revelación. Las reseñas y ensayos que su profesor de español obligaba de tarea le presentaron otro arte: la literatura, y con esa se casó.

Con las tareas fue aprendiendo a limar las imperfecciones, y el descubrimiento de Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, Pablo Neruda, Armando Benedetti, Fernando Soto Aparicio, Rafel Ortiz González y José Eustasio Rivera encendieron en él esa vorágine por escribir.

—Cuando llegué a la Universidad seguí escribiendo y, en el primer semestre, regalaba poemas a los peatones en la calle.

Pero los siete años de vacas gordas en Orocué terminarían antes de esa experiencia universitaria.

—Mi padre comenzó a tener amenazas por ayudar a la población víctima del conflicto; le decían: “Yo sé dónde vive, si no se va lo matamos”.

De nuevo el inxilio, el cuarto, ahora con destino Arauca, y de nuevo del epicentro de la prosperidad a los suburbios de la vida, pero el anhelo de estudiar eximió a Jesús Santiago de esa experiencia. Permaneció en Orocué, en casa de su hermano mayor y de su esposa —la otra la perdieron—, ignorante de las nuevas condiciones de vida de su familia. No solo se ganó el pan con su sudor al clarinete, pudo ahorrar para la matrícula de la universidad, aunque debió realizar una rifa para completar el sueño.

En el 2016 ingresó a la carrera de Economía en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC), en Tunja, elección que a vuelo de pájaro parecería ir a contrapelo de sus inclinaciones artísticas, pero en realidad escoger una carrera más afín a su arrebatamiento literario era asunto de economía.

En las vacaciones de Semana Santa de ese año viajó a Arauca, donde la melancolía lo asedió al ver la estrechez en la que sobrevivían sus seres queridos.

—Ese fue el peor episodio en la historia de mi familia. Mis padres, mi hermano medio, mi ex-cuñada y un sobrino vivían en una casa construida de plástico, sobre un piso de tierra, en una invasión.

Las imágenes del rebusque de sus padres, especialmente el gesto de su madre cuando toda la comida que había preparado para vender en la calle se le cayó al pavimento, las lleva labradas en el alma.

—Esos recuerdos brotan, echan raíces y cambian con las estaciones mentales —expresa Jesús Santiago, con la resignación de quien todavía se cree sitiado por la vida.

A despecho de su sentimiento de responsabilidad regresó a clases, y al finalizar su semestre su padre le aconsejó que acudiera al Fondo de Reparación para el Acceso, Permanencia y Graduación en Educación Superior dirigido a la Población Víctima del Conflicto Armado, un convenio entre el Ictext y la Unidad para las Víctimas, al que aplicó y por el que ya cursa noveno semestre.

No solo de economía ha vivido. Esa timidez que confiesa que le hace preferir la soledad de su cuarto, tal vez a la manera de un insilio —sí con ‘s’—, esa suerte de ostracismo voluntario al interior de sí mismo, por culpa del orden social y económico, le permitió forjarse de literatura y de música, del blues de Robert John-

son y Gary B.B. Coleman, del jazz de Chet Baker, Louis Armstrong, Cab Calloway, Billy Holliday y, obvio, del clarinetista Benny Goodman, del bolero del trío Los Panchos, del rock y del metal.

### **Dejando rastro**

“Hay silencios de silencios, donde se oculta el aprecio, la desgracia, la dicha, la simpatía, la benevolencia o el bienestar”, escribió. Y desde ese silencio surgió a principios de este año su primer libro *Para que me recuerdes*, que descubre su gusto por la poesía, el cuento y la novela corta.

—Inició como un proyecto de diálogo con alguien muy importante, lleno de errores, de falencias —confesión que evidencia una actitud: ser un escritor a la vista.

Su insilio también ha sido habitado por sus padres desde que los vio en Arauca, pese a que un año después una tía les envió el dinero para mudarse al departamento de Antioquia, al pueblo donde se enamoraron. Hace un par de semanas su papá fue forzado a desplazarse, otra vez por ayudar a los necesitados, y sobrevive gracias, nuevamente, a un mal presentimiento de su esposa.

La visa para salir de esas preocupaciones es su novia, una joven a escala de sus deseos: filósofa, afín a los pensamientos de los sabios de la Grecia clásica, de Heidegger y, especial-

mente, de los conceptos de Hannah Arendt, sobre quien prepara un escrito basado en sus planteamientos acerca de la libertad.

Y esa libertad tan fustigada en nuestros días y tan hostigada en su vida, Jesús Santiago la encontró en algunos autores latinoamericanos del siglo XX que se hermanan en su bandera por una sociedad más humana y equitativa.

—Esa manera como levantaron sus voces en defensa de los desamparados me sirvió para trazar ciertos propósitos respecto a la escritura; pienso que en últimas es su manera de cambiar el mundo, así sea una visión ingenua.

Por su experiencia comprendo que “no podría desligar el arte de lo político, porque dar una expresión involucra que otros la adapten a su susceptibilidad, y si esa expresión tiene que ver

con lo que está viviendo un conjunto de personas en determinado momento, sería un acercamiento a lo bello desde lo humano”.

En sus palabras se advierte algo en él de esa resistencia literaria que enarboló el gran poeta francés René Char, quien escribió: “Me hago violencia para conservar, a despecho de mi humor, mi voz de tinta”, en *Las hojas de Hipnos*, todo un pregón contra la irracionalidad humana, escrito como una suerte de baluarte contra la ocupación nazi.

Parece que hacia ese norte ha encaminado su segundo libro, una especie de alter ego, en el que posa muchas expectativas, porque sabe que pese a sus preocupaciones “se hace camino al andar”, como dijo Antonio Machado, pero sabe que lo más importante no está en la pisada —el dónde ni el cómo—, sino en la huella.

\*\*\*\*\*

---

## UNA VÍCTIMA CON MUCHOS NOMBRES Y APELLIDOS

TEXTO Y FOTOGRAFÍA: LUZ JENY AGUIRRE

---



“Estamos contando la historia es de milagro”, dice Mario Chauza. No le alcanzan los dedos para hacer la cuenta de cuántos vecinos y campesinos murieron por la guerra en las fértiles tierras de Pradera. Y aun así, con una nostalgia que se deja ver cada tanto en sus palabras, a su relato lo gobierna, increíblemente, la esperanza.

En el segundo piso de una casa que significa mucho –y eso ya vamos a contarlo–, tomando un aromático café praderense, se entrega al ejercicio de la memoria.

Estamos en la sede de la Asociación Municipal de Usuarios Campesinos (AMUC) en el sector de La Colina, una zona urbana que hoy en día ya está completamente construida y poblada, haciendo de los sembrados de maíz y habichuelas un mero recuerdo.

Mario dice que los orígenes de esta organización campesina se remontan a 1969, cuando el Gobierno estimuló la creación de la entonces Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) a través del Ministerio de Agricultura, y luego de muchos vaivenes, avances, divisiones y luchas, se conformaron las asociaciones a nivel local, llamado que fue acogido en Pradera.

Las reuniones eran en la casa cural y llegaron a juntarse 400 campesinos. El tema principal que los unía era trabajar por la titulación de tierras y

fortalecer a las distintas organizaciones de labriegos para mejorar las condiciones del campo.

Pradera es un municipio agrícola por excelencia, donde los contrastes de su geografía montañosa y plana bendicen el suelo con gran riqueza. Amplios sembrados de caña comparten espacio con café, frutales, aromáticas y demás, que han venido experimentando una gradual reducción con el paso de los años, pero ese es otro asunto.

El caso es que el grupo se hizo fuerte y necesitó una sede. A punta de bazares, rifas y aportes de los afiliados empezaron a pagar los lotes de la que sería la casa campesina de AMUC en La Colina.

Resultó un proceso emocionante. En una oportunidad la Gobernación les donó 50 millones de pesos –bastante en esa época– en materiales, cemento y ladrillos, pero sin saber cómo usarlos. Con el SENA consiguieron capacitarse en construcción. Se anotaron 35 campesinos para las clases, con dos maestros de obra y un arquitecto. Finalmente, por las mañanas aprendían y por las tardes construían.

–Estábamos dichosos. En 1988 ya teníamos el primer piso y eso era fabuloso porque había donde hacer nuestros festivales, encuentros campesinos de música, reuniones y capacitaciones. Para el segundo piso se movilizó todo el pueblo, los

docentes hicieron una campaña y cada niño traía un ladrillo o lo que cada familia pudiera aportar –relata Mario.

Cuando el tercer piso ya estaba, montaron el mercado campesino, y todos los sábados las familias bajaban de las veredas con sus productos para ofrecerlos no solo a los habitantes de Pradera, también a los de muchos municipios vecinos que venían tras la noticia de comida fresca, en buen estado y a excelentes precios.

–Mejor dicho, íbamos para adelante, organizados y apoyándonos entre nosotros –complementa Luz, también presente en la charla y quien hizo parte de esta historia.

“Empieza Cristo a padecer”. Esta frase aparece en la narración de Mario cuando llega al año 2000. La presencia de los grupos armados en la zona rural empezó a ser tan fuerte, que de pronto los campesinos ya no bajaban a reunirse; ya pocos podían ir al mercado, las fiestas se quedaron sin comensales, pero nadie decía nada. Se sembró el miedo en esta región en medio de esa disputa. Se trataba nada más y nada menos de un municipio que junto con su vecino, Florida, conecta distintas áreas del país a través de páramos y bosques andinos. En resumen, una zona de interconexión estratégica entre el Valle, el Cauca, el Macizo colombiano, los Andes centrales y el Pacífico, una auténtica joya.

El primer desplazamiento masivo fue desde el corregimiento de La Fría, en el 2001. Ahí, la foto a colores vivos que era AMUC y su casa campesina se volvió blanco y negro. La sede se convirtió en albergue para las 25 familias que llegaron huyendo de la muerte; a su vez, el mercado campesino se tuvo que mover para la calle y de ahí en adelante se vino la sucesión de desplazamientos masivos e individuales.

Las amenazas se volvieron el pan de cada día y pocos contaban de los temores que vivían de puertas para adentro. La tranquilidad y la capacidad de organización y liderazgo alcanzados por años de trabajo campesino se fueron desmoronando. Y cómo no, cuando lo que se sabía era del asesinato de Marcelino, de Javier, de Célimo, de Leonel... lo que se rumoraba era de la finca de aquel lado que había quedado abandonada, del fulano que salió y le tocó dejar hasta las vacas solas, de otro amigo al que lo pararon por allá lejos y le dijeron que no volviera por estos lados.

–Informantes. Esa era la palabrita terrible que se convirtió en una pesadilla. Todo el mundo tenía cara de informante, ya sea para los de un bando o del otro, y los campesinos en la mitad de aquel problema intentaban simplemente sobrevivir. Yo creo que en todos estos años fueron más de 60 los campesinos asesinados en medio de la guerra. Cuánto me gustaría que hubiera en la plaza del

pueblo un monumento al campesino caído –dice Mario.

El Diagnóstico del Daño, documento que recoge la historia de lo vivido por esta comunidad, reconocida por el Gobierno como Sujeto de Reparación Colectiva, señala que el 14 de marzo de 2003 hubo un largo y cruento enfrentamiento entre las Farc y las Auc, en medio del cual quemaron cuatro casas, lo que generó el desplazamiento masivo hasta el casco urbano de Pradera. Entre los afectados de este hecho se encontraba uno de los asociados y líder de la AMUC, Jaime Jiménez.

–Este desplazamiento marcó nuestra situación porque sabíamos que nos estaban empezando a perseguir a los miembros de la Junta y los asociados; esto causó que los asociados no volvieran a acompañarnos en proyectos y planes agropecuarios –manifestó uno de los dolientes.

En efecto, la persecución y las amenazas se intensificaron. La AMUC, que había incursionado en política logrando tres concejales campesinos en diferentes periodos, y que tenía prósperos y visibles proyectos, fue declarado objetivo militar, tanto así que el último aspirante al Concejo fue obligado a renunciar.

El Diagnóstico señala que el 2011 fue el año crítico: “Entre las calamidades que ocurrieron están el homicidio del exsecretario, las amenazas y desplaza-

miento de 11 de sus miembros”, amenazados por la Columna Móvil Gabriel Galvis de las Farc.

Luz Adriana Toro, directora territorial de la Unidad para las Víctimas en el Valle, explica que con el caso de AMUC se comprende cómo el conflicto no solo afectó a las personas de manera individual, sino que también lastimó profundamente las dinámicas sociales, el alma de las comunidades, organizaciones y grupos. “Es por eso por lo que se les reconoce como Sujeto de Reparación Colectiva y se hace un proceso para reparar los daños sufridos como grupo. AMUC ha sido valiente en este caminar y se ha reconstruido para superar lo vivido y seguir adelante”.

El retorno de la calma fue lento y empezó después del 2015, pero el daño estaba hecho, incluso al buen nombre del grupo y sus integrantes, lo que no ha sido nada fácil de recuperar. Hoy, AMUC Pradera tiene cerca de 56 miembros, algunos de aquella época, como Mario, y muchos otros presentes allí por herencia: hijos, sobrinos y nietos de los campesinos que tuvieron que batallar con el conflicto de frente.

Están en la casa de La Colina, cuyo tercer piso, donde se albergaron muchas veces los desplazados, está hoy alquilado a un equipo que hace desminado humanitario. También funciona en el primer piso una cooperativa de caficultores. En el segundo

piso toma fuerza el nuevo motor de trabajo de este colectivo: las confecciones.

Sí, sin saber mucho, así como cuando les dieron material para construir la casa, los integrantes de AMUC recibieron ayudas del Gobierno en máquinas planas, materiales y elementos para costura, de los cuales han aprendido sobre la marcha y con esfuerzo, sacándole todo el provecho. Se han capacitado, y hoy estampan, hacen dotaciones, bolsos y bordados.

—Tocó apuntarle a algo urbano, pues con todo lo que pasó el entorno cambió mucho. Donde había muchas fincas de sembrados, hoy hay casas de veraneo; se ha perdido la vocación agrícola. Aun así, seguimos soñando con el campo, y eso buscamos: poder tener una granja de tipo integral y sostenible donde podamos impar-

tir capacitaciones en sistemas productivos. Queremos preservar, custodiar y suministrar semillas o materiales de propagación agroalimentarios a los campesinos —señala Carlos Hugo Vásquez, presidente actual de AMUC.

No todos saben que las víctimas del conflicto no solo tienen nombre y apellido, también pueden tener nombre de organización, de pueblo, de barrio, de movimiento, porque la guerra causó daños en todos los niveles. Allí, en Pradera, el municipio “dulce” del Valle, está uno de esos ejemplos.

Esos años que tanto les duelen no aparecen en las fotos enmarcadas y colgadas en la pared que dan cuenta de su historia, pero ocurrieron, y es algo que necesitan contar para que nunca, nunca, vuelva a pasar.

\*\*\*\*\*

---

## LA PARTERA DEL AMOR

TEXTO Y FOTOGRAFÍA: WILLYAM PEÑA GUTIÉRREZ

---



La noche en la que Damiana comprobó que salvar una vida era más importante que el dolor de una traición, también entendió que perdonar era el equivalente a la paz.

–Buscar la paz es demostrar un amor profundo por el prójimo –asegura.

Para entonces, principios del siglo XXI, ya había sufrido el primer desplazamiento forzado en la región del Bajo Calima, en Buenaventura. Esa noche, siendo la única partera del barrio Lleras, en el puerto bonaverense, asistió el alumbramiento de la amante de su esposo. Lo hizo porque su corazón es puro o “muy lindo” como ella prefiere llamarlo.

–Yo sé que si yo hubiera sido la que iba a tener el muchacho, ella no me hubiera ayudado; tenía rabia, pero la salvé a ella y al niño –comenta.

Tal vez por esos sentimientos encontrados es de los pocos casos que recuerda Damiana Torres Bellaisacc. Fueron más de 100 nacimientos que pasaron por sus manos en oscuras noches de guerra, de muertes y de dolor. Sus propios partos, 15 en total, también los autoasistió.

–Yo misma recibía los niños. Cuando mi esposo llegaba a la casa, yo le decía: ahí está su hija. Tuve así ocho de mis hijos.

### **Salvar vidas**

Perteneció a la Asociación

de Parteras Unidas del Pacífico (Asoparupa), organización que lideró el proceso para que el 7 de octubre de 2016 el oficio que heredó de su madre fuera incluido en la lista representativa del Patrimonio Cultural Inmaterial, del ámbito nacional, a los Saberes Asociados a la Partería Afro del Pacífico.

–Me gustaba salvar vidas porque cuando uno salva vidas, otro le salva la de uno.

Pese a ese gusto, salvar vidas en medio de una guerra es algo que le cuesta entender y que se niega a recordar a sus 75 años de edad.

No sabe o quizás prefiere olvidar, si fueron los paramilitares o la guerrilla; pero en otra de esas noches, en las que luchó contra la muerte, tuvo que correr en medio de las balas y estallidos de bombas para salvar su vida, la de su esposo y algunos de sus hijos. Un hijo en la mano y el otro en el vientre. Correr sin mirar atrás fue la consigna y esa ha sido desde entonces un estilo de vida: “atrás ni para coger impulso”.

–Mataron a tres. Nosotros y un primo que se llamaba Nelson tuvimos que salir huyendo a la una de la mañana, corriendo por encima de los cadáveres.

Escapando de la violencia del Bajo Calima, se refugió en el barrio Lleras, sector popular de la comuna tres del “Distrito

Especial, Industrial, Portuario, Biodiverso y Ecoturístico de Buenaventura”, nombre oficial de esa bella tierra del Pacífico que, para Damiana como para muchos de sus habitantes, es en realidad “un puerto sin ciudad, o una ciudad sin puerto”, y en donde la violencia también la perturbó.

—No sé por qué, pero me quitaron dos casitas que habíamos construido con mi esposo.

### Secretos del oro

Trabajó vendiendo mazamorra, refrescos y tamales. Desplazada de nuevo, se reubicó en el barrio Cabal Pombo. Hombro a hombro y palmo a palmo, así trabajaba con su marido, enseñanza que le dejaron la abuela Victoriana y la bisabuela Claudia, en su natal López de Micay, Cauca, que le decían que cuando tuviera hijos había que estar al lado de su hombre, ayudarle. De ellas, además aprendió, lo que dice, es el más grande secreto de la minería del oro:

—El oro no puede ver la persona de mal corazón. El oro tiene vida. Él se va si uno está de mal corazón —resalta.

Inmersa en ese Pacífico de contrastes, y en un puerto con una población en un 87% reconocida afrodescendiente, Damiana es parte de esa etnia que sufre, que llora y que ha sido violentada, pero que defiende con valores sociales, con cultura y con música, sus manifestaciones ancestrales.

—El Pacífico es una rumba sabrosa —así lo describe y prefiriere recordarlo.

Integró el grupo de danzas Nadie Como Yo. Disfrutaba de la música, de la interpretación de la marimba, la tambora y el guasá, arte que aprendió desde niña: sus padres le enseñaron a tocar y bailar el currulao y el bambuco.

Enseñar currulao, un sueño. Y para dejar constancia de su talento ancestral y de esa condición que se lleva en la sangre africana, entona con esa potente y desgarrada voz de cantaora un estribillo de los cientos de cantos del Pacífico: “De los pescados del agua, la mojarra y el bocó, iooh! a mí me gusta mi camarón y a mí me gusta mi camarón”.

A Buenaventura y López de Micay los extraña. A su Pacífico lo lleva en las venas, en el alma y en la piel. Pero contra esa cruel guerra que le arrebató familia, amigos y hasta su tierra, batalla en su mente por borrarla; prefiere olvidarla, y tal vez por eso resolvió nunca retornar.

Ahora vive en el barrio Minuto de Dios, de la comuna nueve de Ibagué, un sector deprimido. Allí, desde hace cinco años, invierte sus días al lado de uno de sus hijos que sufre un cuadro de esquizofrenia a causa de un golpe recibido en una de esas noches cuando huían de la muerte. Desde entonces, en esta ciudad ha re-

cibido atención psicosocial y el pago de la ayuda humanitaria. Por su edad y condición de salud está en la ruta priorizada para recibir la reparación económica por parte de la Unidad para las Víctimas. Con estos recursos y la ayuda del Gobierno quiere comprar una casa, pero su anhelo inmediato es enseñar a bailar el currulao a los niños, niñas y personas de la tercera de edad de esta tierra sanjuanera, y para ello tiene una petición especial: que le ayuden a comprar un bafecito para enseñarles a bailar currulao, “porque aquí

la gente quiere aprender, pero no saben”.

Damiana hace parte de 1.135.605\* víctimas afro a las que la violencia colombiana ha marcado para siempre. Ella como toda su raza siente que han sido maltratados y muchas veces discriminados. Hoy, en el día de la Afrocolombianidad, cuenta su historia como un mensaje por la dignificación y la ratificación de que hace 170 años se abolió en este país la esclavitud para su etnia.

---

\*Cifras de abril 2021

\*\*\*\*\*



6

ACABANDO SUEÑOS  
DE UN TAJO

---

## NUBIA, CORRIGIENDO LAS ERRATAS DE LA VIDA

POR: ERICK GONZÁLEZ GONZÁLEZ

FOTOGRAFÍA: NUBIA VIVAS

---



La entrevista quedó para las tres de la tarde, después de cumplir con el horario laboral. Nubia tuvo que retractarse de la cita inicial del mediodía, no tanto porque no tuviera tiempo para almorzar, sino por evitar que sus compañeras de aseo y cafetería la vieran hablando con un periodista de la entidad donde labora. Una mala lengua fotográfica, aspirante a paparazzo, que corre a publicar el chisme de turno como si tuviera la primicia del día, puede ocasionar problemas, solo que para ello a diferencia del fotógrafo de las vedets o del jet set que tiene su cámara para corroborar su perspicacia, el amateur del cotilleo solo puede valerse, en estos casos, de su plano subjetivo y de crédulos oídos.

A las tres, Nubia todavía se excusaba por el imprevisto cambio de horario, pero la realidad es que había que cuidar el trabajo, mucho más cuando el número de veces para apagar supera los 50. Pero esas disculpas ya delataban no propiamente una jeremiada, es decir, una exagerada lamentación, sino casi una súplica de quien en su rostro se adivina el dolor por el que ha peregrinado su vida, que con un labial rojo intenta disimular.

Nubia Vivas Rojas nació en Armenia (Quindío), el 21 de julio de 1969, un día después de que el hombre aterrizara en la luna y cuatro meses antes del estreno de la serie infantil por excelencia:

Plaza Sésamo. Pero nada más distante de la imaginación espacial y de la inocencia de la rana René, Beto, Enrique y Abelardo que la infancia de Nubia, compuesta por sus padres, cuatro hermanas y dos hermanos, y penurias sin cuartel, en la población de Puerto Rico, en el Caquetá.

Era niña cuando las Farc protagonizaron una acción bélica en su pueblo, donde ella por sus añitos hizo un papel de extra, como los figurantes que están en una o dos escenas pero que desconocen el guion de la película, su edad y las intenciones guerrilleras no permitían más, era tan niña que confundía las balaceras con espectáculos de pólvora y sus camuflados con los del Ejército, pero tan niña que apenas le extrañaba que usaran sombreros campesinos y no las acostumbradas gorras militares.

—Niña, ¿sabe quiénes somos?

—Soldados... —respondió Nubia—.

—Nosotros somos guerrilleros, los muchachos del monte.

“Nosotros escuchábamos la frase ‘muchachos del monte’, pero no sabíamos que era eso”.

—Uy, monita usted como que es buena para enseñarle a manejar este rifle. ¿Vive muy lejos?

—Sí, señor, muy lejos —afirmó Nubia—.

—Entonces corra, porque se va a armar la buena.

Esa refriega fue una oleada de rencor.

—Los helicópteros pasaban por un lado y por el otro, fumigando a

la gente. Mataron al comandante de la Policía, pero ninguno de los guerrilleros murió. De ese incidente no volvió a escuchar nada –recordó Nubia.

### **Una infancia infanticida**

Nubia estuvo hasta los nueve años con sus padres, porque su “papá era muy jodido”. Él se dedicaba a hacer bloques de adobe y obligaba a sus hijos a moler su infancia hasta tarde en la noche, recogiendo y cargando arena en ollas desde la quebrada.

–Mi papá decía que no iba a pagar trabajadores, porque para eso nos tenía a nosotras y nos estaba dando de tragar. Un día nos mandaban a estudiar y al otro día no, porque decía que para aprender con el libro de dos hojas no se necesitaba estudio”.

Ese libro le parecía un imposible, una quimera, no comprendía cómo solo dos hojas podían contener una carga académica tal que cubriera todo lo que había que aprender. Tal vez era una simple excusa de su padre para capar responsabilidades. A su corta edad nunca pudo descifrar el libro con el ábrete sésamo de la educación, que con su portada y contraportada pedagógicas podía dar la misma lección al derecho o al revés, y cuyo profesor sustituto para ofrecer la misma lección siempre se ha valido de un lado: la palmada.

Su padre se enmozó y el calvario fue peor, no solo por las lec-

ciones del cinturón, sino por algo mucho más flagelante: el hambre.

–A veces el día era tinto al desayuno, tinto al almuerzo y tinto a la comida, y fue y trabaje. Mi papá llegaba a darle golpes a mi mamá. Una vez le rompió la cabeza con una pala, le pegaba por las mozas. Él no llegaba borracho, pero nos daba como para acabarnos, porque decía que nosotras éramos los varones, pero él no les pegaba a los varones”.

Y si había tinto y algo más para pasar con el tinto era gracias a su madre, ya que el poco dinero que ganaba su padre se perdía en el mapa de caricias de su concubina: el cuerpo del delito.

El tribunal de la vida había juzgado muy duro a Nubia y sus hermanas, así que ella tomó una decisión con la esperanza de cambiar esa sentencia.

–Yo fui la primera que me volé de la casa. Me fui de 9 años, pues había un señor que iba mucho a la casa. Yo no lo quería, pero de obligada me fui con él, porque me dijo que me llevaba así fuera de niñera al ver tanto sufrimiento en la casa.

Así quiso huir de su vida, de su infancia alienada, pero no pudo huir de sí misma... a los nueve años no se puede escapar de la inocencia, de ese candor que le impidió intuir la bífida intención de su paladín, un café más amargo y oscuro.

Le prometió Armenia y un trabajo de niñera, pero la realidad fue otra: el monte y sus propios niños.

—Fui violada por él. A esa edad qué iba a saber para qué servía el hombre o la mujer, porque nunca vimos a mi papá dormir con mi mamá, jamás, mi papá dormía con los dos varones y mi mamá con las mujeres.

Durante el saqueo de su infancia vivieron en Caquetá y en el Llano hasta que al año decidió no convivir más con él. Con un bebé y embarazada de su segundo hijo regresó a casa de sus padres, pero un lo lamento hija, no es bienvenida, no tiene derecho de volver, por parte de su madre, estrangularon sus esperanzas y revivieron las humillaciones y los golpes. “Usted no se puede ir del lado mío porque la mando matar”, fue la amenaza de bienvenida a su casa en Lejanías (Meta).

### **Ese señor resultó peor que mi papá.**

Él era técnico de radio y nunca sintonizó con ella, que trabajaba en lo que saliera. La alta frecuencia del maltrato no cedía, pese a comprar una casa para no pagar arriendo. Él se enmozó con la sobrina y con el paso de las caricias decidió vender el inmueble, sin avisar a Nubia de su venta, para apostar sus ganancias al rojo pasión. A los ocho días del adiós llegó el nuevo dueño que le enseñó la puerta de la calle sin piedad alguna por el futuro

de ella y sus cinco hijos, que sin techo ni trabajo estable pintaba harapos y limosnas.

### **Una juventud homicida**

Como la casa materna estaba prohibida, se fue a buscar trabajo a otras tierras. Recogió café en fincas ajenas hasta que regresó a Puerto Rico, bajo las alas de su hermana, donde en esta ocasión sí sería una de las protagonistas del terror de las Farc. El 12 de mayo de 1990, un Día de la Madre, con pocos días de haber retornado a su pueblo, decidieron visitar a su mamá, Carmen, porque madre es madre pese a su maltrato y rechazo, y porque lo ordena el cuarto mandamiento: “Honrarás a padre y madre”.

Nubia, su hermana y un hermano, como dictaba la costumbre de aquellas fechas, la acompañaban a misa para santificar ese día, a dar las gracias, por el milagrito y la bendición, ignorando que por ellos aguardaban los responsos. Un plumazo en el pecho esperaba a Carmen.

Carmen no murió al instante, los segundos que duró en el piso exangüe y sin poder hablar fueron aprovechados por inescrupulosos que se valieron del revuelo para robarle la prótesis dental por sus piezas de oro, antes de que la recogieran y la llevaran al puesto de salud, donde “el médico se negó a atenderla porque estaba borracho”. El padre de Nubia, quien “era un hombre sinvergüenza, que nunca abandonó su hogar, consiguió la plata para llevarla

al pueblo El Doncello, pero murió antes de llegar”.

—A mi mamá la mataron las Farc dizque porque decían que ella sabía muchos secretos de esa gente, tal vez porque ella lavaba ropa en casas ajenas y se enteraba de cosas, entonces le decían: “Doña Carmen no queremos que usted abra esa boca para nada”. Ella había recibido amenazas, pero no tenía miedo, pero que ladra no muerde, decía, y mi papá no se preocupaba porque ese problema no era con él.

Comenzaba otro viacrucis aparte del sentimiento de desgracia que se enciende porque le maten a la mamá el Día de la Madre y en presencia de uno: recaudar dinero para el féretro y el entierro. Como la película *Lola*, del gran director filipino Brillante Mendoza, donde una abuela debe recolectar dinero en el barrio para el funeral de su nieto asesinado, mientras otra abuela lo hace para cubrir los gastos del juicio de su nieto acusado de ese homicidio, Nubia y sus hermanos con megáfono al hombro debieron clamar limosna para despedir a su madre. “La gente llegaba a la alcaldía y a la funeraria a donar su dinero”. El funeral se extendió por cinco días, tiempo que duraron en recoger los últimos auxilios.

Así, Nubia se convirtió en una de las 770.827\* víctimas indirectas por homicidio debido al conflicto armado en el país y su madre en una de las 274.319 perso-

nas asesinadas en Colombia y una de las 8.375, en Caquetá, según el Registro Único de Víctimas.

El destino para algunas personas siempre puede empeorar. Su hermana no podía acogerla por más tiempo con sus cinco hijos, así que Nubia se marchó para Ataco, en el Tolima, donde otro hermano, quien con sorpresa le ofreció un destino más oscuro: prostituirse para ganarse el pan con el sudor del cuerpo.

—Él tenía una zapatería y puso una cantina, donde me mostró un cuarto para que atendiera clientes si quería vivir donde él y si quería tener la comida para mí y para mis hijos, y eso que yo le hacía todo el oficio de la casa.

—Ese señor resultó peor que su papá y su marido.

Un señor que había escuchado los planes de su hermano y de su cuñada al respecto se le acercó y le ofreció esperanza. “No se preocupe que yo no la voy a dejar morir”, fue la respuesta a sus ruegos.

—Ese señor consiguió un rancho y me dijo que me daba la posada, y “a cambio de qué”, le dije, y él me respondió: “No mona, lo hago con el corazón, yo no soy como su marido o las personas que usted ha tratado”.

Su benefactor le consiguió cama, estufa y ollas, pero a ella

---

\*Cifras Junio 2020

le preocupaba la alimentación. “¿Usted sabe hacer chuzos?”, sin importar la respuesta, esa pregunta se transformó en clases de comida rápida, insumos y un carrito ambulante.

—Él me acompañaba a vender en las noches y hacía el masato, y todo lo que yo sacaba lo vendía, y acredité mi negocio.

Pero el odio de su hermano por despreciar su propuesta la perseguía como un juramento. Le montó la competencia y a precios más baratos; sin embargo, la aversión por Nubia tuvo alcances propios del Bajísimo...

—Él hacía brujería y hacía riegos para que me fuera mal; “la tengo que ver destruida, la tengo que ver de rodillas”, me decía.

### **Una madurez bienvenida**

Fue tal la antipatía, palabra que tal vez se queda corta cuando lo hecho debió haber inspirado más de un madrazo y varias persignaciones, que Nubia le devolvió todo a su benefactor para evitarle oscuros problemas, le agradeció por la ayuda y se marchó a Armenia.

En la capital quindiana crio a sus hijos sola. No consiguió pareja por las cicatrices de su anterior relación y “por temor a que abusaran de ellos”. En las temporadas en las que no recogía

café, de seis a doce del día trabajaba en casa de familia, y de una a seis de la tarde se dedicaba a la construcción. Hace once años se mudó a Bogotá porque era muy difícil el rebusque en Armenia. Ya fue indemnizada por la Unidad para las Víctimas, dinero que invirtió en una casa en la ciudad donde nació.

En estos tiempos de pandemia, cuando todos queremos dar la dirección equivocada a la muerte, como diría el poeta colombiano Juan Manuel Roca, no fue posible para Nubia evitar su guadaña: la segunda jornada sin IVA afectó a su pareja, no porque haya salido a beneficiarse de los descuentos de ese día, sino porque su hermano que sí lo hizo lo contagió del virus del Covid-19 el sábado 4 de julio cuando almorzaron juntos. Ambos fallecieron 15 días después.

Pese a esta adversidad, las palabras de Nubia no guardan el dolor propio en época de luto, ni siquiera para ella que esa fatalidad le llegó un día antes de su cumpleaños, ni siquiera para ella que se ha construido de infortunios, ya tiene callo en el alma para ello y parece que también contra la Covid-19, pues ni siquiera fue asintomática. Nubia ya barrió las esquirlas de su pasado y limpia su futuro, solo que ahora en compañía de un buen tinto.

\*\*\*\*\*

---

# LO QUE LA VIOLENCIA NO PUDO ARRANCAR DE LEDYS

POR: JESSICA ROCÍO MORA Y CÉSAR AUGUSTO MARÍN

FOTOGRAFÍA: JUAN SEBASTIÁN GONZÁLEZ



—Ese día mataron a mi padre, a dos de mis hermanos y a cerca de diez personas más, al tiempo que me violentaban sexualmente, me pegaban un tiro en la cabeza, me torturaban y me partían el brazo izquierdo.

Esa confesión es parte del relato de horror que vivió Ledys Margoth López Polo un día de septiembre de 1993, cerca de San Pedro de Urabá (Antioquia), luego de que integrantes de un grupo paramilitar incursionaran en una finca bananera en la que vivía con su familia y varios vecinos.

Ledys nació en Canalete (Córdoba), pero su infancia y adolescencia las vivió en Urabá. Al momento de los hechos violentos de 1993 tenía 19 años y dos hijas bebés. Recuerda ella que hacia las 4 a. m. del 20 de septiembre de ese año ingresaron hombres armados a la finca y todo fue oscuridad.

—Llegaron partiendo y tumbando las puertas, les prendieron fuego a las casas y dividieron a los hombres por un lado y a las mujeres por el otro. A mí me amarraron a una mata de plátano con las manos atrás, al tiempo que a mi hermana y a un grupo de vecinos los pusieron a cavar una fosa —comenta Ledys.

Cerca de las 6 a. m. mataron a la primera persona, un vecino que se encontraba cerca de ella. Uno de los hombres armados le preguntó a Ledys quién era esa

persona, a lo que ella respondió que lo conocía porque todos eran vecinos. El tipo siguió haciendo otras preguntas y, de un momento a otro, le disparó y lo asesinó. “Hasta sangre me chispió en la ropa”, recuerda.

Mientras eso ocurría, apareció un grupo de personas a caballo que fueron obligadas a desmontarse y que amarraron con el resto de los hombres. Simultáneamente, otros cavaban sus propias fosas mientras los sonidos de los disparos acallaban los llantos y lamentos de los presentes.

—Luego me pasaron por donde ya habían asesinado a varias personas y yo veo horrorizada esos cuerpos. Uno me golpea con la cacha del revólver y el otro me rompe el vestido con un cuchillo y quedé prácticamente desnuda. Ahí fue donde me abusaron entre varios de ellos. Luego me doblaron el brazo para atrás y me lo partieron y así y todo me volvieron a amarrar. Me pateaban así, desnuda. Hubo un momento en que me caí y llegó otro de ellos, se abrió la cremallera de su pantalón y me orinó. Yo solo le suplicaba a Dios que no me abandonara. Yo sentí que los orines me caían en la boca, entonces cerré los ojos y la boca. Cuando ya terminó vi que sacó el revólver y me pegó un tiro en la cabeza que entró por la parte de atrás y salió por el lado izquierdo. En seguida pierdo el sentido. Al rato despierto y me voy a parar y no pude, sentí que estaba toda mojada y pensé

que me había orinado y no; todo era sangre.

Para ese momento, los paramilitares ya habían incinerado todas las viviendas y asesinado a varias personas, incluido a su padre Miguel Ángel y a sus hermanos, Linet del Carmen, de 16 años, y Miguel, de 22.

Ledys no podía mover la pierna izquierda ni el brazo fracturado pues la inflamación era extrema; solo clamaba y clamaba a Dios que la ayudara a salir de esa situación.

—Había un silencio sepulcral porque los agresores ya se habían ido y lo único que escuchaba era el llanto de un bebé. Como pude, y casi arrastrándome, llegué hasta allá y resulta que era mi hija de ocho meses. Después me contó mi abuela que cuando le prendieron fuego a la casa lo primero que hizo fue coger a mi hija menor y dejarla cerca de un tanque de agua. Allí la encontré. Cogí la niña y le di seno. Estaba toda moradita del frío.

Al rato se encontró a un niño quien le dijo que su hija mayor estaba en una quebrada, donde la encontró. Ese niño, huérfano por aquella masacre, fue adoptado por Ledys pues no tenía otro futuro más que ser recibido en una amorosa familia.

Transcurrieron unos minutos y pasó un hombre en un caballo y la llevó a un hospital en donde

le enyesaron el brazo, le curaron la herida de bala de la cabeza y le revisaron el cuerpo debido a la agresión sexual.

En la fosa que ayudó a cavar su hermana quedaron los cuerpos de ella, su padre, su hermano y cerca de diez personas más asesinadas ese día. Tras esta tragedia decidió irse para Montería con sus hijas. Tenía que salir de aquella zona lo más pronto posible.

Para ese momento se acercó a la Red de Solidaridad Social y a la Fiscalía.

—Quedé muy maltratada. Cuando orinaba sentía que olía a feo, sentía que estaba podrida —asegura, recordando que eso mismo les comentó a las personas de la Fiscalía.

Después vino una cirugía y un tratamiento médico que le ayudaron a recuperarse físicamente. Con el paso del tiempo se reencontró con su madre, a quien daba por desaparecida luego de la masacre.

### **Señalamientos**

Se instaló en Montería, donde por aquel entonces toda persona que arribaba desplazada por la violencia la estigmatizaban porque decían que era de la guerrilla. Por ello sus hijas también fueron víctimas de matoneo en el colegio, sumado al hecho de que Ledys era madre soltera.

En Montería asistió de manera virtual a unas audiencias

de Justicia y Paz e identificó a uno de sus victimarios conocido con el alias de “El burro”, porque recordaba claramente que era afro, calvo y alto.

También habló virtualmente con alias “Monoleche”, quien aceptó que la Casa Castaño había ordenado esa masacre, y le pidió perdón a través de aquella pantalla, a lo que Ledys le respondió: “Que los perdone Dios que es el único que lo puede hacer”.

Sin embargo, la violencia estaba lejos de irse del entorno de Ledys. En 2015, otro de sus hermanos, Miguel, fue asesinado en una calle de la capital de Córdoba.

—Él, días antes, me comentó que sentía que lo estaban siguiendo y le dije que seguro era paranoia, pero resultó que sí era cierto y lo mataron.

### **Receta para olvidar la violencia**

Luego de ese luto, su vida comenzó a tener otro rumbo. En su trasegar encontró en entidades como el Sena y la Unidad para las Víctimas el apoyo para renacer. Así esa pesadilla de aquel septiembre negro fue quedando atrás.

Su historia de reparación empezó con un deseo real de progreso, de no abandonar sus sueños más profundos y con un corazón pidiendo a gritos la compensación integral que le permitiera dejar su dolor en el olvido. Su determinación fue clave en el

proceso y para iniciar empezó a recibir acompañamiento psicosocial a través de la estrategia de reparación emocional de la Unidad para las Víctimas, permitiéndole perder el miedo de pertenecer a la fundación “Mujeres víctimas de violencia sexual del departamento de Córdoba”.

—Este espacio me sirvió para desahogarme. Gracias a Dios no quedé en estado de embarazo ni tampoco me dejaron nada incrustado como a otras compañeras; sí me dejaron muy herida, pero lo logré superar.

Así mismo, le brindaron apoyo entidades como la Fiscalía y el Sena en otros ámbitos, como el de su preparación educativa:

—Fue algo espontáneo. Decidí estudiar gastronomía. A través del Sena tuve primero una preparación de seis meses, cumpliendo con los requisitos... uno de ellos era ser madre cabeza de familia desplazada y con ganas de trabajar. Empecé a tener buenos resultados y me pasaron para recibir una educación superior a las universidades Cooperativa y Universidad Pontificia Bolivariana. Me enseñaron a manejar un computador y a practicar el manejo adecuado de los alimentos; la verdad nunca pensé que se me iban a dar tantas cosas.

A partir de allí, el deseo ferviente de servir aumentó. Tocó las puertas del Centro Regional de Atención a las Víctimas en Montería para que le permitieran

dedicarse desde las 5:00 a. m. a mantener el lugar acondicionado, barriendo el patio y recogiendo las sillas. Cerraba su día escuchando las historias de otras víctimas, a las cuales también les compartía la suya, expresándoles que era como una terapia que todos necesitaban porque así sentía que expulsaba todo el rencor y el dolor que guardaba y le ayudaba a sanar.

Pronto los directivos, tras notar su colaboración y dedicación, dispusieron de un espacio para que desarrollara su talento: comenzó a cocinar las comidas de los funcionarios de la entidad mientras vendía sus congelados.

Tiempo después volvió con la Fiscalía y otras autoridades para tratar de exhumar los restos de sus tres familiares y de las personas que fallecieron en aquella masacre, pero la lluvia de aquel día fue tan fuerte que impidió la diligencia. Por el momento, Ledys espera que se vuelva a programar nuevamente la histórica cita con su familia y vecinos para darles, por fin, cristiana sepultura.

### Otro obstáculo

Cuando todo iba bien, otra crisis se antepuso: la pandemia del Covid-19. La entidad cerró sus oficinas, limitando así su modo de subsistencia. Sin embargo, esta mujer de hierro encontró una nueva oportunidad: se le ocurrió la gran idea de montar su emprendimiento con todo lo que

había aprendido, a la que llamó Las delicias de Ledys.

Con sus tenis blancos, recorrió la urbanización donde reside y encontró un lugar para arrendar por doscientos mil pesos. Adelantó dos meses de una vez. Con su fe intacta y arrodillada en su cama, le pidió a Dios provisión y en ese momento sus hijas le aportaron la idea del préstamo del dinero. Consiguió el monto solicitado y empezó a organizar su negocio, pintándolo con los pocos recursos que le quedaban, en marzo de 2021.

—Estoy muy emocionada porque puedo innovar con mis productos, que ahora hago a base de gaseosa: panzerottis, empanadas, deditos de tres variedades —arequipe, bocadillo y queso—. La idea de la gaseosa surgió porque el agua se había ido y vi un litro de esa gaseosa puesto en la mesa, entonces al ver la necesidad tomé la harina, la mezclé con la gaseosa y manos a la obra. Me dije: “No voy a perder esta venta”, y empecé a trabajar con mis hijas, quienes han vivido todo este proceso de lucha.

Tengo un cuaderno de contabilidad en el que mi hija, la que estudia esta misma carrera, me ayuda a sacar las cuentas. La otra hija, que estudia administración, también me apoya. Yo hago los alimentos en la mañana y mis hijas vienen en la tarde, terminan de vender conmigo y me dicen: “Mami así sea cien pesos que cojas, lo debes de anotar”.

Este negocio le aporta para cubrir sus necesidades básicas y personales, haciéndola más fuerte y positiva. Hoy en día, Ledys es ejemplo de valentía y empuje. No solo hace domicilios, también vende en la urbanización de más de tres mil apartamentos donde vive. Se proyecta a un año, conseguir un local más grande y ofrecer productos de mejor calidad con máquinas de alta tecnología

Ahora, Ledys empieza su día con una sonrisa. Abre su receta-

rio exquisito, lleno de emociones que le permiten iniciar su jornada feliz, luego prende su fogón y deja lista la preparación de sus almuerzos, congelados y jugos que componen el menú de su negocio. Quienes lo frecuentan saben que le pone amor a todo lo que hace. Lo que no saben es que detrás de esa mujer que se esfuerza diariamente, hay una historia de dolor, que ella aprendió a mirar atrás solo con una receta que le funciona perfectamente: "Todo lo que hagas, hazlo con el corazón".

\*\*\*\*\*

---

## **SACERDOTES CATÓLICOS DE ARAUCA: LAS OTRAS VÍCTIMAS RECONOCIDAS DEL CONFLICTO**

**TEXTO Y FOTOGRAFÍA: DIANA RODRÍGUEZ ROJAS**

---



“Gooolll!” gritan alegres los sacerdotes compañeros de equipo del padre José María Bolívar, vicario general de la Diócesis de Arauca. Él, segundo en orden jerárquico de la Iglesia Católica en la región, después del obispo Jaime Muñoz Pedroza, acaba de meter el balón en el arco que defiende otro grupo de clérigos. Es la 1:30 de la tarde en el cálido municipio de Tame (Arauca), y todos sudan bajo el sol mientras juegan un partido después del almuerzo, ataviados con camisetas y pantalonetas de diversos colores.

Es la hora del descanso de las jornadas académicas de uno de los cuatro días del Encuentro de Formación al que acuden los 53 sacerdotes de la Diócesis de Arauca, aunque hay más motivos para estar felices: hace pocas semanas el Estado los reconoció como víctimas del conflicto armado y Sujetos de Reparación Colectiva.

A la vez, avanza el proceso de beatificación del obispo Jesús Emilio Jaramillo Monsalve, asesinado en 1989 por el frente Domingo Laín del Ejército de Liberación Nacional (Eln): el Papa Francisco ya dio su aprobación a que sea beato, por considerar que fue un mártir en defensa de la fe católica.

Los curas están en el Centro de Retiro Betania, a ocho kilómetros de la cabecera municipal, en una cancha-potrero sin demarcación, con dos arcos metálicos sin malla. Los religiosos rien, gri-

tan, “ipásela!”, se felicitan, corren y se relajan de las sesiones en las que debaten temas de fondo como “la necesidad de idear pedagogías innovadoras... para que más personas vuelvan a la Iglesia Católica, y se queden”, según dijeron algunos sacerdotes.

A la misma hora, en un kiosco, a pocos metros, el padre René Díaz, vicario parroquial de la iglesia Santa Teresita de Arauca, canta y toca en el acordeón ‘Brindo con el Alma’, de Diomedes Díaz, junto a otras personas, mientras se escuchan las voces de las pocas mujeres presentes, catequistas, que gritan burlas a los futbolistas por los kilos de más. Otros organizan en el comedor las cartillas “Demos el Primer Paso”, preparatorias para la visita apostólica que hará a Colombia el Papa Francisco, en septiembre próximo.

Hábitos como el de mantener espacios de alegría y el estar siempre organizados les han ayudado, además de su fe en Dios, a quedarse por casi cuatro siglos en estas tierras llaneras, fronterizas con Venezuela, donde los conflictos armados han sido una aciaga parte de la cotidianidad a través de la historia, en medio de paisajes de ensueño con nubes doradas que iluminan llanuras eternas adornadas con grupos de reses y con árboles habitados por loros, garcitas, águilas y otras aves.

Los sacerdotes, como toda la población de la región, no

han sido ajenos a los asesinatos, amenazas, desplazamientos, secuestros, entre otros actos violentos, y por ello el Estado reconoció a la Diócesis de Arauca como víctima del conflicto armado y Sujeto de Reparación Colectiva, en un acto que se protocolizó el 6 de junio pasado en la Catedral Santa Bárbara de la ciudad de Arauca, ante la tumba de monseñor Jaramillo.

Un día del Encuentro, un funcionario de la Unidad para las Víctimas con sede en Arauca, acudió a la Casa de Retiro a explicarles cuáles son las fases a seguir en el proceso de reparación colectiva.

Los sacerdotes aún no tienen claro qué pueden pedir como reparación. La mayoría apenas empieza a conocer la Ley de Víctimas (1448 de 2011) y en qué consiste la reparación colectiva. Por ahora tienen ideas sueltas que no saben si se puedan llevar a cabo. Piden reparar a las comunidades en las que actúa la Diócesis, con infraestructura, tratamiento psicológico, más inversión social. Otros hablan de un salón de diálogo y reconciliación con confesionarios. Alguien planteó indemnizar a los sacerdotes para retribuir en algo el valor de permanecer en la región protegiendo a la gente. Habrá que esperar el desarrollo del proceso.

### **Martirio y beatificación**

El asesinato de monseñor Jaramillo, el dos de octubre de

1989, marcó un doloroso hito en la historia de la Iglesia Católica en esa región y en el país. Era el primer obispo que tenía la Diócesis de Arauca y fue el primero muerto por balas de actores armados en Colombia.

Los sacerdotes de la región lo siguen tomando como ejemplo en la búsqueda de la reconciliación, en la ayuda a los más desfavorecidos y en la labor pastoral y de evangelización. Por eso celebran las noticias que llegaron del Vaticano, mucho más que cuando meten un gol. Es otro avance, creen ellos, frente a los grupos armados que mancillaron tanto a las comunidades en las que actúa la Diócesis.

Es que el homicidio del obispo no ha sido el único, ha habido cuatro más: Raúl de Jesús Cuervo Arias (párroco en el municipio de Fortul, en octubre de 1985), Jesús Manuel Serrano (capellán de la Policía de Arauca, en julio de 1998), José Rubín Rodríguez (párroco del municipio La Salina) y Saulo Carreño (párroco de la iglesia Cristo Rey, del municipio de Saravena), ambos en noviembre de 2003. Unos, a manos de las Farc, otros, del Eln.

La Diócesis de Arauca está conformada por 25 parroquias localizadas en los siete municipios de Arauca (Arauca, Arauquita, Cravo Norte, Fortul, Puerto Rondón, Saravena y Tame), dos municipios de Boyacá (Chita y Cuabará), un municipio de Casanare

(La Salina) y un corregimiento de Norte de Santander (Gibraltar, en el municipio de Toledo).

Las buenas nuevas hacen que los sacerdotes expresen optimismo, aunque mesurado, con respecto a los avances en materia de paz: el Acuerdo de Paz con las Farc, en 2016; los diálogos en marcha con el Eln, y se refieren también al Acuerdo de Santa Fé de Ralito con las Auc, en 2003. Ya se empieza a sentir un resurgir en la región, ellos lo dicen.

### **Historia de violencia**

Los primeros religiosos en llegar fueron los jesuitas, en 1661, según dice en el monumento central del parque principal de Tame. Después llegaron los vicentinos, los agustinos recoletos, según relata el sacerdote Heiler Arvey Giraldo Caballero, vicario de la parroquia Cristo Rey, de Saravena, quien describe con minucia la historia violenta de la región.

Desde hace cuatro siglos, los sacerdotes han fundado colegios y hospitales, y han generado negocios de ganado, entre otros. También fueron testigos de momentos cruciales de la historia colombiana. Conocieron en el siglo XIX a los lanceros que libraron, al lado de Bolívar, las batallas del Pantano de Vargas y del Puente de Boyacá, y vieron, a mediados del siglo pasado, cómo Guadalupe Salcedo, líder de la guerrilla liberal, nacido en Tame, firmó en Casanare la paz con el Gobierno de

la época, conservador, en medio de la guerra bipartidista.

Los religiosos son parte de la vida llanera, aunque hayan nacido en otros lados. En la Diócesis hay paisas, boyacenses, bogotanos, que han laborado en la región por más de 30 años.

Desde la década de 1980 estos líderes religiosos han aguantado amenazas, secuestros, asesinatos, pipetas de gas que explotaron sobre sus casas parroquiales y templos religiosos, han gestionado la liberación de personas, han recogido cadáveres, han sentido restringida su posibilidad de circulación, han protegido a la comunidad, a su manera, y han sido facilitadores de diálogos con los grupos armados en la región.

Frentes guerrilleros de las Farc y del Eln, y paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia (Auc) fueron llegando en distintos años a la región para causar terror y dolor a todos los pobladores.

Las Farc, con un grupo que no superaba los 20 combatientes, arribaron en 1978. Inauguraron su periodo de terror con un ataque violento en Fortul, a principios de los 80, en el que mataron a varios policías. Poco después, el Eln tomó fuerza en Saravena y atacó el caserío Toyas, donde también murieron policías.

Otros factores exacerbaron la violencia: uno fue el boom pe-

trolero que empezó con el descubrimiento del pozo Caño Limón, en 1983, y la construcción del oleoducto del mismo nombre, que desde ahí va hasta Coveñas (Sucre, en la costa Caribe).

Esa fiebre petrolera atrajo a miles de personas y los grupos armados ilegales reclutaron gente, atacaron la infraestructura y extorsionaron a las empresas que se establecieron. Luego, llegaron el narcotráfico, que quiso aprovechar ese corredor estratégico fronterizo, y los cultivos de coca, que ya hoy no existen.

Los enfrentamientos de grupos ilegales con las Fuerzas Armadas constitucionales eran constantes y, como si faltara más zozobra, entre el 2004 y 2010 las Farc y el Eln se sumergieron en una disputa territorial. Dicen los sacerdotes que cumplieron una insólita labor de mediadores entre los dos grupos para evitar más derramamiento de sangre.

A partir del año 2000 ingresaron miembros de las Auc y conformaron el Bloque Vencedores de Arauca, con lo que la incertidumbre llegó al tope. Todo el mundo podía ser acusado de informante, por cualquiera de los grupos. Aumentaron las muertes.

Tantos años de violencia trajeron como consecuencia que las familias salieran de las zonas rurales y llegaran a las cabeceras municipales donde se evidenció la pobreza.

Hoy, lo reconocen los curas, el Acuerdo de Paz entre el Gobierno Nacional y las Farc ha calmado un poco la situación, pero expresan mesura porque el Eln aún quiere mostrar poder en medio de los diálogos con el Gobierno y por la presencia de disidentes de las Farc y de bandas criminales en la región.

### **Su propio calvario**

Dice el padre Deyson Mariño, párroco de La Medalla Milagrosa en la ciudad de Arauca, que a la vez trabaja en el Sistema de Alertas Tempranas de la Defensoría del Pueblo, que si no fuera por la violencia, la cantidad de sacerdotes en la Diócesis serían alrededor de 100 y no 53 como ahora.

Muchos se han desplazado, como los ocho que fueron amenazados y tuvieron que irse a otras ciudades del país tras la muerte del obispo Jaramillo —que fue secuestrado y encontrado muerto, con signos de tortura, un día después, en el mismo sitio donde lo obligaron a bajarse del carro en el que iba con otras personas—.

Otros soportaron inesperadas afrentas. Fue el caso del padre Israel Antonio López Duarte, párroco desde el año 2000 de La Inmaculada, en el municipio de Puerto Rondón, quien expresa temor por contar estas historias. Una vez, lo amarraron por ocho horas porque fue a hablar por un muchacho al que un grupo armado pensaba matar por considerarlo informante. El cura les explicó

que el papá del joven tenía una volqueta y a veces lo presionaban miembros de uno u otro grupo para que les transportara cosas. Los ilegales decidieron entonces amarrarlo mientras comprobaban la veracidad de la historia.

Pero las anécdotas tristes continuaron:

—Hubo unas tomas en Puerto Rondón que afectaron la casa rural, el colegio —del que es rector— y la casa de las hermanas misioneras; asesinaron demasiadas personas, mucha gente salió del pueblo. Por los caminos tuve que recoger muertos, llevarlos a camposanto y muchas veces enterrarlos yo como NN: una vez recogí a un señor decapitado —relata.

Un día, cuando salían los estudiantes del colegio, llegaron el Ejército y la guerrilla, y a causa de las bombas lanzadas en el enfrentamiento murieron dos personas de la comunidad que iban a recoger a sus hijos.

—Muchas veces no sabía qué hacer, a pesar de que hablé con integrantes de las Farc, del Eln y de las Auc —admite—. La gente me decía “Padre, ¿qué hago?”, porque un día llegaban las Farc y les tenían que dar de comer, otro día llegaba el Ejército y lo mismo, otro día los elenos, mucha gente perdió la vida por eso o se fueron del pueblito.

Sin embargo, hoy el padre Israel siente que hay un resurgir tras el Acuerdo de Paz:

—Los niños han vuelto al colegio, empezamos a reconstruir, antes éramos un pueblo fantasma, nadie iba, ahora la gente está yendo al pueblo.

Otro momento de calvario vivió el padre Manuel González Cifuentes, hoy párroco de Nuestra Señora de La Candelaria, en el municipio de Chita (Boyacá). En 1998 ejercía su labor en Puerto Rondón y sobrevivió 12 horas a una toma guerrillera de las Farc en pleno Domingo de Pascua.

Las pipetas de gas caían sobre la casa rural y la iglesia, ubicadas al lado de la Estación de Policía, y él se mantuvo entre 7:30 de la noche y 6:30 de la mañana, debajo de los escombros, orando, leyendo la Biblia y escuchando música llanera en una grabadora. Todo el pueblo pensó que había muerto.

—Por primera vez ensayaron las famosas rampas con los cilindros explosivos. Varios explotaron. Por gracia de Dios estoy vivo, libre y en paz. No lo puedo explicar, pero no me dio miedo. Pasé la noche con la boca bien abierta para evitar que la onda explosiva me reventara los oídos o la parte interna, y no sufrí ni un rasguño.

Después, eso sí, sentía zozobra cada vez que algo sonaba duro; daba misa en un kiosco del parque y vivió en distintas casas hasta que pudo reconstruir todo. Les preguntó a las Farc por qué

habían hecho eso y solo le dijeron “así es la guerra”. Había que acostumbrarse. Un año después de reconstruida la iglesia, entró el Eln y la volvió a destruir.

Guerra es guerra y los señalamientos pululan. Al padre Manuel los paramilitares de las Auc lo consideraban amigo de la guerrilla por defender a los campesinos. Desde que llegó ese grupo el abuso a los campesinos empeoró

—Encontrábamos personas descuartizadas por los caminos —cuenta.

Una víctima más fue el padre Luis Teodoro González Custara, quien lleva 28 años de vida sacerdotal en la región y ha sido párroco en Chita y en Saravena, fue director de pastoral social en Arauca y hoy es delegado por la paz y la reconciliación en la región.

En el año 2002 fue secuestrado durante cuatro días junto a otro sacerdote y algunos alcaldes, diputados y concejales.

—Fue un secuestro político para llamar la atención, pedir mayor inversión en la región al Gobierno Nacional.

En ese entonces intervino el Gobierno, la Conferencia Episcopal y hasta el Papa Juan Pablo II pidió la liberación.

El vicario general, padre José María Bolívar, segundo en la

jerarquía de la Diócesis después del obispo, asegura que en los 35 años que lleva trabajando en la región nunca ha sido amenazado, pero ha sentido la situación de la comunidad y cómo la labor de la iglesia se ha limitado por la violencia.

—El miedo crea un freno. Esta región es misionera y había mucho dinamismo: salidas a las veredas, visitas a las familias, pese a la falta de vías; pero con el miedo el trabajo queda reducido a poblaciones grandes, a los templos parroquiales, entonces disminuye la catequesis, la preparación de los sacramentos, los encuentros para la celebración de la fe. El conflicto armado afectó el dinamismo cristiano y de la región —explica, mientras insiste en que, pese a todo, siempre han estado comprometidos con la reconciliación y el perdón.

### **Esperanza y alegría**

Con la autoridad que le da el ser facilitador de paz en la región, el padre Teodoro González habla con un optimismo moderado sobre el Acuerdo de Paz con las Farc.

—Saludo el Acuerdo para que haya perdón, reconciliación e inversión social. Ojalá que, como hasta el momento, se siga cumpliendo, pero no deja de haber muchos interrogantes.

¿Y sobre los diálogos con el Eln?

—Soy optimista, pero eso se demora; ellos dicen que no se le-

vantarán de la Mesa porque quieren la paz. Confió en que cada día en el país la paz sea más completa.

Hoy, estos curas, esperanzados en los acuerdos de paz y en las noticias que han recibido en las últimas semanas, encuentran más razones para hacer resurgir el dinamismo de la Iglesia Católica y mantener los espacios de regocijo. En la noche del tercer día de jor-

nadas académicas en el Centro de Retiro Betania, los sacerdotes de la Diócesis de Arauca realizaron un 'Encuentro de la Alegría' en el que tocaron acordeón, cantaron, rieron. Viven una realidad menos dura. Saben que los vientos de paz ayudarán a meter más el balón de la paz en el arco del conflicto armado. Escudados con su fe, están seguros de que la violencia no puede reinar como Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

\*\*\*\*\*

# RAÚL FERRIGNO, UN PROFESOR DE PELÍCULA

POR: ERICK GONZÁLEZ GONZÁLEZ

FOTOGRAFÍA: JUAN SEBASTIÁN GONZÁLEZ



¿Cómo se supone que pueda enseñar literatura si ellos no creen que uno tiene algo significativo que compartirles?, pregunta Adrien Brody en su papel de profesor sustituto en una escuela de alumnos problemáticos en la cinta *Detachment* (Tony Kaye, 2011). El personaje de estas líneas podría congeniar con esa cuestión, podría ser el alter ego de los docentes protagonistas de *Semilla de maldad* (Richard Brooks, 1955), *Al maestro con cariño* (James Clavell, 1967), *Conrack* (Martin Ritt), *El rey de los niños* (Chen Kaige, 1987), *La clase* (Laurent Cantet, 2008), que en aulas marginales o rurales pretenden que sus alumnos sientan que su vida tiene significado.

El personaje de estos párrafos es Raúl Antonio Ferrigno, de 55 años, víctima del conflicto armado por el homicidio de su hermano y por desplazamiento, quien es profesor sin serlo: no tiene una licenciatura ni tampoco un diploma que lo acredite como profesional ni como tecnólogo ni como técnico, pero se aferra a sus cinco semestres de Ingeniería Agronómica y a su decepción para dar clases o refuerzos, nombre con el que bautiza su labor con niños de primaria y jóvenes de bachillerato que tambalean con ciertas materias en los colegios del corregimiento de Orihueca, del municipio de Zona Bananera, en el departamento del Magdalena, a una hora de Santa Marta.

—No sé cómo sucedió. Hacia el 2008 comencé a explicar a los

vecinos las tareas de los niños, luego las de los jóvenes —dice Raúl después de un tiempo para darle el visto bueno a su memoria.

Sus clases no son a domicilio como lo haría un tutor particular. Al contrario, como el flautista de Hamelin, niños y jóvenes van donde él porque tiene la facultad de hacer comprensible lo que en el colegio es inextricable. Disculparán el uso de este adjetivo que significa intrincado o confuso, pero sirve de metáfora del embrollo mental con el que llegan los estudiantes de las instituciones educativas del corregimiento.

Su aula está compuesta por el andén, la calzada arenosa, mesas, sillas y la piedad del sol. En el tablero de acrílico colgado al frente de la ventana de la pared de su casa, Raúl explica ecuaciones, fraccionarios, fórmulas, gramática española e inglesa, la conjugación del verbo *to be*, pero tal vez el *to be or not to be*, esa cuestión del ser alguien en esta vida, sea lo más valioso que enseña.

—Trato que los muchachos estudien, que progresen, porque yo me siento un poco frustrado por no terminar mis estudios, y eso fue lo que me impulsó.

El origen de esa decepción partió de un boicot a sus sueños, impuesto por la violencia de la Santa Marta de los años 80. Su familia había llegado allí

procedente del corregimiento de Sevilla, del municipio de Zona Bananera, en procura de una mejor fortuna, pero en septiembre de 1985 su hermano menor fue acribillado.

—Lo asesinaron sin estar involucrado en un hecho delictivo, en el barrio Los Almendros. Denunciamos el hecho, pero el caso lo archivaron luego de determinar que la culpa era de los paramilitares, que mataban simplemente por ver caer a las personas —reprochó Raúl.

Pero sus temores no los pudieron archivar. Su familia la pasó mal. Llegaron las amenazas y la diáspora familiar.

—Tuve que terminar los estudios, prácticamente internado, a escondidas, y desplazarme hacia la zona bananera.

Después de cierto tiempo sus padres regresaron a Santa Marta, pero Raúl, por temor a represalias, decidió quedarse en Sevilla. Y también a escondidas pasó por la Universidad.

—Yo deseaba estudiar Derecho, pero la universidad que había no tenía esa facultad, era tecnológica, daba licenciaturas y solo tenía dos carreras profesionales: Ingeniería Agronómica e Ingeniería Pesquera, así que me incliné por la Agronómica —repassó Raúl.

El cálculo diferencial, el integral, la química general,

la orgánica, las buenas prácticas agrícolas, los cultivos y el manejo de suelos disputaban sus cuadernos, pero los traslados a Santa Marta para asistir a clase, la continua violencia en las calles samarias y el miedo echaron por tierra sus sueños.

—El temor que me causó la pérdida de mi hermano me impactó mucho y la violencia continuaba. Salía a las ocho o nueve de la noche de estudiar y el jueves después de clase o el viernes en la mañana me regresaba a Zona Bananera. Mis padres me decían que no debía sentir temor, pero me afectó mucho lo que pasó.

Estudió hasta quinto semestre. Luego decidió establecerse con su actual mujer en Orihueca, a quien conoció mientras trabajaba en Ciénaga. Para empujar hacia adelante a sus tres hijas y dos hijos Raúl trabajó en estaciones de servicio, fncas, vigilancia privada, como asistente de un técnico agropecuario y cargó bultos, lo que derivó en una hernia discal.

“Y hacia el 2008 comencé a explicar a los vecinos las tareas de los niños...”. Finalizado el *flashback*, término cinematográfico porque su historia podría ser el guion de una película basada en hechos reales como *Escritores de libertad* (Richard LaGravenese, Estados Unidos, 2007), *La profesora de historia* (Marie Castille Mention Schaar, Francia, 2014) o *El profesor de violín* (Sergio

Machado, Brasil, 2015), cuyos protagonistas lograron que sus alumnos tuvieran en el estudio, la investigación y el ensayo el mejor compinche para alcanzar la dignidad, solo que, a diferencia de esos docentes, Raúl no tiene título académico y no maneja un solo curso, porque él es el colegio entero, su resumen; tampoco goza de sueldo fijo ni de prestaciones sociales.

—Este es un pueblo de estrato uno; los padres no tienen la facilidad económica para pagar un refuerzo, entonces me pagan con lo que ellos puedan colaborar: una libra de arroz, dos o tres plátanos, pescado o con animal de monte cuando cazan.

Gracias a su vocación algunos de sus alumnos se han graduado de bachiller, para quienes estudiar en el SENA no se ha convertido en una utopía, aunque la universidad todavía lo es para esos jóvenes que desde antes de nacer ya amontonan obstáculos.

—Aquí llegan niños que comentan que vinieron sin desayuno, que no tienen comida, y si tengo con qué comparto con ellos.

El año pasado alguien de la Unidad para las Víctimas le dio la idea de organizar un cineforo como herramienta educativa. Aunque no sabía del tema, no lo pensó dos veces y se preparó. Leyó la Historia del cine, del especialista español en cultura de la imagen Roman Gubern, un texto

de la academia de cine española sobre la importancia del séptimo arte en la educación, y otro sobre análisis cinematográfico. En un año varios profesores de colegio se han aliado a su iniciativa y junto con sus alumnos, pese a los constantes cortes de luz que sufre el pueblo, han visto desde cine mudo con *El acorazado Potemkin*, de Sergei Eisenstein, hasta *Malditos bastardos*, de Quentin Tarantino.

—La película que más ha gustado a los muchachos ha sido *El enemigo público*, de 1931, que es en blanco y negro; la hemos visto dos o tres veces.

La pandemia lo benefició, ya que le prestan un salón para dictar sus clases, que lo blindan del sol canicular y de la lluvia. Y aunque cambie temporalmente de aula sigue siendo fiel a sí mismo.

—No es mi gran meta ser profesor en un colegio privado, porque eso me corta lo que yo quiero transmitir. En un colegio debo regirme por un pènsum académico, mientras que, en mi caso, libremente les puedo explicar los temas que se les dificultan; me interesa que el estudiante avance sin vacíos, busco que la educación sea entretenida y que los chicos capten la enseñanza, no que trabajen por una nota sin entender el tema.

Y le ha funcionado, su hija mayor estudió Administración de Empresas en la Universidad del

Magdalena; con esfuerzo le pagaron el primer semestre y su excelencia académica se encargó de los otros. El año pasado sus dos hijos varones se graduaron de bachiller y anhelan poder estudiar Derecho y alguna Ingeniería, mientras sus dos hijas menores siguen en secundaria.

Raúl Ferrigno asegura continuar con el cineforo porque busca que los jóvenes le tomen amor al arte.

—Ellos creían que el arte era solo el dibujo, y ahora están viendo otra opción de cultura y entretenimiento diferente que los saca de estar en la calle, el billar o la gallería.

Y para ello se sigue preparando. Se consiguió el libro *El arte cinematográfico*, de un peso pesado de la teoría cinematográfica, el historiador estadounidense David Bordwell y su esposa

Kristin Thompson, que con lenguaje sencillo enseña el cine “como una forma artística semejante a la pintura, la escultura, la música, la literatura, el teatro, la arquitectura o la danza”.

Igual que con los preciados libros, lo compartió con los otros profesores para así aprender en combo a analizar un filme y poder transmitir con más acierto su mensaje a los 20 o 25 jóvenes que asisten al cineforo, y principalmente porque su vocación tiene como banda sonora las palabras del personaje de Adrian Brody en *Detachment*: “Tenemos la responsabilidad de guiar a los jóvenes para que no terminen desmoronándose, quedándose a mitad de camino”.

En esa cruzada, Raúl se encomienda a la Luz, la divina, para que la otra luz no se vaya, prende el televisor, el DVD y aparece el león... favor apagar los celulares.

\*\*\*\*\*



A high-angle photograph of a mountain valley. The foreground and middle ground are dominated by steep, lush green hillsides covered in dense forest. The valley floor is visible in the distance, showing more greenery and a few small structures. The sky is bright blue with scattered white cumulus clouds. The overall atmosphere is vibrant and natural.

**7**

---

**ENCIERROS  
INCIERTOS**

---

## PELUQUEANDO LOS TRAUMAS DE LA VIDA

POR: DIANA RODRÍGUEZ ROJAS

FOTOGRAFÍA: NICOLÁS CUBILLOS MORA

---



Casi no lo logra. Durante 13 años, Wilson no pudo adaptarse a la vida. Los episodios de extrema ansiedad lo mantenían aislado. Nada para él tenía sentido. No tenía metas ni proyectos. Solo desde hace un lustro lo ha podido hacer. Pese a todo, su situación no fue la peor: después de 21 años de aquellas 25 horas de repeler un ataque guerrillero contra la base antinarcóticos de Miraflores, Guaviare, otros militares y policías aún no lo logran. Algunos, incluso, cayeron en la drogadicción y han habitado las calles.

Enfrentar el estrés post-traumático puede ser mucho más difícil y, sobre todo, mucho más largo que, incluso, responder a las balas y a los cilindros de gas, y que soportar, durante tres años de cautiverio, el encierro entre alambre de púas, otras torturas y tratos degradantes.

Wilson necesitó medicamentos, terapias con profesionales, aprender a meditar, a respirar, acercarse más a las personas, a escuchar más, a confiar en los beneficios de la buena lectura y en su capacidad de resiliencia que, según cree, está en los genes de los colombianos.

El exdragoneante fue uno de los 72 sobrevivientes y 9 familiares de uniformados muertos que el 3 de agosto recibieron la medalla “Fe en la causa” y una placa como reconocimiento a su valentía en ese fatídico día y durante el secuestro. La Unidad para la Aten-

ción y Reparación a las Víctimas y las Fuerzas Militares les rindieron homenaje con un acto especial que se llevó a cabo en el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación ubicado en Bogotá.

Solo en los últimos cinco años, de los 41 que tiene, Wilson pudo retomar su vida familiar, laboral y social; tiempo suficiente para aumentar su nivel académico más allá del tercero de primaria que tenía antes de la toma. Ya terminó sus estudios primarios y secundarios, hizo cursos técnicos de ebanistería y de estética y algunos diplomados, y empezó a concretar el proyecto productivo con el que sueña: una cadena de barberías-peluquerías. Aunque empezar con una, por ahora, será suficiente.

— Mi proyecto consiste en peluquerías y barberías integrales que puedan generar empleo a otras personas. Solo necesito abrir el primer negocio y todo vendrá por añadidura. Yo me he mantenido de una pensión del Estado por incapacidad permanente, pero no quiero ser una carga, quiero aportar a Colombia. La idea es vincular desplazados y que se beneficien, porque esto genera los recursos de inmediato. Hay gente que sabe mucho —dice con el optimismo y las ganas de trabajar y de servir que lo han caracterizado.

Este hombre delgado, moreno, oriundo de El Peñón, Cundinamarca, cuando niño trabajó en construcción y viajó a las minas de esme-

raldas de Muzo, en Boyacá, “a ver si se engüacaba”. Pasó un tiempo, y llegó a un domingo a Bogotá, con citación, a presentarse al examen físico de aptitud para el servicio militar, y un día después ya estaba en Miraflores, Guaviare.

En la base antinarcóticos estuvo 14 meses hasta que llegó el ataque de las Farc que dejó 16 muertos, 27 heridos y 129 secuestrados, entre los que estaba el entonces dragoneante Wilson Benavides.

Cuando salió, trabajó un tiempo, pero no se pudo adaptar por el estrés. Luego aprendió ebanistería, pero el sonido de las máquinas lo estaba estresando, por lo que empezó a buscar otros oficios. Así llegó a la peluquería-barbería, un arte según él, muy bonito, en el que se socializa fácil, algo de lo que se jacta que hace muy bien.

El proyecto está en marcha. “Wilson Estilistas” ya está anunciada en las redes sociales de Internet, ya imprimió tarjetas de presentación, compró implementos como secadores, cepillos, peinillas, tijeras, afeitadoras, pero falta lo más costoso: las sillas. Cada una, nueva, puede costar alrededor de dos millones de pesos, aunque él, con sillas usadas queda contento. Su fe en que las va a conseguir, da la certidumbre de que así será.

Esa confianza la transmite siempre, incluso a sus compañe-

ros de infortunio en Miraflores, que lo han convertido en uno de sus líderes, por su esfuerzo en la búsqueda de espacios para dar a conocer la situación de todos ellos y evitar que sigan desempleados y caigan en las situaciones dramáticas que genera la drogadicción o el alcoholismo.

—Que los atiendan, que los convoquen para que sepan cuáles son sus derechos, que tengan espacios para expresar sus necesidades, sus secuelas; muchos no tienen empleo, algunos no han recibido tratamiento adecuado para el estrés postraumático y eso nos afecta a todos. Lo que ellos no expresan yo trato de identificarlo y lo expreso. Además, fui dragoneante de ellos en el Ejército —afirma Wilson.

No se ha casado, no tiene hijos, vive solo, pero mantiene una relación cercana con su hermano, su papá y su mamá y otros familiares que lo acompañaron al homenaje. Con la medalla puesta a la altura del pecho, en el lado izquierdo de la chaqueta azul de paño, y con la placa conmemorativa en la mano, Wilson atendió a los medios de comunicación y expresó su agradecimiento.

—Me siento muy orgulloso de ser colombiano y creo en el trabajo de las instituciones. Visibilizarnos ya es una puerta gigantesca que se abrió para todos los soldados y policías del país que han sufrido el flagelo de

la guerra –dice antes de destacar el taller psicosocial que la Unidad para las Víctimas realizó con los homenajeados–. Me pareció excelente, liberador, me forta-

leció en ese momento. Se deben hacer otros talleres así –exhortó con el optimismo que le permite confiar en que eso también se convertirá en realidad.

\*\*\*\*\*



8

**UNA NIÑEZ CON  
FUSIL AL HOMBRO**

---

## “DEL RECLUTAMIENTO SÍ SE PUEDE SALIR ADELANTE”

POR: ERICK GONZÁLEZ GONZÁLEZ

FOTOGRAFÍA: ÓSCAR JAVIER ROMÁN

---



“Mi nombre es Ferley Moreno, tengo 36 años, y fui víctima de reclutamiento forzado por parte de las Auc. Vengo de una familia campesina y vivía con mis padres y dos hermanos cuando a los seis años, la guerrilla de las Farc nos mató una hermana de 10 años, ¿qué cuándo?, fue en 1990, y ellos llegaron al pueblo para atacar una patrulla de la policía, acto en el que mataron a varios civiles que estaban en el parque de Santa Rosa, sur de Bolívar, y ahí fue donde asesinaron a mi hermana y a otros civiles que estaban ahí. No, no fue contra ellos, es que quedaron en medio del fuego cruzado... entonces esto obligó a mi padre a internarnos más hacia la zona rural, y nos fuimos a cuidar una finca, en la que mi papá buscaba borrar ese hecho victimizante que había pasado con mi hermana”.

*Mi nombre es Alejandra Hernández, tengo 29 años y fui víctima de reclutamiento a los 9 años, pero de las Farc. Sí, yo soy de acá de Bogotá... vivíamos en Fontibón, con tres hermanos, pero nos fuimos de vacaciones adonde un tío, a Guamal, en el Meta, en la vereda de Montecristo. Como mi mamá se quedó sin trabajo le ofrecieron un trabajo en la escuela de Sierra Morena y nos fuimos a vivir para allá. En ese entonces la guerrilla pasaba con sus armas por la finca todos los días, pero nos decían que ellos eran cazadores, bueno en ese tiempo tampoco entendía qué era guerrilla ¿me entiende?*

“A mi papá le gustaba sembrar mucha yuca y plátano; por allá

también había cultivo de coca y pues él también la sembraba, y así pasaron mis años, sí claro, sin ir a la escuela porque se dificultaba asistir, ya que estaba en una vereda lejana y los profesores casi no podían subir a dictar clase y la escuela quedaba a dos o tres horas, entonces era difícil enfocarnos en el estudio, por eso ayudábamos a mi papá en las labores del campo”.

*Un día mi mamá se fue por la remesa de la escuela un sábado, y ellos llegaron a mi casa, pues como ellos se quedaban en las casas o comían en las casas de la gente, pues ya eran conocidos realmente, eran como cualquier vecino que pasaba por ahí, y ese día ellos llegaron y me dijeron: “Vamos, que su mamá la está esperando allí”. No, no fui la única ese día, yo fui como la penúltima porque ya venían con más niños... así me reclutaron con otros 14.*

“Había cumplido los 12 años, cuando a la vereda llegó el Bloque Central Bolívar de las Autodefensas Unidas de Colombia, y pues a mi papá le exigían una vacuna por la finca. La finca no era de él, pero de todas maneras querían obligarlo a pagarla, y como no tenía para pagar esa exigencia llegaron una noche y dijeron que teníamos que aportar con algo a la causa, y ese aporte era que se querían llevar a mi hermana de 14 años, pues porque decían que ella tenía las condiciones para conformar este grupo armado... mi hermana solo se escondía detrás de mi madre, entonces ahí fue cuando yo tomé la decisión: que si querían

que me llevaran a mí, entonces me llevaron. No recuerdo muy bien la fecha, pero era 1998 o 99”.

### Los trabajos forzados

*Fueron ocho horas terribles de caminata, porque yo solo tenía una pantaloneta a cuadros, un esqueletico y las chancas que se usan en el campo. Las ramas me cortaban. Fue tenaz. Cuando llegamos al campamento estaban en asamblea general leyendo el reglamento. El comandante nos dijo que a partir de ese momento hacíamos parte del frente 31 de las Farc. Nos dieron Frutiño y al otro día nos levantaron muy a las 4:30. Me dieron desayuno, un jean negro, una camiseta negra, una reata, una pistola, dos proveedores y una granada; esa era mi dotación y yo tenía que cuidar eso como mi vida, es decir, esa era mi vida. Ya después del entrenamiento me dieron un AK47, con pecheras, proveedores, puñalita, machete y dos granadas.*

“Ese día no me llevaron, sino que volvieron nuevamente al otro día, tarde en la noche, como tipo once o doce de la noche, me montaron en una camioneta carpada y no sé qué rumbo tomó. No iba solo, iban varias personas: niños, jóvenes y hombres mayores reclutados. Iban como que de finca en finca recogiendo gente. Después supe que llegamos a un sitio que llamaban San Blas, sur de Bolívar, que era un corregimiento de Simití. Allí tenían una escuela de entrenamiento militar y el entrenamiento de contraguerrilla. Allí permanecimos la mayoría de tiempo. Nos bajaron de la ca-

mioneta, nos pusieron a hacer fila y éramos, no sé, cómo unos 40 o 60. Lo primero que nos entregaron fue el camuflado, una camiseta y botas. Después nos dieron las instrucciones para el manejo de armas. No nos daban las mismas armas a todos. A mí me enseñaron el Galil 5.56, el revólver y la granada de mano. Había otras armas como el lanza-granadas MGL, para personas con más experiencia, y las M-60, que se las entregaban a los más corpulentos”.

*¿El día a día? Te levantabas a las 4:30 de la mañana. De 4:30 a 5:00 tenías que recoger tu equipo, la caleta, que no es como una caleta de escondite, sino que es lo que aquí se llama el cambuche, recoges el plástico, el toldillo, la carpa. Uno se arreglaba, las botas, la pechera, el equipo, se cepilla, y a las 5:00 tenía que estar en formación. Comunicaban las novedades de lo que pasó en la noche, y hacia las 6:00 el desayuno, que normalmente era chocolate con leche, ‘cancharina’ y un pedazo de carne. A las 8:00 era la primera formación en la que el oficial de servicio distribuye los oficios que cada uno debe hacer: la ‘ranchar’, que es la comida, la exploración, ver los huecos de basura, cortar leña, cargarla, lavar las ollas, ayudarle al rancharo.. eso dependía del oficio que lo mandaran a hacer.*

“La alimentación en el bloque paramilitar en su mayoría era enlatados y granos, lentejas, arverjas y el arroz que no faltaba. El desayuno siempre era una arepa y su chocolate o las “fritas”, que eran arepas de maíz, o un pedazo

de salchichón frito. Mientras que la comida era, digamos, una arepa con un pedazo de carne. Todo era según la circunstancia”.

*Eran tres meses de entrenamiento, y cuando estabas en entrenamiento te levantabas a las cuatro de la mañana. A la mayoría muchas veces los mandaban a la Uribe o a otra parte a hacer el entrenamiento. A nosotros nos hicieron el entrenamiento ahí mismo porque necesitaban rápidamente combatientes. Nos enseñaron a desarmar y armar un fusil, su limpieza, a remolcar, a armar el ‘economato’, que pesaba 4 o 5 arrobas. Nos enseñaban todo lo que tiene que aprender un guerrillero normalmente.*

“El entrenamiento duraba 25 días y de ahí se salía a las zonas de combate. En los entrenamientos le miraban a uno la habilidad que uno tuviera, y yo quedé en un grupo de contraguerrilla. La labor consistía en rescatar puntos específicos que tenía la guerrilla, y si la guerrilla estaba en un filo estratégico, allá llegábamos nosotros. Primero, durábamos tres o cuatro días caminando, y al llegar al lugar del asalto acordonábamos la zona, y detrás de nosotros llegaba un grupo que se desplegaba y hacía el control del territorio al lugar. Éramos los primeros que ingresábamos a la zona y entrábamos en confrontación con el grupo guerrillero”.

### **El terror**

*Imagínese que los golpes más duros fueron los primeros: a los*

*ocho días de llegar al campamento, me mandaron a lo que se llama una exploración, que es digamos ir del campamento al caserío en una comisión chiquitita, para ver si ha pasado el Ejército o para ver qué ha pasado de raro por ahí... y ese día, el comandante de la exploración que iba conmigo, junto con tres hombres más, abusó de mí... y me dijo que si le contaba al comandante del frente pues me mataba, que él sabía dónde vivía mi familia y que podía matar a mi mamá. Como la ropa quedó llena de sangre, él dijo: “Entierren esa mierda”. Nadie sospechó nada... obviamente pues yo estaba con ese miedo de que alguien se fuera enterar.*

“¿Sabe? Desde la primera misión la sensación era de miedo, porque siempre le decían a uno que se despertaba y salía, pero no sabía si regresaba... entonces la sensación siempre fue miedo y más que yo era una persona muy, muy tranquila y evitaba las peleas o confrontaciones entre amigos o familiares... lleva uno el miedo encima y con el miedo de no poder volver a casa o volver a ver a los padres”.

*Pues en el primer combate me oriné, porque el primer combate fue en la Loma de San Juan... fue al mes de haber sido reclutada, y ese día mataron al comandante del frente donde yo estaba, el comandante “Enrique”. Ese día mataron a mucha gente, y pues era la primera vez que yo veía sangre y pedazos de manos, de brazos... no puedo explicar que sentí, no se puede explicar con palabras, pero fue mucho miedo. Esa*

vez no fue una misión, sino que nos llamaron de refuerzo. Pero le digo que cuando usted está en un combate hay algo que invade su cuerpo... es como una defensa mecánica que usted no piensa en si voy a morir o qué tengo que hacer... el cuerpo automáticamente reacciona y lo que hace es defenderse disparando, lanzando una granada...; todas esas cosas que pasan en un combate.

“Sí había mujeres en el bloque, pero eran muy escasas, estaban en las bases, prácticamente eran las mujeres de los comandantes, de los “financieros”, pero si se quería tener una relación formal con alguna mujer, tanto el hombre como la mujer tenían que pagar una especie de multa, y pagaban solo una vez. Yo no tuve ninguna relación mientras estuve en el bloque. A veces sí se usaban a mujeres para hacer inteligencia, entonces iban a los pueblos y se hacían pasar por prostitutas o cocineras o como “raspachines” en los cultivos de coca para obtener información”.

*A los ocho meses del reclutamiento, yo me consigo un socio, que es como un marido, solo que allá se le dice socio, era un comandante de escuadra... él tenía como 30 años y yo 9... él fue el que se acercó y me lo propuso... y pues yo me decía que cuando fuera a estar con él que no iba a poder, porque me iba a doler e iba a sangrar como cuando me abusaron, entonces yo le conté a una muchacha –que fue como mi mamá en la guerrilla– que me daba miedo tener relaciones, “¿qué por qué?”, ella me preguntó, entonces*

*yo le conté lo que me pasó... Ella me llevó automáticamente donde el comandante del frente y él les hizo un consejo de guerra a las personas que me hicieron eso, porque en el frente donde yo estaba era prohibido violar las mujeres... a uno solo le dieron fusilamiento a los otros le dieron sanción. ¿Que por qué se salvaron del fusilamiento? En el consejo de guerra el nivel de sanción depende de cómo es usted en el grupo, si usted es buena gente con sus compañeros la gente va a votar para que sea una sanción leve, pero si usted es una porque-ría eligen un castigo fuerte. Aún no entiendo cómo no los fusilaron. Ahí empiezo a tener relaciones, no normalmente, pero después ya tengo relaciones sexuales con esa persona, con el socio... los dos pedimos permiso... allá no se paga nada y ni a uno le pagan nada... allá te acercas al comandante y pides un permiso para asociarte... y sí, yo creo que él era como una figura paterna para mí.*

### **Entre sustos y pérdidas y engaños**

“Una vez fui herido en combate, en una pierna, y ese día yo pensé que no salía de ahí... fue una confrontación durísima... nosotros éramos como 50 o 60 hombres y ellos pasaban de 100... se sentía la ventaja que ellos tenían... pensaba que me iba a quedar ahí tirado, pero me recogieron los compañeros... es que fuimos sorprendidos a veces, pero casi siempre íbamos a la ofensiva por la misionalidad que teníamos”.

*En El Castillo, en el Meta, para un 7 de diciembre tuvimos un*

enfrentamiento con los paramilitares y mataron muchos, muchos guerrilleros... no sabíamos contra qué bloque, porque nooo, eso nunca se sabe contra quién se está enfrentando. En el enfrentamiento, el comandante me tuvo que enterrar en un hueco pequeñito, y ahí es donde uno dice que el cuerpo puede hacer muchas cosas... me taparon con hojas y me dijo: "Tranquila, que yo vengo por usted", y él se fue... yo estaba ahí quieta, quieta, ya que a mí me inculcaron algo y es que si el Ejército lo capturaba había opción de vida, pero si los paramilitares lo capturaban lo descuartizaban, lo picaban o simplemente lo mataban o sea era muerte fija, y lo mismo un paramilitar con un guerrillero... o sea, esos dos bandos era que se mataban sí o sí, y se mataban de forma muy fea... la tortura era muy fuerte tanto para los guerrilleros como para los paramilitares.

"Pues lógico, que en el fragor del conflicto siempre caían en combate, tanto compañeros como enemigos, pero que yo haya visto en mi grupo que torturaran a un herido por sacarle información nunca lo vi... claro que había bloques más sanguinarios, como el de los Llanos o el del Pacífico. Lo que sí pasaba era que había guerrilleros que se escapaban y llegaban donde nosotros, y se les hacía la prueba de confianza, o sea se les llevaba una base y se observaba su actitud. O se le ponía una prueba como que informara dónde había caletas o dónde se podía atacar a la guerrilla para ocasionarle bajas".

Duré tres días enterrada en ese hueco. ¿Que por qué me dejó? El comandante me dijo: "Si me la matan, yo sé que me la van a matar muy feo", y si me capturaban... pues siempre será un desprestigio para la guerrilla que cojan un menor de edad... y siempre van a negar que tuvieron menores de edad, entonces pues yo creo que por eso me dejó ahí. Duré tres días ahí... tuve que tomar de mi propia orina para hidratarme... es que calculo que pasaron, no sé, unas cuatro o cinco horas y los paramilitares acamparon cerca, al lado del río, para tomar agua... yo creí que hasta ahí llegaba, pero es tanto lo que uno puede hacer que usted puede dejar de respirar con tal de sobrevivir. Yo ya estaba débil, mal, no podía ni llorar porque me daba miedo que por el solo hecho de susurrar me escucharán. Pero el comandante volvió, me dio la mano y me dijo que creía que yo estaba muerta.

"Siempre se hacen lazos de amistad, unos más que otros. Uno los categoriza de compañeros, otros de amigos. Había hasta hermandad. Tuve una pérdida de un amigo que no fue por enfrentamiento, sino que él se fue a cumplir una misión de inteligencia para saber quién coordinaba la compra de coca para un grupo del Eln, cerca de El Bagre, en Antioquia, y en el sur de Bolívar, y lo descubrieron... fue muy doloroso. Tuvimos enfrentamientos con las Farc, el Epl, pero con los que más nos confrontamos fue con el Eln, porque tenían más control del territorio... nos arrinconamos más para el lado de Antioquia, Cesar, bajo Cauca".

*Yo quedé embarazada a los 11 años de mi socio. La chica que dije que era como mi mamá me hizo la prueba... llevaba tres meses de embarazo... y me hicieron tomar dos pastas y me hicieron introducir otras dos... me dejaron un rato ahí y me introdujeron una jeringa y me absorbieron el feto y mataron mi bebé. Mi socio no estaba y cuando llegó le conté... él le hace el reclamo al comandante porque algunos por su rango alto tenían el permiso de mandar a sus socias a la casa... y bueno, pasa eso... A él lo trasladaron de frente, porque eso podía sonar como una desmoralización ante el grupo. Nunca más lo volví a ver y nunca más volví a tener socio.*

“Todo grupo armado tiene sus formas de llamar la atención de los jóvenes. Allá también llegaban pelaos que tenían problemas en sus familias, porque el papá les pegó o la mamá no le dio para los tenis, que lo habían abandonado sus padres o que pasaban necesidades económicas y no tenían para subsistir. Allá llegaban pelaos por una inmensidad de cosas. Lógico, también llegaban pelaos de buenas familias, que creían que llegando al grupo podían satisfacer digamos un momento de tristeza, un momento de depresión que ellos vivían entonces, y cuando se daban cuenta de que entrar era muy fácil, pero salir era más complicado, ahí sí reflexionaban y buscaban la manera de hablar con el comandante para ver si lo dejaba volver, pero ya no había esa posibilidad”.

*Mucha gente que está allá ha sido engañada... se van porque piensan que les van a pagar mucho, por la ambición de tener un arma... muchos se van por rencor o por venganza, porque los jóvenes se agarran con alguien y piensan que van a ir a portar un fusil y van a ir a matarlo, porque le van a tener respeto, pero todo eso es mentira. Realmente tú llegas allá a ser un soldado común y corriente, y no le pagan ni mensualidad ni quincena ni semana, nada. Tú recibes tus tres comidas, tus dos uniformes, tu dotación y ya. Los que manejan plata son los comandantes del frente, los comandantes de dirección, el reemplazante, los que manejan los secuestros, los que manejan la extorsión, los que manejan la droga... son los que se pueden dar el lujo de tener cadenas, mujeres, de salir a tomar o de llevar su quisqui para el campamento.*

#### **Libres al fin**

“Llegaron las negociaciones entre el Gobierno y las autodefensas, y lo primero que dijeron las Auc fue que iban a entregar a los menores de edad... yo me alegré porque tenía 17 años, pero cuando llegó el listado yo no aparecía... entonces hablé con el comandante que estaba ahí y me dijo: “Es que lo vamos a entregar con los mayores”. Llegaron por los que estaban en el listado, y verlos partir y tan contentos fue muy doloroso. Los días se me hacían largos y entonces cuando estaba prestando guardia a orillas del río Magdalena, cerca a San Pablo, sur de Bolívar, como a las cinco de la tarde o seis pasó un

pescador y le dije que sí me pasaba al otro lado del río... Ya no había retroceso, el primer camino que miré lo cogí y caminé ocho o diez horas por un camino de herradura, pensando en que tenía tres opciones: una, que me encontrara con un grupo guerrillero; otra, que me encontrara con una estructura paramilitar o que estuviera de buenas y me encontrara con el Ejército... me encontré con una patrulla militar, que en ese tiempo la llamaban los boinas rojas. No preguntaron nada, no dije nada, yo solo alcé la mano y me quitaron todo. Ahí fue mi desvinculación. Ya en el batallón fue un interrogatorio de cinco días”.

*Llevábamos como tres días en un combate, y mi compañera me dice: “Volémonos”, y yo le digo: “¿Y si nos pelan?”. Nos entregamos con armamento. Yo tenía 13 años. Me capturaron. No creían que tuviera 13 años, porque mi cuerpo era muy grande. Confirman mis datos, y de ahí paso a un proceso con Bienestar Familiar... ellos buscan a mi familia, y después de un mes y medio de estar en hogares sustitutos encuentran a mi mamá... Volver a verla para mí fue el día más feliz de mi vida. Adaptarme a la vida civil fue muy duro, el delirio de persecución fue impresionante, me molestaba el ruido. Valido el bachillerato y en el Sena hice un técnico en auxiliar contable y sigo preparándome para salir adelante. Estoy en el Registro Único de Víctimas, y hace cuatro años tuve la oportunidad de*

*ingresar a un proyecto artístico donde hay muchas personas que tuvieron una experiencia igual o peor que la mía, y ahí fue donde dejé de sentirme culpable por lo que me pasó, porque no he sido la única. Aprendí a superar lo del aborto, que era algo que yo no había podido superar; todo eso lo aprendí gracias al arte y al teatro. Y quiero contarles que del reclutamiento sí se puede salir adelante y tener una mejor vida.*

“Después de estar seis meses en una correccional ubicaron a mi madre, la trajeron a Bogotá, y ella dijo que no me podía llevar porque por allá estaba lleno de guerrilla y de bandas criminales, y llevarme era ponerse en riesgo ella, mis hermanos y ponerme en riesgo a mí. Yo lo entendí. Entonces firmé mi salida e hice mi vida en Bogotá, solo. Validé el bachillerato. Soy Auxiliar de Enfermería, profesional en Administración de Empresas y gracias a una beca tengo una maestría en Construcción de Paz de la Universidad de los Andes. Hace un año fui indemnizado por la Unidad para las Víctimas, dinero que invertí en un apartamento. Ahora estoy conformando una asociación para trabajar con desvinculados del conflicto, por las víctimas del conflicto, con la idea de construir un mejor país”.

Pese a ser enemigos en la guerra, nosotros, Alejandra Hernández y Ferley Moreno les podemos decir que somos los mejores amigos.

\*\*\*\*\*

---

# NORA VÉLEZ, PEQUEÑA EN ESTATURA, GIGANTE DE CORAZÓN

TEXTO Y FOTOGRAFÍA: EDWIN HERRERA BARTOLO

---



Sus 1,45 metros de estatura no han sido impedimento para que Nora Elisa se destaque como una de las principales líderes de víctimas en el departamento del Quindío; esta mujer que nació en Sevilla, en el departamento del Valle, y desde muy niña tuvo que irse de la mano de sus padres a territorio cuyabro, es hoy por hoy la coordinadora de la Mesa Municipal de Víctimas en Armenia.

Su voz siempre se alza en favor de las comunidades menos favorecidas. Es de armas tomar a la hora de exigir acciones que vayan en pro de la población víctima, especialmente LGBTI, y a pesar de su continúa sonrisa y el trato amable, el carácter se hace notar cuando de proteger los derechos se trata.

Nora recuerda que su familia estaba conformada de una manera numerosa, cerca de doce integrantes que día tras día se esforzaban por estar unidos y siempre dar lo mejor de cada uno para lograr superar las adversidades que comenzaron a presentarse a muy temprana edad.

—Recuerdo que de los doce, éramos cinco menores de edad, pero pasábamos los días muy felices porque estábamos todos unidos y jugábamos demasiado; éramos una familia de muy bajos recursos económicos y para poder sobrevivir muchas veces nos tocó pedir de puerta en puerta e incluso buscar constantemente en el campo plátanos, guamas, pomas y otras

frutas para alimentarnos. Tengo recuerdos muy entrañables de vecinos y compañeritos de infancia que aún hoy logro mantener en la retina —rememora Nora.

Más rápido de lo imaginado, la familia de Nora se vio obligada a desplazarse hasta el departamento del Quindío. Con tan solo siete años, ella y sus hermanos, comenzaron a rodar en un camino que fue de pesadilla y del que apenas hoy está levantándose.

—Comencé a verme afectada por esta maldita guerra cuando solo tenía ocho años. Recuerdo como si fuese ayer que estaba con mi hermanito en una vereda del municipio de Génova, en Quindío —la tierra del comandante Manuel Marulanda Vélez—, recogiendo la leña que necesitábamos para la comida, de repente salieron unas personas del cafetal —que por un momento pensamos que eran campesinos—, y una de las mujeres del grupo sacó una lata de frijoles y me la ofreció, y yo muy contenta y con hambre respondí que sí y me fui tras ella.

Pasarían muchos años para que nuestra relatora volviera a ver a su familia, pues iniciaba con ese recorrido y tras una lata de frijoles, el duro mundo del reclutamiento forzado de menores. Ese día los llevaron camino abajo durante muchas horas, y al cabo de un tiempo la apartaron de su hermanito, el único que la mantenía con la esperanza de regresar pronto a casa, quien en medio de

su inocencia pensó que pronto todo estaría bien; pero la fortaleza de Nora no fue suficiente y rompió en llanto al imaginar que su compañero de travesuras no estaría más con ella.

—Dos días después llegamos a un lugar en el cual había muchos niños iguales a mí; uno de los hombres que me llevaba manifestó: “Es una más de la familia”, y varios adultos con machetes y armas de fuego salieron a ver quién era la niña nueva.

Esa misma noche le entregaron unas botas plásticas talla 40 y un camuflado inmenso en el que le tocó refugiarse para protegerse del frío. De forma inmediata la obligaron a cocinar con los demás niños y así comenzó su pesadilla, no como niña, sino como una adulta, haciendo y viendo cosas que jamás llegó a imaginar: quemar cultivos, robar ganado, disparar un arma, tener que ver como violaban a las mujeres y otras atrocidades, que se extendieron a ocho largos años de sufrimiento y dolor.

A pesar de los horrores vividos, nada la prepararía para afrontar lo que venía. Luego de pasar por ese grupo y llegar de nuevo a ser parte de la sociedad civil, Nora se encontró con la noticia de una familia destrozada: sus padres ya no vivían en el mismo lugar, se habían tenido que ir por culpa de la violencia y, además, le habían asesinado a su hermano mayor, cuando tan solo tenía 16 años.

—Yo volví a Génova con la esperanza de encontrarlos, pero me topé con relatos increíbles de los vecinos... me sentí una vez más desorientada, no sabía adónde ir... llegué al Valle y pasé muchos días deambulando las calles; por fin pude dar con ellos, pero me encontré con la pared del rechazo y el señalamiento de que era la culpable de lo que les había sucedido.

Los fantasmas del pasado y la violencia de la guerra se ensañaron con la pequeña gigante. No transcurrió mucho tiempo para sufrir un segundo desplazamiento que incluyó el asesinato de tres de sus hermanos, una de ellas en estado de embarazo. Como si esto fuera poco, en el 2003 sufrió nuevamente otro desplazamiento, esta vez a manos del paramilitarismo en una noche de terror, en la que vivió los vejámenes del conflicto en su propia carne.

—Ese año llegué una vez más al Quindío con tan solo un costal en mi hombro; no conocía a nadie, temía por mi vida y la de mi familia... de nuevo a comenzar de cero. Después de una semana de recorrer las calles de Armenia conocí a Noraldo, quien me orientó para lo que tenía que hacer con el fin de recibir ayuda del Estado, a través de la Acción Social de aquel entonces, después pasé a ser incluida en el Registro Único de Víctimas y comencé a explorar una parte de mí que no conocía, el liderazgo.

Nora comenzó a asistir a reuniones y a conocer sobre la Ley y los derechos de las víctimas, jugando un papel fundamental como secretaria de Asocodear, una organización creada en beneficio de los desplazados y defensora de los derechos humanos en Armenia.

—Mi trabajo me llevó a estar como la representante legal de la organización. ¡Uff! Para mí ha sido un gran aprendizaje, ya que conozco el dolor de la guerra y, así mismo, comprendo y puedo ayudar a quienes como yo, trasegaron por ese camino.

La Unidad para las Víctimas ya ha reparado materialmente a Nora con la indemnización de uno de los múltiples hechos por los que ha sido víctima. Siguiendo los lineamientos de la entidad esta líder invirtió muy bien su dinero en temas como mejoramiento de vivienda y capacitación, parte esencial para seguir creciendo como líder en el territorio.

Otro de los aspectos que caracteriza el trabajo de Nora es ser líder de la comunidad LGBTI, lo que la ha llevado incluso a tener un reconocimiento del orden nacional:

—Por este hecho hice parte de la Mesa Nacional de Víctimas, en el año 2013, y también hice parte de la cuarta delegación de los Tratados de Paz en La Habana (Cuba). Lucho por esta comunidad, ya que soy parte de ella como mujer lesbiana. Tengo las banderas en alto, ya que por culpa

de la guerra y por ser una chica transgénero asesinaron a mi hermano; eso me da aliento para seguir luchando por una sociedad más incluyente.

Actualmente, Vélez Ortiz es la coordinadora de la Mesa Municipal de Víctimas de Armenia, y ya acumula dos períodos consecutivos, lo que demuestra la confianza que las víctimas tienen en ella y en sus capacidades como líder:

—Mi trabajo no solo es por la lucha de los derechos y deberes de las víctimas, sino también por la protección de los derechos humanos y, sobre todo, hacer cumplir a las administraciones municipales, departamentales y nacional, las obligaciones que tienen con nosotros y con las Mesas de Participación.

Envío un gran mensaje de aliento a las víctimas de la guerra de Colombia, que por más fuerte que sea el problema, no decaigan, no bajen sus banderas porque hay alguien más que los necesita, ya que las víctimas y los excombatientes de la guerra son personas incluyentes y transformadores para la sociedad.

Tras un largo proceso de sanación mental y espiritual, Nora finalmente logró perdonar en medio de tanto dolor:

—Yo Nora Elisa Vélez Ortiz ya perdoné a mis victimarios, si

no perdono esto sería un dolor y un veneno para mí; si nuestros corazones están llenos de odio no podemos aportarle a la paz y la reconciliación. Perdonar lo sufrido en la guerra nos hará seres más empoderados e inclu-

yentes para el tejido social —concluyó.

Y si lo dice alguien como Nora, que sufrió en ambos bandos de la vida, la importancia de perdonar y su acto de perdonar valen por partida doble.

\*\*\*\*\*

---

## A SEGUIR SEMBRANDO SUEÑOS Y ESPERANZAS

TEXTO Y FOTOGRAFÍA: WILLYAM PEÑA GUTIÉRREZ

---



En la mañana del 18 julio de 2011, el médico Harold Trujillo, especialista de la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital Federico Lleras Acosta de Ibagué, preguntó una vez más a la enfermera de turno: —¿La paciente de la 240 falleció? —No, cada día está mejor —fue la respuesta de la enfermera.

Conectada a la red de gases medicinales, a un saturómetro para medir el porcentaje de la hemoglobina en sangre y a un respirador artificial, Sandra Marcela Alcáceres, de 31 años, era esa paciente. Había ingresado hacía 25 días víctima de un ataque con arma blanca. Una herida en el brazo izquierdo, otra a milímetros del corazón y dos más de mayor gravedad en la espalda la mantenían bajo pronóstico reservado.

—En los propósitos del mundo, tal vez yo hubiera muerto hace rato, pero Dios tenía planes conmigo, al igual que los tiene con cualquiera de las mujeres que vean esta historia —relata diez años después de este episodio.

Sandra utiliza esta frase para sintetizar una vida marcada por el dolor que le dejó el conflicto armado, la violencia sexual e intrafamiliar; pero también por la capacidad de perdón, fruto de la resiliencia y de su fe en Dios.

Sus primeros años se forjaron en San Fernando, un corregimiento de menos de 5.000 habitantes ubicado en el municipio

del Líbano, Tolima, territorio de influencia del desaparecido movimiento guerrillero Bolcheviques del Eln. Tristezas y mucho llanto son los recuerdos de su infancia. Junto con su hermano, sus padres la dejaron al cuidado de su abuela antes de cumplir dos años. Esperó constantemente un reencuentro. Que estaban en Venezuela, le dijeron siempre, pero con el tiempo logró entender por qué nunca pudo conocerlos.

Antes de cumplir 11 años, y sin aún haber soportado el verdadero rigor de la tragedia, fue en dos ocasiones víctima de intento de abuso sexual por familiares cercanos.

—Mi infancia no fue muy bonita que digamos; tuve muchas vivencias dolorosas —recuerda, aunque de esos episodios de trabajo forzado, maltrato físico y psicológico prefiere no profundizar.

### **El infierno**

Tenía doce años y, a pesar de sus miedos, quiso huir de los castigos y maltratos familiares. Sin saberlo, tal vez lo hizo atendiendo al pensamiento del fundador del municipio, el general Isidro Parra: “El Líbano, donde se nace para ser libres o se muere antes que ser esclavos”.

—En el pueblo había una señora que me ofreció ir a trabajar al Líbano y me brindaba una vida en la que no iba a recibir maltratos —rememora.

La vistieron con ropa apretada y en la noche llegó la sentencia: “Usted se va a ganar la vida es tomando trago y acostándose con los hombres”.

Huyó por segunda vez, soportó hambre y noches de frío durmiendo en el parque de pueblo. La brisa del volcán Nevado del Ruiz, el mismo que el 13 de noviembre de 1985 arrasó con Armero, penetraba en sus huesos y, sobre todo, atormentaba su alma. –Para mí eso fue muy impactante, porque yo me había ido de la casa por los abusos y ahora me encontraba igual.

El mundo se negaba a darle una oportunidad. Y de ser reclutada por una proxeneta, pasó a la experiencia más dolorosa de su vida: el reclutamiento forzado por la guerrilla. En el mismo parque otra mujer la convenció de ir a trabajar a una finca. Se adentraron en la montaña en compañía de otros menores. Viajaron en carro y luego en caballos. Pasaron cerca de San Fernando, su tierra, pero el destino era La Cuchilla, un campamento guerrillero.

“Ahí les dejo el paquete camarada, disfruten y estamos en comunicación”. Esta frase de la mujer fue para Sandra una sentencia de muerte.

–Esa noche empezaron los momentos más difíciles de mi vida: me violaron seis hombres de los que estaban ahí supuestamente cuidándome. Fui víctima de todo

tipo de abuso sexual. Lo que yo no quería hacer, ellos me obligaban, y en el primer intento que hicieron de abusar, me cortaron en la parte inferior del mentón al resistirme –recuerda.

Fueron tres meses de torturas y vejámenes, algunas cicatrices, pero una herida para toda la vida. Dios –asegura– la salvó de nuevo y la puso en ese lugar.

–Yo lo veo así, porque estando allá me enteré de la verdad sobre mis padres: a ellos los mató la guerrilla.

Huyó por tercera vez. Ibagué fue su nuevo destino. Se enfrentaba a una ciudad desconocida en medio de un terrible drama. Vivió de nuevo en la calle y estuvo sometida a los abusos de personas que quisieron inducirla a la prostitución. Era una lucha constante contra la adversidad y la muerte, pero esta vez en su vientre se gestaba la vida.

–Yo había quedado en embarazo y no sabía; tampoco sabía qué era un embarazo. En la casa cuando nacía un niño se decía que había llegado la cigüeña y ya, y pues nunca me hablaron de la menstruación.

Desamparada, siendo aún una niña que apenas iniciaba la adolescencia y viviendo en la calle, Sandra dio a luz a María Camila. Sin nada más que el día y la noche, tuvo que entregar a su hija al cuidado de unos conocidos.

—Yo vivía en la carrera 4ª, en donde están las peluquerías, aguantando hambre, sed y frío.

Pasó poco tiempo y perdió el rastro de María Camila. Nunca la olvidó, y encontrarla fue una misión más en su vida. Trabajó en labores domésticas, conoció a su esposo a los 15 años y con él formó una familia. Llegaron cinco hijos, se vinculó al programa Familias en Acción, en el que se formó como madre líder y en el año 2016 creó la Fundación Sueños y Esperanzas.

### **Del dolor a la sonrisa**

Pasar del llanto a la sonrisa no es para Sandra un cambio de estado de ánimo, es un reto y un testimonio de superación.

—Yo puedo decir qué se siente querer uno quitarse la vida, porque en algunas ocasiones lo pensé; yo puedo decir qué se siente no tener que comer, porque yo lo viví; yo puedo decir qué se siente estar desesperado, porque yo estuve desesperada; yo puedo decirle a una mujer que fue víctima de violencia sexual qué se siente, porque yo fui víctima de violencia sexual —reflexiona.

Así, sin más razones que su experiencia, Sandra orienta a las mujeres cabeza de familia que hoy acuden a su fundación.

—Hemos evitado unos 50 suicidios en los últimos meses. La solución ha sido conseguirles un empleo, porque la mayoría de

estas mujeres tiene necesidades —testifica.

Salvar vidas y materializar sueños ha sido el ideal, construir un ambicioso programa de vivienda para 500 mujeres víctimas, en su mayoría cabeza de hogar, es ahora el desafío que lidera.

—Haciendo actividades y con unos pocos ahorros, este año compramos un predio de 12.000 metros cuadrados y vamos a construir la primera etapa, aunque necesitamos del apoyo del Gobierno y la empresa privada —expresa con orgullo y humildad.

### **El llamado**

Donar su voz y su historia por la dignificación de las mujeres agraviadas es otra de sus apuestas. Reclama que los empresarios y personas del Estado se nutran de historias como la de ella y se unan a la labor social.

Agradece a quienes le han tendido la mano, a la Unidad para las Víctimas por haberla incluido en la estrategia de reparación emocional Vivificarte, que contribuyó a su proceso de recuperación emocional y reparación integral. Ante todo, agradece a Dios porque ha sido su refugio y en él pone a diario sus acciones.

Sin Dios, asegura, no habría sobrevivido en la sala de urgencias por el caso de violencia intrafamiliar, no hubiera contado con el apoyo del comandante guerrillero que la ayudó a volarse del infierno

y, sin esa fe, María Camila jamás habría regresado a sus brazos como lo hizo en el año 2017.

—Yo no me dejé derrotar, yo no me encerré en una historia dura. Hoy en día, esas marcas que la vida dejó en mí las uso para motivar a otras mujeres, a las que les digo que la vida es linda,

es hermosa y que hay que sembrar cosas bonitas.

Rodeada de sus seis hijos y de mujeres que la admiran, Sandra comparte cada instante de su asombrosa vida. Ahora es líder, pero ante todo, es un ejemplo de resiliencia, por ello, sueña, anhela y ríe.

\*\*\*\*\*



# 9

---

## LA MEMORIA DE LOS PUEBLOS

---

## ¡POR UN FANDANGO MÁS!

TEXTO Y FOTOGRAFÍA: PATRICIA DÍAZ CASTRO

---



El cielo nublado del 27 de septiembre de 1999 vaticinaba la tragedia que cambió la vida de más de 500 familias del corregimiento Las Palmas, del municipio de San Jacinto, en el departamento de Bolívar. Hombres del Bloque Héroes Montes de María, comandados por Edwar Cobos Téllez alias “Diego Vecino” y Rodrigo Mercado Pelufo alias “Cadena”, incursionaron en la población en busca de colaboradores de la guerrilla.

—Ese fue un 27 negro para nosotros. Ese día sentíamos que jamás iba a terminar, sacaban a la gente de sus casas y a los estudiantes de primaria y bachillerato de sus aulas. Los llevaron a todos a la plaza principal y, delante de ellos, asesinaron a cuatro personas de la comunidad. En medio del dolor, los paramilitares celebraban su hazaña chocando dos jeep, que eran los encargados de transportar a la gente hacia el casco urbano. Los quemaron y al final terminaron explotándolos ante la triste mirada de sus habitantes —relata Jaime Manuel Reyes Rojas, palmero líder en su comunidad.

Los pobladores salieron des-pavoridos de su territorio ante la amenaza de una nueva masacre en diciembre. Dejaron atrás la vida tranquila, perdieron el vínculo con la tierra, con su cultura y sus costumbres. El conflicto armado les generó daños colectivos, los alejó de las tradiciones religiosas, de los bailes comunitarios, la siembra de tabaco y maíz, la unión entre sus habitantes, la gastro-

nomía, y hasta la mamadera de gallo, como jocosamente cuentan los habitantes de Las Palmas, cuando recuerdan los buenos tiempos.

—Siempre fuimos una comunidad alegre, colaboradora, fiestera y que a todo le sacaba el lado jocoso, incluso casi todos tienen un apodo —manifiesta Fidel Cerpa, corregidor y miembro del Comité de impulso.

Esta comunidad, registrada como Sujeto de Reparación Colectiva ante la Unidad para las Víctimas, viene trabajando, de manera concertada con la entidad, en el fortalecimiento y recuperación de su cultura y sus costumbres, y de algo muy especial: el buen nombre.

—Cuando nos desplazamos, nos tildaban de guerrilleros. Nos preguntaban de dónde veníamos, y si decíamos que éramos de Las Palmas, enseguida nos relacionaban con ese grupo insurgente. Queremos recuperar el nombre, el legado que nos dejaron nuestros viejos que tanto trabajaron por esta tierra. En honor a ellos y a las víctimas, queremos que renazca esta tierra y que el país y el mundo sepan que existe un rincón en los Montes de María, donde se disfruta de la buena música, de la buena comida, una población habitada por gente amable y trabajadora —señala Fidel.

### **Música y danza que dan identidad**

Yenis Vásquez Sierra, una palmera formadora en danza, dedicada a la recuperación de la cultura, agradece a la Unidad para las Víctimas

timas por ayudarlos a hacer parte del proyecto Expedición Sensorial, en los Montes de María, liderado por el Ministerio de Cultura, que favorece la formación de niños y jóvenes –en danza y música– con el acompañamiento de maestros importantes, uno de los cuales hace parte de los gaiteros de San Jacinto. Con él trabajan en la recuperación del folclor, a través de la trasmisión del conocimiento a las nuevas generaciones. Ya muchos exhiben su destreza para los instrumentos de viento y percusión, y con igual habilidad y sentir interpretan el fandango y la cumbia.

Camila tiene 9 años y hace parte del grupo. Impacta con sus ojos claros y con su cadencia al bailar porro o cumbia, que la ha convertido en referente de niños y niñas que hoy se forman bajo la dirección de la profesora Yenni, que son los encargados de las muestras culturales y otros eventos dentro y fuera del corregimiento.

El día que fueron entregadas las aulas escolares, que también hacen parte de las medidas contempladas en el Plan Integral de Reparación Colectiva, el grupo interpretó bailes tradicionales con coloridos atuendos donados por los entes territoriales, con los que además de deleitar al público demostraron una vez más la solidez de una comunidad que no se amilanó ante el conflicto y que trabaja por volver a ser la más fiestera de la región, que quiere recuperar las fiestas patronales de Santa Lucía, la celebración de la Cruz de Mayo y

el inicio de la cosecha en octubre, entre otras tradiciones.

“Era la mejor fiesta; ese día muchos aprovechaban para casarse, confirmarse o bautizar a los más pequeños” y “era una fecha muy significativa para nosotros y era donde podíamos gozar de un buen fandango a la luz de las velas, llevadas por las bailadoras de la región”, son algunas de las frases con las que recuerdan el 13 de diciembre, el cumpleaños de Santa Lucía, uno de los mejores momentos vividos por los palmeros antes del conflicto.

En las añoradas fiestas también gozaban de otra música que los enorgullece, como las canciones Río Seco y Río Crecido, interpretadas por los hermanos Zuleta, cuya letra fue escrita por Julio Fontalvo, compositor nacido en estas tierras.

El inicio de la cosecha en octubre, también hace parte del inventario de momentos llenos de alegría y unión para esta comunidad.

–Antes se cultivaba por estas tierras el tabaco como producto principal y también abundaban el ñame, la yuca y el maíz. Todo eso se fue perdiendo por el desplazamiento. Contamos con 2.500 hectáreas que están esperando para ser sembradas. Queremos reactivar el campo y volver a sacar nuestros productos hacia el casco urbano –manifiesta Jaime Reyes, otro poblador.

Para ello necesitan mejores vías de acceso, por lo que incluyeron esa medida en el Plan Integral de Reparación Colectiva. El alumbrado público y la conectividad fueron otras solicitudes que ya empezaron a hacerse realidad mediante la gestión de la Unidad ante las entidades competentes. Ya cuentan con servicio de luz, con un Kiosco Vive Digital y también tienen el Jardín de la Memoria, en el que rinden homenaje a los seres queridos perdidos.

El Kiosco funciona en la Casa de la Cultura, un espacio emblemático para esta comunidad. La edificación antes era el Colegio de Las Palmas y hoy es fundamental en la recuperación de tradiciones y costumbres y del tejido social porque sirve como espacio para la cultura, punto de encuentro para las comunidades y centro de eventos.

Su adecuación y dotación contó con el apoyo de la Unidad para las Víctimas y de organismos multidonantes como el gobierno Sueco, el Banco Mundial y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

Los palmeros ven estos aportes como pequeñas victorias ante el golpe causado por la violencia. Poco a poco se van recuperando del dolor y el desarraigo. A través del plan de recuperación no solo aspiran a rescatar sus costumbres, también quieren fortalecer las asociaciones, conso-

lidar la educación con calidad, transformar escenarios, recuperar sus viviendas y sus tierras.

Cuando esté lista la vía –cree Fidel– podrían venir más turistas atraídos por sus tradiciones, costumbres y productos:

–Con la vía arreglada hasta nos consolidaríamos como un destino turístico. No sería solo llegar a San Jacinto a comprar artesanías, nosotros también tendríamos la posibilidad de promocionar nuestro productos y tradiciones.

En un futuro no muy lejano será realidad lo que los habitantes de Las Palmas responden cuando se les pregunta ¿cómo se ven en 5 o 10 años?: “Felices, aliviados, fortalecidos, con toda la población retornada y siendo ejemplo de reparación para muchas comunidades afectadas”.

Falta concretar acciones como la reconstrucción de la iglesia, del cementerio y la adecuación de espacios deportivos, obras que dignificarán a esta región, cuyos pobladores salieron el 28 de septiembre de 1999, sin rumbo fijo, pero que fueron retornando con la esperanza de retomar sus vidas, de mostrar lo bueno de la tierra a otras generaciones y de bailar un fandango más al son de las gaitas, con velones encendidos bajo la luna clara de los Montes de María.

\*\*\*\*\*

---

# LA RE-ENCARNACIÓN DE LA ALEGRÍA

TEXTO Y FOTOGRAFÍA: JUAN CARLOS MONROY

---



Al escuchar el bullicio de la romería de gente que llegó montada a caballo y en mulas, o pitando a bordo de motos, Judy se quedó paralizada. Pero esta vez no la invadió el miedo, como en esa época cuando la guerrilla y los grupos paramilitares incursionaban a sangre y fuego, dejando muerte y destrucción a su paso.

Parada en el pequeño parque del caserío, Judy del Río sintió tanta nostalgia y emoción que no pudo contener el llanto, mientras varios amigos, también alertados por tanto ruido y algarabía, le preguntaban qué la había perturbado.

— ¡Estoy llorando de alegría! Hace cuánto tiempo no se veía una cabalgata con tanta gente aquí en el pueblo... ¡Nos estamos recuperando!

Esa escena conmovedora, que tanto recuerdan los habitantes del corregimiento La Encarnación, en el municipio antioqueño de Urrao, se vio el 16 de julio del 2018, durante la celebración del Día de la Virgen del Carmen.

— Aquí somos muy devotos, pero por el conflicto y tanta violencia no se había vuelto a conmemorar este día así... Eso fue muy bonito, trajeron la Virgen cargada y le dieron tres vueltas al parque en las bestias, motos y carros — dice la mujer emocionada hasta derramar lágrimas.

Tenía motivos para emocionarse luego de sufrir la época más cruenta que azotó esta lejana zona rural ubicada a dos horas, por carretera destapada, de la cabecera municipal de Urrao.

El corregimiento La Encarnación y sus veredas, a las que solo se llega cabalgando, está rodeado de montañas, bosques y valles regados por ríos, y las engalana la cercanía del Parque Natural Nacional de Las Orquídeas y el Páramo del Sol.

En estas veredas narran que esa vida rural, rodeada de naturaleza y música de carrilera, se interrumpió de forma violenta entre 1994 y 2008, cuando la población quedó en medio de la disputa por el control territorial entre la guerrilla de las Farc, los grupos de autodefensas y el Ejército Nacional.

Con asesinatos, masacres, desapariciones forzadas, secuestros, reclutamiento ilegal para sus filas, desplazamientos masivos, confinamientos de la población, ejecuciones extrajudiciales, violaciones sexuales, destrucción de viviendas e infraestructura, saqueos, bloqueos de vías, constreñimiento político y hasta con fronteras, los grupos armados ilegales acabaron con la tranquilidad que brindaba la riqueza natural de la zona.

El padre de Judy fue uno de los primeros campesinos asesinados en 1994.

—La guerrilla empezó a mantenerse en las veredas... Y nosotros vivíamos en una finca, y por esa tierra a mi papá lo bajaron un día de la escalera (bus veredal), y dos tipos lo mataron en un puente... entonces nos tocó desplazarnos a una vereda más cerca del pueblo —narra Judy.

### **Solo algunos se salvaron**

Judy sobrevivió al hecho más atroz que cambió para mal la vida de la comunidad. Al finalizar la tarde del 28 de abril de 1998, un grupo armado, perteneciente al Bloque suroeste de las autodefensas, incursionó en el caserío La Encarnación. Sus integrantes bajaron a los pasajeros recién llegados en el bus escalera y sacaron de las casas a otros pobladores. A todos los reunieron cerca del parque.

—A mi esposo y a mí nos sacaron de la casa a la brava y cuando llegamos tenían en fila a la gente que recogieron. Dijeron que las mujeres que estuvieran en embarazo se podían ir para sus casas y pues todas resultamos en embarazo con ese miedo —relata Judy, recordando el día trágico que nadie olvida.

Ella no borra de sus recuerdos que en ese momento su esposo Emilio se negaba a entregarle la hija pequeña, que tenía cogida de la mano. Presentía lo peor. “No se la doy porque la niña es la que me va a salvar”, le dijo él. Su terquedad le dio resultado y a ambos les permitieron volver a la casa, a una cuadra del parque.

—No sé cómo, pero cuando llegamos a la casa resulté descalza y estaba cayendo un aguacero. Al rato sentimos esa balacera y Emilio asustado me dijo: “¡Ay miya!, mataron a toda esa gente”. Así ocurrió. El grupo armado ilegal obligó a las víctimas a tenderse en el suelo boca abajo y los masacraron a disparos. Allí murieron 10 hombres: los dos ayudantes del bus y ocho campesinos.

Mientras unos lloraban y otros gritaban de dolor frente a los cadáveres de sus familiares y amigos, Judy y otros lugareños llevaron los cuerpos sin vida a la casa de un hermano de ella y al día siguiente los transportaron a Urrao. No había autoridades en la zona para hacer ese trabajo. Antes de irse, los armados ilegales quemaron el centro de salud y el puesto de Policía, saquearon los negocios comerciales y robaron caballos y mulas. Pero la masacre no terminó ahí. Continuó en la vereda El Maravillo, a tres horas a caballo del caserío. Allí retuvieron a doce personas que luego asesinaron. También, dañaron la caseta y la tienda y hasta robaron el equipo de sonido de la Junta de Acción Comunal.

En los días posteriores a los sepelios siguió la violencia porque el frente 34 de la guerrilla, que hacía presencia en la zona, incrementó la intimidación contra la población civil, acusándola de haber propiciado la incursión paramilitar por ser informante de ese grupo.

La consecuencia inmediata fue el desplazamiento de más de 350 habitantes que huyeron de la zona aterrorizados. Judy no se fue. Solo quedaron 15 viviendas habitadas en el caserío. La escuela de la vereda El Maravillo pasó de tener 69 estudiantes a contar sólo con 24. Tuvo suerte, porque otra escuela, ubicada en la vereda La Clara, cerró sus aulas por falta de alumnos.

Durante los diez años siguientes el conflicto no cesó y fueron más y más las víctimas de asesinatos, desplazamientos masivos y de familias amenazadas, reclutamientos forzados, violencia sexual y hasta ejecuciones extrajudiciales.

### **La alegría y la unión retoman la región**

La intimidación y la violencia de los grupos armados ilegales acabaron tradiciones tan arraigadas como las cabalgatas, el Día del Campesino, los paseos al río, la pesca, los bingos y las fiestas en las veredas.

Ni siquiera se salvaron las fiestas religiosas. La Semana Santa, la Navidad e incluso las misas no se celebraban porque la destrucción también expulsó al sacerdote de la parroquia local, que empezaba a quedarse sin feligreses.

—Por el miedo y la falta de empleo, pues la mayoría de grandes finqueros que daban trabajo se fueron por el conflicto, la ma-

yoría de gente se tuvo que ir. La Encarnación se convirtió en un corregimiento fantasma —exclama un hombre que retornó después de 15 años.

En la última década, con mayor seguridad y control territorial del Gobierno y la Fuerza Pública, además de la desmovilización de los grupos de autodefensa y de las Farc, una parte de los pobladores retornó. Llegaron a reconstruir lo destruido.

—Encontramos la casa saqueada, en ruinas, sin techo ni piso, solo quedaban los muros. Ahora estamos empezando a levantarla otra vez —recuerda una tendera.

El trabajo de reconstrucción física y del tejido social no ha sido fácil porque el conflicto armado también destruyó las relaciones sociales, desintegró las familias que perdieron miembros, bienes y tierras y huyeron desplazados, impidió el trabajo de los líderes sociales y acabó con las Juntas de Acción Comunal.

Para lograr ese resurgimiento de la comunidad, varios pobladores se convirtieron en “tejedores”, como se conoce a las personas que se capacitan en liderazgo social con la estrategia Entrelazando de la Unidad para las Víctimas, como parte de la implementación del Plan Integral de Reparación Colectiva.

Sandra Montoya es una de esas personas. Sufrió el des-

plazamiento forzado para evitar que la guerrilla reclutara por la fuerza a su hermana.

—Restablecer la confianza, los lazos sociales y hasta familiares, ya que por el miedo desconfiábamos los unos y de los otros —señala Sandra como el logro principal como tejedora. Los que vivíamos aquí en La Encarnación no podíamos ir a El Maravillo o La Clara ni al municipio Abriaquí, porque como las Farc mantenían acá, mucha gente decía que éramos guerrilleros y nos podían matar. Y si de esas veredas venían aquí, los mataba la guerrilla porque los acusaban de paramilitares.

Según ella, esas fronteras ya han desaparecido.

—Ahora la gente va y viene a los matrimonios o a compartir en las navidades. Estamos viviendo otra vez muy tranquilos y logramos unirnos otra vez las tres comunidades. Volvimos a hacer paseos al río y los juegos tradicionales de yoyo, bolas, trompo y pirinola.

Según María Clara Espinosa, líder del equipo de reparación colectiva de la Unidad para las Víctimas en Antioquia, “además de la reconstrucción de la infraestructura comunitaria afectada por el conflicto, con los talleres psicosociales de la estrategia Entrelazando, enfocados a la recuperación emocional y rehabilitación comunitaria, los habitantes lograron integrarse

de nuevo y recuperar muchas de sus tradiciones”.

Las señales del resurgir están a la vista. Los campesinos volvieron a recorrer los caminos de herradura montados a caballo o en mula y recuperaron las tradicionales cabalgatas. A lomo de mula también se unieron este año para ayudar a transportar materiales para remodelar la escuela, la cancha y la caseta comunal de la vereda El Maravillo, las cuales se deterioraron por el abandono. La obra fue financiada por la Unidad para las Víctimas, con cooperación del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

Otra costumbre que se recuperó son los juegos deportivos entre los habitantes de las doce veredas del corregimiento.

—Volvimos a hacer los juegos y también los paseos al río y las procesiones, también los convites para arreglar el parque y los caminos, ya que ahora la gente es más animosa —comenta un arriero apenas desciende de su caballo tras cabalgar por tres horas, con un grupo de amigos, desde Abriaquí.

El sitio de reunión es una de las cantinas, porque los negocios volvieron a abrir sus puertas y a recibir visitantes.

La música tradicional, que también se había silenciado, regresó con el Grupo de Cuerda, integrado por campesinos que tocan

la guitarra, que se presentan en las fiestas veredales y amenizan los encuentros psicosociales para restablecer vínculos sociales.

Los habitantes de La Encarnación ahora quieren mostrar que han superado el terror de esos años funestos y han recuperado el optimismo: no solo realizan actos conmemorativos y marchas para recordar a las víctimas, sino que

siembran árboles como símbolo de la vida que renace.

Cerca al sitio donde ocurrió la masacre en 1998, pintaron el muro de la reconciliación que refleja el clamor de todos los sobrevivientes, y que Judy del Río expresa con estas palabras: “Nos estamos recuperando y queremos que la violencia no vuelva por acá”.

\*\*\*\*\*

---

## SE HABLA PALENQUERO

TEXTO Y FOTOGRAFÍA: PATRICIA DÍAZ CASTRO

---



En los años 80, la presencia de grupos al margen de la Ley alertó a la población de San Basilio de Palenque, corregimiento ubicado a 50 kilómetros de la ciudad de Cartagena, en el municipio de Mahates, en Bolívar. Pronto los palenqueros iniciarían así su tránsito por el camino del miedo y la intimidación.

El territorio era corredor y zona de abastecimiento para los miembros de las guerrillas Epl, Eln y las Farc. Tal asedio hizo que los habitantes de Palenque cambiaran su estilo de vida y abandonaran sus costumbres. Dejaron de lado las faenas diarias en el campo, las prácticas tradicionales para el cultivo de alimentos y las salidas a los arroyos, lugares de reunión y esparcimiento que se transmutaron en escenarios de dolor y muerte.

De acuerdo con el documento de caracterización del daño, elaborado por la Unidad para las Víctimas con la comunidad de San Basilio de Palenque, las extorsiones, homicidios, secuestros, desplazamientos forzados, trabajos forzados o servidumbre, reclutamiento de menores, torturas y violencia sexual deshonraron su legado.

No obstante, la fortaleza de estos pobladores, descendientes de africanos y con una larga historia de resistencia ante hechos violentos, volvió a salir a flote ante la intimidación de los grupos ilegales. En los años 90 un

grupo de palenqueros pudo tener acceso a formación académica y empezó a promover la recuperación de la cultura y los derechos de esta comunidad, así como el respeto por su territorio ancestral. Desde entonces, avanzan hacia el retorno a sus tradiciones y costumbres, no sin obstáculos, incluyendo más violencia, que han sorteado con firmeza para acercarse a esos objetivos.

### **Cuando el camino era violento**

Un episodio recordado por Primitivo Pérez, miembro del grupo de apoyo del Sujeto de Reparación Colectiva, refleja la crudeza del conflicto armado en la zona:

—Un día llegó una camioneta negra y recorrió el pueblo y cuando llegó a un billar que estaba en la Plaza Principal donde departían unos jóvenes, empezaron a disparar y mataron a cuatro de ellos; otros huyeron y los acusaron de ser colaboradores de la guerrilla.

Para entonces ya había comenzado el nuevo siglo, pero el terror seguía rondando por la región.

—Después de la masacre de los muchachos en el billar, para el año 2001, empiezan una serie de episodios dolorosos para la población. Entregaron unos panfletos de las autodefensas en el caserío de La Bonga, ubicado a 10 kilómetros de San Basilio, donde nos daban 48 horas para desocupar el poblado. Unas familias

se fueron hasta La Pista, en San Pablo, y otra parte se ubicó en el colegio del bachillerato, en el casco urbano, hasta que fue construido el Barrio La Bonga de Rafael –relata un habitante del territorio, que prefiere no dar su nombre, lo que refleja el temor que aún conservan los pobladores.

Los habitantes de Palenque dejaron de cultivar en ese tiempo por miedo. El tránsito por la zona era limitado; tenían horas de entrada y salida por órdenes de los grupos armados. Sus ranchos y viviendas fueron quemados, y los espacios culturales y de esparcimiento, violentados.

Las mujeres fueron sometidas a trabajos forzados, eran utilizadas para cocinar, elaborar uniformes y, en muchos casos, fueron víctimas de violencia sexual, cuyas secuelas derivaron en rupturas familiares.

–Dejamos de confiar los unos en los otros. No sabíamos si hablar o no por temor a ser tildados como informantes. Eso destruyó el tejido social –manifiesta Josefa\*–, una mujer de la zona.

El conflicto dejó cicatrices físicas y espirituales en cada uno de los habitantes, que hoy luchan por recuperar la armonía con su entorno. Las limitaciones en el uso de la lengua nativa, el deterioro de rituales religiosos, la imposición en las

formas de crianza, la pérdida de la identidad y del sentido de pertenencia y la profanación de espacios colectivos como la escuela y las canchas deportivas, hacen parte de las huellas dejadas por la guerra.

–A raíz de las amenazas perdimos a muchos pobladores de la región; entre ellos personas adultas que eran las encargadas de transmitir la cultura y las costumbres. Eso también afectó a las nuevas generaciones, que salieron del territorio muy niños y cuando regresaron desconocían su cultura. Fue un choque fuerte porque de donde venían eran discriminados por su lengua, y repitieron la discriminación con sus familiares y personas del pueblo. El conflicto rompió ese lazo, ese arraigo por el territorio –complementa otro habitante de la zona.

### **Comienza la transformación**

Esta población declarada por la Corona Española “Primer pueblo libre de América”, en el siglo XVI, y reconocida por la UNESCO como Obra Maestra del Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad, comenzó en los 90 su proceso de transformación y de recuperación de costumbres, arrebatadas por el conflicto armado.

El primer paso fue hablar en lengua nativa. En cada una de las casas de los palenqueros se retomó esta tradición, que va de generación en generación, y además vieron en los espacios académicos

---

\*Nombre cambiado

la oportunidad para dedicarse al estudio de sus raíces y a trabajar por el autorreconocimiento de la población, como descendientes de la cultura africana, según lo cuenta Keiner Simarra Cassiani, representante legal del Consejo Comunitario de Ma-Kankamaná.

—En los años 90, un grupo de palenqueros se formaron académicamente y desde ese momento empezó el fortalecimiento de nuestra cultura. Luchamos por los espacios para la protección de nuestros derechos y la inclusión del enfoque diferencial en los diferentes espacios de la sociedad —relata Keiner.

En los últimos años, los palenqueros han trabajado de la mano con la Unidad para las Víctimas, creada en el 2011, para recuperar el territorio ancestral y fortalecer sus tradiciones a través de la Ruta de Reparación Colectiva Étnica, un mecanismo que les permite acceder a la reparación integral de los daños causados a la comunidad por el conflicto armado.

Ya han cumplido fases importantes en este proceso y en la actualidad participan con la Unidad en las jornadas de concertación de las medidas de satisfacción, restitución, rehabilitación y garantías de no repetición.

—Tenemos la esperanza de que el proceso con la Unidad nos permita salvaguardar nuestras costumbres, recuperar nuestra

tierra, y darle una mejor calidad de vida a nuestras comunidades — expresa el representante del Consejo Comunitario Ma-Kankamaná.

### **Lengua palenquera, herramienta de resistencia**

La lengua palenquera surgió de la necesidad que tenían los esclavos de comunicarse sin que los españoles supieran de qué estaban hablando. Es una mezcla de lenguas africanas de origen bantú con raíces españolas y portuguesas.

En cada rincón de esta población se escucha esa sinfonía de sonidos en tonos fuertes, evocando la grandeza y la fuerza de los esclavos que los hicieron libres. Hablar “en lengua” los hace sentir orgullosos, conectados con el continente africano ubicado a más de 12.300 kilómetros de distancia, de donde heredaron la cultura reconocida hoy a nivel mundial como una de las más preservadas.

—En los años 60, recuerdo que todo el mundo hablaba ‘lengua’ en la calle, pero había unos pueblos vecinos que no les gustaba nuestra manera de comunicarnos y nos decían “¡ieh palenquerito, habla maluco!”, y eso hizo que la gente la fuera dejando. Se perdieron algunas palabras, pero los viejos, nuestros abuelos, lograron preservarla — cuenta Primitivo Pérez.

Esa transmisión de la lengua que se perdió en los núcleos familiares por el conflicto, se ha rescatado en el hogar, en las escuelas, en los espacios de in-

tegración y es enseñada a todo el que esté interesado en aprenderla.

### **Medicina tradicional**

En su acervo sobresale también el tratamiento de las enfermedades, aspecto en el que muchos palenqueros prefieren las recetas medicinales tradicionales de Ambrosio Herrera y Abel Cassiani, médicos ancestrales muy reconocidos en la región, en detrimento de los diagnósticos de doctores o las fórmulas compradas en droguerías o farmacias.

Aventurero para el mal de ojo, Hobo para la conjuntivitis, Santa Cruz para el dolor de cabeza, el cilantro como purgante y para el insomnio, así Ambrosio enumera una a una las plantas, que solas o combinadas van quitando los males del cuerpo y el alma. Sus conocimientos quedaron plasmados en el libro “Farmacia viva, inventario de plantas medicinales de San Basilio de Palenque”.

Estas prácticas también fueron referenciadas por los habitantes de la zona que participaron en las jornadas de caracterización del daño, realizadas por la Unidad para las Víctimas.

—Cuando los niños se enfermaban, nuestros abuelos “sabedores”, adultos mayores, iban al monte y nos traían plantas para nuestras enfermedades, pero llegaron los grupos insurgentes y, por miedo, esa práctica se acabó —dice alguien.

### **Prácticas que dignifican**

Jey, una mujer palenquera, mientras elabora un trenzado cuenta que “los peinados fueron utilizados para ubicar salidas de escape, dibujar mapas y guardar semillas, joyas y objetos de valor. Era la brújula de Benkos Biohó y de centenares de esclavos que lucharon por su libertad”.

Esta tradición es una de las más arraigadas en San Basilio de Palenque. En cualquier esquina, a la orilla del arroyo, en la plaza principal, hay mujeres realizando, con gran destreza, las trenzas y otros peinados. No hay distinción de edad. Los utilizan para toda ocasión, y cada trenza o trazado tiene su significado, ya no para enmarcar caminos de libertad, sino para manifestar emociones y sentimientos.

—Uno de los atractivos de Palenque es ver a las mujeres hacer los peinados. Esto hace parte del recorrido que hacemos con los turistas. Muchos vienen solo a eso y de esta forma se acercan más a nuestra cultura ancestral. Así sean blancos, salen de aquí vestidos como negros —manifiesta con sonrisa amplia Alberto, uno de los jóvenes de San Basilio de Palenque dedicado a la guía turística, que habla lengua palenquera y cuenta, con buen conocimiento, la historia de esta región.

Otra costumbre en San Basilio de Palenque es la elaboración de los tradicionales dulces a base de coco, papaya, panela

y otros ingredientes que conquistan el paladar de paisanos y extraños. Sor María, una mujer que recorre cada semana las calles de municipios vecinos, bajo el inclemente sol, sabe cómo se elaboran los dulces. Se trata de recetas que solo están en la mente de estas mujeres y que se transmiten a otras generaciones en medio de la cotidianidad.

—Son dulces elaborados con mucha dedicación y que hacen parte de nuestras tradiciones y como tal merecen ser valorados —dice Sor María en una combinación de español y lengua palenquera.

La mazamorra también hace parte de la gastronomía tradicional. Es una colada a base de maíz ‘pilao’, elaborada con toda la mística palenquera, sin preservativos ni conservantes, bajo el ritual riguroso de las que conocen este alimento ancestral.

Esta experiencia fue compartida por un grupo de mujeres que participaron en los Encuentros de Recuperación Emocional Grupal, liderados por la Unidad para las Víctimas. Muchas perdieron esposos o hijos en el con-

flicto, otras fueron víctimas de violencia sexual.

—Fue duro retomar la vida familiar; todavía quedan malos recuerdos, pero gracias al apoyo de profesionales y el acompañamiento de nuestras familias hemos logrado salir de esto. Nos ayudamos entre nosotras; una manera es reunirnos en las casas a cocinar o compartir la comida con el vecino, una buena excusa para estar unidos —manifiesta una de ellas.

Son muchas las heridas que la violencia ocasionó en Palenque por la violencia, pero son más las ganas de seguir adelante y recuperar el tiempo perdido en medio de una guerra que no era suya. Así lo asegura Keiner Simarra:

—Sufrimos la discriminación a causa del conflicto y de una sociedad que no entendía nuestra ancestralidad, pero esa misma lucha nos ha dado la fuerza para seguir adelante y trabajar diversas formas de autorreconocimiento como palenqueros.

Tal vez por esa lucha son más que un patrimonio oral e inmaterial de la humanidad, también lo son por lo espiritual.

\*\*\*\*\*

---

# LOS MUROS DE SAN CARLOS, UNA EXPOSICIÓN DE RESILIENCIA

POR: JUAN CARLOS MONROY GIRALDO

FOTOGRAFÍA: JUAN SEBASTIÁN GONZÁLEZ



Las fachadas grises y deterioradas, que en el pasado fueron referentes de violencia y miedo, se transforman con cada brochazo en figuras coloridas que retratan paisajes naturales extensos, personajes típicos y campesinos que cultivan en tierra fértil.

El arte es protagonista del renacer del municipio antioqueño de San Carlos. Estos lienzos revelan los sitios donde ocurrieron asesinatos, masacres o desapariciones forzadas por parte de los grupos armados durante el conflicto armado o los muros donde intimidaban y dividían al pueblo con grafitis amenazantes.

Con el proyecto “San Carlos, Memoria de Sueños y Esperanzas”, los mismos habitantes y hasta muralistas que visitan la localidad para conocer su historia narrada en colores se suman a las jornadas artísticas que lo están convirtiendo en el “pueblo de los murales, en una gran galería al aire libre para mostrar cómo nos reconstruimos y aportamos a la paz, la reconciliación y a la memoria histórica desde el arte”, dice José López Rincón.

Este artista plástico de 38 años y director del grupo teatral La Gotera lidera esta iniciativa que hasta ahora tiene 103 murales pintados en las fachadas de edificios, casas, escuelas de la zona urbana y varias veredas.

Uno de los más llamativos tiene 10 metros de altura y tres

de ancho, y se pintó sobre el muro de una edificación conocida en la época más violenta como la “casita del terror” porque era usada por los grupos de autodefensa para asesinar, torturar y sepultar a sus víctimas. Ahora ya no causa miedo, sino admiración al contar la historia de San Carlos desde los primeros habitantes indígenas, la llegada del primer bus escalera y la construcción de las hidroeléctricas.

Y en otra esquina, cerca del comando de la Policía que fue blanco de muchos ataques insurgentes, pintaron un mural que ilustra una chiva, el bus escalera tradicional de los municipios antioqueños para transportar a la población y sus productos del campo.

—Decidimos pintarlo como alegoría a la idiosincrasia campesina. Es una chiva repleta de sueños que nos invita a retornar a nuestra tierra —relata una joven que participa en la pintada de los murales.

También sobre la vía de entrada de San Carlos, la pared de una casa que sobresale entre las demás muestra a una niña de mirada tierna e inocente, rodeada de naturaleza, flores y pájaros. Ese mural lo pintó José, inspirado en su hija: Dulce María.

Para él significa “la libertad y las semillas buenas que queremos para las nuevas generaciones”. Sus palabras son de optimismo de cara al futuro:

—Tenemos que sembrar en estos muchachos la nueva semilla; lo que tenemos en San Carlos se lo deseo a todo el mundo. Nuestra tierra tiene todos los climas, cantidad de ríos y cascadas, fauna, flora —afirma José.

### **Arte para la resiliencia**

El mismo artista recuerda que, siendo muy joven, cuando la violencia amenazaba a diario la vida de sus habitantes, encontró en el teatro, la pintura, los títeres y la música una barrera contra tanta violencia:

—El arte me dio un escudo para sobrevivir al conflicto armado que tanto sufrimos.

También sufrió el desplazamiento forzado debido a las amenazas que recibió por el liderazgo entre los jóvenes, y por casi un año vivió en otros municipios, pero al contrario de varios familiares y otros habitantes que no quisieron volver por el lastre del pasado, José sí retornó.

Por ese arraigo por su pueblo y sus paisanos, ahora José asume como misión propia “mostrar la historia de San Carlos desde el arte para aportar la recuperación que experimentamos a medida que superamos tantos males causados por el conflicto armado”.

San Carlos fue uno de los municipios más victimizados por el conflicto armado. Las cifras del Centro Nacional de Memoria

Histórica revelan que, entre 1988 y 2010, San Carlos fue escenario de 33 masacres perpetradas por guerrillas (Farc, Eln) y autodefensas, que causaron 219 víctimas.

Fue la época de los asesinatos diarios, de los que desaparecían sin dejar rastro, de los desplazamientos forzados de más de 20.000 personas y las minas antipersonales que dejaron 119 víctimas civiles y 127 militares, entre muertos y heridos.

También reconoce que su municipio ha sido beneficiado por la gestión de entidades como la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, que ha invertido 37.169 millones de pesos en indemnizaciones económicas y ayuda humanitaria para casi 5.000 sobrevivientes del conflicto.

Además, coordina un plan de reparación colectiva en implementación con proyectos productivos y dotación de negocios de víctimas, rehabilitación de escuelas veredales, puentes, casetas comunales, puestos de salud y del Centro de Acercamiento, Reconciliación y Reparación (CARE), que dirige la líder de víctimas Pastora Mira.

Al mismo tiempo también avanza la construcción de la Vía de la Reconciliación entre San Carlos y Granada, una obra reclamada por los dos municipios desde hace 40 años.

Al municipio han retornado más de 15.000 desplazados, motivados por la seguridad que ganó el Oriente antioqueño en los últimos años, la restitución de tierras, la desmovilización de las autodefensas y las Farc y por el desminado humanitario gestado por sus propios habitantes, quienes comenzaron a desenterrar minas, ejemplo que impulsó al Ejército a asumir el reto que concluyó, en el 2012, con San Carlos certificado como el primer municipio libre de este riesgo en Colombia.

El proyecto artístico “San Carlos, Memoria de Sueños y Esperanzas” trasciende las fronteras y empieza a replicarse en otros municipios colombianos para resaltar sus atractivos turísticos o contar la superación de la vio-

lencia y la resiliencia de las comunidades.

El próximo reto es unir a los 12 municipios de la provincia del Oriente antioqueño para que a través de un proyecto de murales se convierta en la galería al aire libre más grande del mundo.

Así es como José López Rincón y los sancarlitanos pintan su nueva historia. Como artista ve su futuro en colores brillantes y repite, una y otra vez que...

—No vamos a seguir con el corazón arrugado de odio y tristeza; tenemos historias de violencia, pero no queremos revictimizarnos con ellas, sino que vean nuestras riquezas, que estamos construyendo la paz y volvimos a estar orgullosos.

\*\*\*\*\*



**10**

**EL EXTERMINIO**

---

## EL CRUDO RELATO DEL SEPULTURERO DE BOJAYÁ

POR: CÉSAR MARÍN CÁRDENAS Y FELIPE SUÁREZ

FOTOGRAFÍA: JUAN SEBASTIÁN GONZÁLEZ



—Me decían el “recogemuer-tos” porque todo cuerpo que iba bajando por el río Atrato lo pegaba a la orilla para que lo enterraran; por eso, a las personas que se mueren yo no les tengo miedo ni les tengo asco —afirma Domingo Chalá, el bojayaseño de 72 años que durante gran parte de su vida se desempeñó como el sepulturero del pueblo.

El 2 de mayo del 2002, por cuenta de una pipeta de gas lanzada por las Farc, el apodo de Domingo se reafirmó, pues ese día prefirió recoger cuerpos enteros y desbaratados que marcharse para Quibdó, como lo hizo buena parte de los bojayaseños.

—Con una pala me tocó recoger los restos de niños y adultos, y meterlos en unas bolsas para que los fueran llevando a las canoas para ser llevados a la fosa común que estaba por los lados del río Bojayá.

Bajo el liderazgo del padre Antún Ramos, condujeron a los heridos a Vigía del Fuerte. El río se convirtió en una procesión de heridas y miedos, en el que cada chapoteo de los brazos —que suplían a los remos— era como si quisieran despertar al río para huir más rápido de ese pueblo amortajado por la guerrilla.

Con trapos blancos enarbolados y como si fueran los hinchas de un equipo de fútbol, durante la travesía tuvieron que gritar que eran civiles para evitar ser

atacados. Y sí, sus pregones contrarrestaron las balas, pero no esquivaron la desconfianza del grupo ilegal armado.

—Cuando llegamos allá, con los heridos, la guerrilla requirió el bote para verificar que no hubieran paramilitares camuflados entre nosotros.

La gente —cuenta Domingo— no pudo sacar nada de sus viviendas ni dinero ni implementos para cocinar; fueron otros los que se sintieron acreedores de esas pertenencias.

—En Vigía del Fuerte veíamos a paramilitares y guerrilleros de civil, vestidos con la ropa que sacaron de las casas de la gente de Bojayá, aprovechando que estaban solas las viviendas.

No solamente murieron ese día los civiles que estaban en la iglesia, sino que también hubo varios combatientes tanto de la guerrilla como de los paramilitares que resultaron heridos y que fueron a morir en la parte de atrás del pueblo, por la montaña.

Cuando le tocó recoger los muertos, la fetidez que desprendía la ropa de Domingo lo convertía en una especie de miembro de la casta de los intocables de la India: nadie se atrevía a acercársele en Vigía del Fuerte, menos a tocarlo, porque según cuenta “el olor del cuerpo humano era muy penetrante”. Quizá él

olor era una especie de eco de la muerte que habían dejado atrás. Pero esto no lo perturbaba. Lo que lo preocupaba en ese momento era que la gente pudiera despedir con decoro a sus familiares y amigos.

En medio de la presencia de la guerrilla se realizaron las ‘des-honras’ fúnebres de las víctimas.

—Los muertos del 2 de mayo se enterraron como perros porque nadie les rezaba, no había un solo civil: los únicos éramos los que los estábamos enterrando.

Era lo único a lo que se dedicaba: recoger y enterrar a los muertos.

—La guerrilla no me permitía hacer nada más. Si tenía sed me llevaban a alguno de los negocios que habían dejado abandonado los comerciantes de Bojayá y allá iba a tomar gaseosa y a quemar cigarrillo.

Muchos cuerpos estaban sin cabeza y podía reconocer qué restos eran de hombre o de mujer, porque las uñas, las que estaban pintadas, servían de pista.

—Es que esos cuerpos quedaron completamente desbaratados por la fuerza de la explosión de la pipeta. A veces solo recogía el tripero porque no tenían ni brazos ni cabeza ni piernas y el tronco estaba reventado. En varios de los cuerpos las cabezas quedaron molidas.

Manipular los cuerpos y restos de la masacre le afectó hasta el gusto por la comida.

—Durante cerca de cuatro meses dejé de comer carne porque cuando veía una presa de cerdo, se me revolvían las imágenes de esa tragedia —asegura.

Sin embargo, el entierro de sus paisanos conforme a sus costumbres era lo que más contrariaba su tranquilidad.

—Hacia rato veníamos luchando para que a esos cadáveres se les diera un trato digno, porque esos muertos tienen madre, padre y familia. Me gusta que la Fiscalía haya hecho las exhumaciones para que después de las pruebas científicas de ADN, de identificación y demás, se les pueda dar una sepultura digna, con todos los rituales de nosotros los afro.

La labor y preocupación de Domingo hace recordar la película japonesa *Violines en el cielo* (*Departures*, Yojiro Takita), en la que el protagonista trabaja, como si fuera un artesano, arreglando los cuerpos de los muertos de la mejor forma posible para que sus familiares los despidan con la mayor dignidad. Untarse de tierra y muerte le significó el respeto no solo de sus paisanos:

—Lo que yo hice en la iglesia con los muertos de la masacre hasta la guerrilla lo valoró; incluso cuando estaban por acá, en los alrededores de Bellavista, y

yo me los topaba, ellos me respetaban porque me conocían por mi trabajo, porque vieron con buenos ojos la labor de recoger los muertos, ya que no querían que ni el Ejército ni los medios de comunicación vieran como habían quedado los cuerpos luego de la explosión de la pipeta.

Las grandes tragedias muchas veces han impulsado a poetas, escritores o artistas a perpetuar ese dolor, y Domingo tenía pena de acordeón:

“Las Farc y las autodefensas estaban peleando. Las Farc lanzaron una pipeta y cayó dentro de la iglesia. Lo que hicieron con mi pueblo por Dios no tiene sentido: matar tantos inocentes sin tener ningún motivo. Yo te suplico, ¡ay Dios mío!, porque logra ese castigo, mi pueblo no se merece que mueran viejos y niños...”, fueron algunos de los versos que excavó de su alma vallenata.

Por lo hecho en el 2002, Domingo tiene en su haber varias entrevistas, incluso con medios internacionales. Sabe leer, pero escasamente escribe su nombre; su capacidad para componer vallenatos surge casi que por intuición. Él y sus paisanos no quieren más violencia.

—Pero me preocupa que por acá hay Eln y paramilitares. Por los lados del río Bojayá la gente está trabajando, la gente tiene su tierra, pero viven con ese temor, con esa zozobra. Acá en el casco urbano estamos tranquilos porque está el Ejército —concluyó.

Domingo solo espera el día en que cada uno de los muertos del 2 de mayo sea identificado, los saquen de las bolsas en las que se encuentran sus restos, ocupen su respectiva bóveda, marcada con su nombre, para que descansen su corazón, y esa tristeza de 16 años sea lo único que debe quedar en la bolsa y enterrar para siempre.

\*\*\*\*\*

---

# LOS SANTOS ÓLEOS DE BOJAYÁ

POR: CÉSAR MARÍN CÁRDENAS

FOTOGRAFÍA: FELIPE SUÁREZ



Cuánta sangre en mi memoria.  
En mi memoria están las lagunas.  
Están cubiertas de cabezas  
de muertos. No están cubiertos  
de nenúfares.

Aimé Césaire

### **El bautizo**

César Ramos y Carmelina Cuesta Antún Ramos nunca sospecharon que a punta de coco, maíz y plátano estaban criando, en medio de la jungla chochoana, a dos futuros sacerdotes; sus otros seis hijos nunca se sintieron atraídos por las sotanas, los escapularios, las estolas, las casullas, las ostias ni el evangelio, quizá porque en el Chocó no se puede esquivar el versículo 19 del Génesis: “Te ganarás el pan con el sudor de tu frente”.

Uno de sus hijos, Antún Ramos, nacido en Bagadó hace 43 años, sí lo eludió o, mejor, lo acomodó a su manera cuando decidió ganarse el pan con el sudor del espíritu, sin siquiera imaginar que hacia los 28 años, en Bojayá, la vida también le haría sus ajustes a la fuerza y le enseñaría que también se la ganaría con el trasudor, esa especie de angustia ocasionada por la congoja.

### **El matrimonio**

En el año 2000, luego de ordenarse como sacerdote, Ramos llegó a Bojayá, municipio empotrado sobre la ribera del río Atrato—cuyas márgenes en la tarde para el poeta colombiano Juan Manuel Roca semejan una plateada cimitarra— para

seguir el mandato del lema del escudo bojayaseño: “Creatividad, trabajo y decisión”. Allí, apoyó al padre Rogelio Salazar en sus labores litúrgicas hasta que lo reemplazó como párroco de la iglesia del pueblo.

En esas andaba cuando en el año 2002, en un lapso de seis meses, le tocó peregrinar por sus propias adversidades y pesadumbres. Su familia sufrió una triple tragedia: en febrero, Carmelina, su madre, falleció de un infarto, cuando huía de las balas por culpa de un hostigamiento que sufrió una estación de policía de Quibdó perpetrado por las Farc; en junio, el Eln secuestró a un hermano, por quien la familia debió pagar una alta cifra de dinero que no tenían.

No obstante, sería el mes de mayo cuando el dolor y el desconsuelo allanarían su alma sin contemplación y partirían en dos rebanadas su vida.

### **Los santos óleos**

El 30 de abril de 2002, hacia las 11:30 a.m., cinco pangas (embarcaciones) trajeron a un grupo de paramilitares a Bojayá, que no tardó en arengar las normas que impondrían por creerse la nueva autoridad. Con su presencia, que parecía un *déjà vu*, le quedaban pocas horas de vida al pueblo: mucho más temprano la guerrilla había hecho las mismas amenazas.

—Ese día hablé con el comandante de los paramilitares y le

dije que por favor se ubicaran en una zona donde no hubiese población civil. Al otro día, llegó Fredy Rendón Herrera, comandante paramilitar conocido como “El Alemán”, quien se reunió con nosotros –los curas– para presentarnos su séquito de subalternos y decirnos que ellos eran los que iban a manejar esa situación –aseguró el sacerdote.

El primero de mayo, cerca de las 5:30 a. m., comenzó una balacera para horadar una panga que transportaba a un comandante paramilitar y dos escoltas que buscaban arrimar a Vigía del Fuerte; ellos desconocían que desde la noche anterior la guerrilla ya hacía presencia en Vigía. Con una ráfaga de odio hirieron gravemente al comandante paramilitar de más alto rango después de “El Alemán”. Velozmente, el motorista de la panga alcanzó a dar vuelta y regresó a Bojayá, donde corrieron con el herido hacia el puesto de salud.

–Los paramilitares desesperados buscaron al médico, a quien encontraron y amenazaron de muerte si no atendía al comandante gravemente herido. Yo acompañé al médico al puesto de salud. Luego de observar al paramilitar herido, preocupado me dijo que no había nada que hacer.

### **La muerte**

Ese día arreciaron los combates entre los paramilitares y la guerrilla, y, poco a poco, la gente comenzó a poblar la iglesia por

dos razones: la inicial, porque era una construcción en cemento; la principal, entendían que no había otro lugar para sentirse más seguros que la casa de Dios.

–Éramos cerca de 400 personas en la capilla. Por la cantidad comenzamos a racionar los alimentos y el agua. Les dimos prioridad a los niños, los ancianos y las mujeres embarazadas. Empezamos a orar, mientras que los paramilitares le disparaban a la guerrilla desde atrás de la parroquia. Yo, en un par de ocasiones, salí y les dije que se fueran de ahí porque estaban poniendo en riesgo a la población civil; incluso una paramilitar de rango medio dijo: ‘Si ese cura marica sigue jodiendo mucho pues denle plomo’.

Pero los paramilitares no se movieron de ahí, porque la guerrilla los triplicaba en número y, además, porque según el padre esos combatientes eran jóvenes e inexpertos.

–La noche del primero de mayo dormimos todos en la capilla y en la casa cural; era como una escena de Roberto Benigni en la película *La vida es bella*, cuando su personaje Guido juega con su hijo en medio de la guerra. Se trataba de eso: distraer la mente para que nos olvidáramos de lo que estaba pasando afuera. Entonces orábamos y tratábamos de estar activos porque esa noche continuó la balacera.

En el amanecer del dos de mayo siguieron llegando más per-

sonas a la iglesia, y como el oxígeno escaseaba, llevaron a algunas de ellas a la casa de las monjitas agustinas, donde también se refugiaba gente.

—Alrededor de las 11 de la mañana, los paramilitares le lanzaron a la guerrilla un *rocket*, a lo que la guerrilla respondió con una pipeta. Los paramilitares, como estaban afuera, vieron cuando la pipeta venía en el aire y corrieron; nosotros, como estábamos adentro de la parroquia, no nos dimos cuenta. Sin oxígeno, ubicamos a los niños, a las mujeres en embarazo y a los ancianos en el altar, donde el padre celebra la misa, y fue justo en ese sitio donde cayó la pipeta”.

Era todo caos. Antún fue herido en la frente y en el pie, y perdió el conocimiento por un rato.

—Mucha gente corrió hacia atrás de la iglesia, donde hay una ciénaga, y otros huyeron hacia un corregimiento de nombre La Loma. Decidí quedarme porque era mi deber como sacerdote y, además, porque tenía que ayudar a salvar vidas.

Hubo un hecho un poco anecdótico: la primera persona que le habló para que lo auxiliara fue un joven de la comunidad que estaba muy mal herido y que al rato murió. Era hermano de un guerrillero; irónicamente, su madre también murió producto de la explosión de la pipeta.

—Llevamos heridos a la casa de las monjitas, porque ellas tenían conocimientos básicos de medicina. Las hermanas ponían torniquetes, evitaban hemorragias, entre otras ayudas. Un dato curioso: los paramilitares nos ayudaron a llevar heridos, pero después se ubicaron detrás de la casa de las hermanitas; es decir, continuamos siendo los escudos humanos de ellos. Por eso, volvimos y les dijimos que se fueran de ahí, y en ese momento la guerrilla mandó otra pipeta, por lo que le dije a la comunidad que nos fuéramos de allí, que nos iban a matar a todos.

—Tengo una imagen clara de algo que pasó luego del estallido de la pipeta y de que los paramilitares huyeran. Llegaron unas guerrilleras que se pusieron a llorar diciendo: “jueputa, ¿qué hicimos? Matamos civiles”. Varias de ellas, cuando vieron la magnitud de los hechos, se pusieron a vomitar y a llorar maldiciendo la guerra; intuyo que varias de ellas eran madres y al ver tantos niños muertos y heridos les afectó.

Tomaron la decisión de irse con los heridos para Vigía del Fuerte. Antún cogió un remo al que le amarró un trapo blanco, y como al flautista de Hamelin alrededor de 300 personas lo siguieron en fila india, mientras las balas como si fueran una descarga de timbal cruzaban cerca de sus temores.

—Yo gritaba: “¿quiénes somos?” Y la comunidad respondía:

“la población civil”. Yo preguntaba: “¿qué exigimos?” Y la gente respondía: “que se nos respete la vida”. Me inventé esos estribillos para que los actores armados supieran que la bulla era de la población civil. Yo siento que Dios nos protegió demasiado a nosotros porque las balas nos pasaban cerca, pero no hirieron a nadie.

Llegaron al río. Abordaron las embarcaciones, y el tortuoso Atrato se convirtió en una ambulancia que transportaba más de 100 heridos. En Vigía del Fuerte, los sacerdotes, las monjas y la comunidad ayudaron con los alojamientos y la alimentación de varias personas, mientras que los heridos eran atendidos en un hospital que ni el mejor guionista de ER lo hubiera imaginado en una urgencia similar. Bojayá había quedado atrás convertido en un rompecabezas de cuerpos inertes.

### **Las honras fúnebres**

—El 3 de mayo regresamos a Bojayá con bolsas de basura para sacar los muertos. Con sorpresa vimos que Minelia, la loquita del pueblo, había decidido no abandonar el pueblo para quedarse con los muertos y organizarlos a su manera: la cabeza de un niño con el cuerpo de un adulto y con dos pies izquierdos, y así el resto; de todos modos, esa noche ella ayudó a varios heridos que se quedaron ahí, suministrándoles agua y haciéndoles torniquetes.

—Ese día un médico de Vigía me dijo que había que ente-

rrar los cuerpos cuanto antes por temor a una epidemia. Yo no entendía el tema de la fosa común, porque para nosotros, los afrodescendientes, los muertos son tan importantes como los vivos. A cada muerto, si es mayor de 15 años, hay que hacerle un velorio y nueve días de rezo; si es menor de 11 años, un gualí o chigualo, que es una tradición que tenemos aquí, africana, y que la iglesia la cristianiza, en la que no se llora, sino se danza y se cantan arrullos.

Fue un problema hacer entender a la gente que sus tradiciones se enterrarían en una fosa común. Para los bojayaseños ese tema no es negociable. Antún debió explicarles que había que abrir un hueco de 3x3x3 para tirar los muertos en bolsas. Además, el comandante de la guerrilla amenazó con desaparecer los cuerpos, seguramente pensando en la llegada de los medios de comunicación.

—En ese momento nadie quería llevar los cuerpos a una fosa. Finalmente, el alcalde encargado les dio cuatro millones de pesos a varias personas y les encimó unas botellas de aguardiente y unos tapabocas para que se llevaran los cadáveres, que ya estaban en proceso de descomposición. Yo fui en el primer viaje para dejar a los muertos en la fosa. Cuando regresamos nos pasamos a Vigía y nos ubicamos en la casa de las monjitas, lugar en el que había varios bojayaseños hospedados.

Durante esos momentos, Antún buscó mantener los pies en la tierra. Le pidió a Dios que le diera luz para determinar el paso a seguir, porque una mala palabra o un mal direccionamiento de él podría agravar las cosas, porque como lo dice un principio evangélico “un ciego no puede guiar a otro ciego”.

—Varios sacerdotes y misioneros de diferentes lugares de Colombia llegaron a Bojayá. Alrededor de 12 sacerdotes comenzamos casa por casa a echar agua bendita porque la gente sentía que su hogar había sido contaminado. Hicimos oraciones de liberación en las viviendas y entierros simbólicos, quali, novenas y mucha pedagogía; todo eso desde el punto de vista espiritual.

### **La desesperanza**

—Para la gente la situación no fue fácil porque ellos entendían que era la casa de Dios, que se iba a respetar, y que Dios debía hacer respetar su casa. Al final quedó claro que Dios crea hombres libres que pueden atacarlo a él atacando a seres humanos como los que estábamos en la iglesia.

—Hubo mucha gente que no volvió a la iglesia. Me preguntaban: “¿Padre, Dios dónde estaba?” “¿Padre, por qué nos pasó esto si yo colaboraba siempre con todas las causas de la iglesia, y hoy murieron cuatro de mis hijos?” Digamos que eso tiene una explicación en el sentido de que los

que tiraron esa pipeta es gente cargada de un odio y una rabia que no les permitió pensar en el daño que podían causar.

—La gente cuestionó mucho su fe, pero yo no, ya que gracias a Él estoy vivo, porque en el momento en que estalló la pipeta una persona que se puso de pie para ir al baño recibió toda la onda explosiva que lo despedazó. Su cuerpo me protegió. Ese recuerdo me duele, pero así fue. De todos modos, pese a las circunstancias, creo que la mayoría de la gente conservó la fe en Dios y sentían que Él estaba con ellos.

Hoy, con 43 años de edad, Antún no sabe si actuaría de la misma manera. Seguro dudaría. Ahora piensa en otro tipo de cosas, pero sí tiene claro que ayudaría a mucha más gente, especialmente, cuando recuerda que por culpa de la intensidad del combate no pudieron sacar más heridos.

—Yo tenía mucha rabia, porque cuando atravesamos el río y llegamos con todo esa cantidad de heridos a Vigía, el comandante de la guerrilla cuando me vio sangrando me preguntó: “¿Padre que le pasó?” Y yo lo insulté, le dije muchas cosas, pero a la vez me acordé de una frase de Gandhi que decía: “Tú no puedes rebajarte al nivel de tu opresor”, y también de aquel pasaje que decía Cristo: “Perdónalos porque no saben lo que hacen”; después hablé más calmado con ese comandante. Creo que desde ahí comenzó mi proceso

de perdón. Además, uno debe controlar el odio en esos momentos porque eso se vuelve también un espiral de violencia.

### **El perdón**

El perdón de diciembre del 2015, por parte de las Farc, fue el resultado del viaje a Cuba de 11 víctimas de Bojayá, toda vez que ese grupo guerrillero expresó su intención de pedir perdón.

Inicialmente, la reunión estaba prevista para unas cuantas horas y duró dos días porque fue desgarradora. Una señora que perdió 22 familiares le habló a las Farc. Varios miembros de la cúpula de ese grupo lloraron escuchando a las víctimas, aunque eso nunca se vio porque la reunión fue privada.

—Yo arranqué mi intervención diciéndoles que tenía todas las razones para odiar, debido a que ellos habían matado a mi mamá y habían atacado a mi parroquia repleta de mi gente, pero que yo partía de un principio cristiano según el cual quien guarda rencor y odia está enfermo. Yo quería vivir sano, sin agregarle más preocupaciones a mi vida. Entonces en diciembre del 2015, luego de consultar con la comunidad, se hizo el acto de perdón. Yo, contrario a lo que puedan pensar los detractores de esa guerrilla, vi en las Farc sinceridad y dolor en su acto de perdón y en su expresión al lamentar lo sucedido, así lo sentí.

—Para nosotros es claro que la mayor responsabilidad la tienen las Farc, ya que ellos fueron quienes lanzaron la pipeta, pero también hay una gran responsabilidad de parte del Estado, porque debieron proteger la vida, honra y bienes de sus ciudadanos, y está claro que no lo hizo; especialmente, al saber que para llegar a la zona, los paramilitares atravesaron varios retenes de la Armada y no los vieron”.

No obstante, Antún tiene un sentimiento que se balancea entre el dolor y la decepción: tiene entendido que el Ejército ha previsto pedir perdón, pero porque lo obliga una sentencia judicial y no porque surja del corazón.

—En la guerra no hay ni vencedores ni vencidos, todos perdemos. La guerra es una canallada que se inventaron unos cuantos y que golpea a los más débiles como lo es la gente del campo. Yo soy feliz después de la masacre de Bojayá, porque aprendí que pocas cosas me angustian y me molestan. Es que frente a un problema uno tiene dos posibilidades: o se coge un lazo y se ahorca, o se comienza a caminar, y yo decidí seguir caminando a pesar de los problemas y las dificultades.

### **La resurrección**

Hoy, el padre Antún, licenciado en filosofía, teología y ciencias religiosas, comunicador social con una especialización en radio —realizada en Italia—, y con otra en intervención psi-

cosocial, hizo un pare y pidió un año sabático, derecho que tienen cada siete años los sacerdotes que lo desean. De igual forma, es un comprometido con el tema de la paz.

—Yo me metí a fondo con el plebiscito por el sí desde el púlpito, porque soy de los que cree que es mejor tener la paz que tener la razón. Por eso, me pareció un acto cobarde de parte de algunos obispos que se opusieron a la paz, y aunque su opinión la respeto no es la adecuada para un ministro de Dios, porque Dios es amor, perdón y misericordia”.

Actualmente, Bojayá progresa. Ya no está la guerrilla y llegó la paz. La gente ha vuelto a sembrar plátano y cacao. Antún ha conocido personas y familias que salieron desde hace 30 años y que han regresado al municipio.

—En diciembre y en la Semana Santa pasados se llenaron los pueblos del Atrato, y eso es resultado del proceso de paz. La gente está volviendo a sus quehaceres. Es que el negro no es bueno para pedir, el negro es bueno

para trabajar. Esa es una de las experiencias que dejó la guerra.

Hoy, el padre Antún, como un compromiso personal, ha decidido participar en el proceso de paz de forma independiente, gracias a la experiencia vivida y por sus estudios.

—No soy santista, pero admiro al presidente porque nos visibilizó a las víctimas, nos cuantificó y nos puso en el centro del Acuerdo de Paz; para él, en nombre de los campesinos doy toda la gratitud. También debo agradecer la creación de la Unidad para las Víctimas, porque ya hay un espacio físico y un cúmulo de profesionales que nos pueden atender, y así no solución de todos los problemas de las víctimas, sí las ayuda a sobrellevarlos —concluyó el religioso.

Ahora, Antún y los bojayaños recorren los versos del *Monólogo de regreso a casa*, de Roca: “No estalla el obús en mi camino, no me acechan ocultos artilleros, pero cada regreso a casa —atolondrado mercenario de mi cuerpo— tiene sabor de sueño después de la batalla.

\*\*\*\*\*

---

## LA CASA DE LA ESPERANZA

TEXTO Y FOTOGRAFÍA: ERICK GONZÁLEZ GONZÁLEZ

---



2019, viernes, 6:30 p. m., municipio de Apartadó, barrio la Chinita, calle 103 con carrera 87, la casa de la masacre, hogar de Digna Allín Gutierrez y su hija Paola.

¡Pelaos, silencio! Vamos a comenzar a ver a quién se le quema la papa caliente. Listos, ¡ya! La papa caliente, la papa caliente, la papa caliente... ¡se quemóóó!

El jolgorio explota, y alrededor de 45 niños y niñas corean: “Pobrecita, pobrecita...” a una niña de 8 años que se quedó con la pelota en sus manos y debe cumplir una penitencia: levantarse y ejecutar un acto en mitad de la sala. Con la pena propia de la infancia decide bailar salsa. La escasez de la casa de Digna no permite gozar de un equipo de sonido, ni siquiera de un modesto parlante para que alguien improvise como disyóquey; así que con la espontaneidad de la niñez y de esa rumba que brota de esa piel negra a prueba de penurias e infortunios, un grupo de jovencitos imita al grupo Niche; sus palmas, a la clave y sus voces versionan Cali Pachanguero, Cali luz de un nuevo cielo... ¡carnaval en La Chinita!

Así, con un juego, casi siempre 60 niños abren el telón de la noche de los viernes en la casa de Digna Allín Gutiérrez, el prólogo al club de lectura que creó desde hace seis meses. “Comenzamos con 15 niños, y ellos les comentaron a otros, y así ha crecido el gru-

po”, afirma Digna, cuya casa fue el epicentro de la masacre de La Chinita hace 25 años, una época en la que el terror colonizaba las noches del barrio Obrero con los dos o tres disparos nocturnos que habitualmente se escuchaban y que eran sinónimo de asesinatos selectivos.

Domingo 23 de enero de 1994, 1:30 a. m., la calle de la masacre, calle 103 con carrera 87, barrio La Chinita

Rufina Gutiérrez Córdoba, madre de Digna, una chochoana del corregimiento de Samurindó, cuya memoria por más que la revuelque no alcanza a precisar su fecha de nacimiento porque hubo una equivocación en su registro civil y sus padres murieron cuando era muy pequeña —aunque la calcula en 73 años—, fue quien organizó una fiesta para recolectar fondos con la esperanza de matricular a sus hijos en el colegio y comprar sus útiles escolares.

El papá de mis nueve hijos no respondía por ellos, y aunque solo cinco estaban en el colegio, no tenía cómo matricularlos, y eso que un hijo me había enviado como 80.000 pesos, pero es que tampoco tenía para el mercado —afirma Rufina.

Con los 80.000 pesos compraron parte de las bebidas para la verbena, la otra la tuvieron que fiar. A las 7:00 p. m. inició la fiesta. Las mesas y las sillas atiborraban la calle. Todo era

algarabía y juerga. Su hija Digna fungía de *bar tender* desde el congelador de su casa. La pista de baile, de siete metros por catorce, ubicada en una esquina, se avivaba con la música que un disyóquey improvisado colocaba desde la sala de la casa de Rufina, que ahora habitan Digna y su hija, Paola.

Hacia la 1:30 de la madrugada, cuando Digna estaba en la puerta, despachando la bebida, una de sus hijas llegó corriendo desde una esquina y le dijo: “Mami por ahí vienen los policías... Que sí, mami, la Policía”.

Yo me quedé tranquila, incluso cuando vi la gente que se echaba hacia atrás, pensé que era una pelea de casados, pero cuando oí la ‘plomera’, cogí a mi hijo y lo eché pa’ dentro; a mí me tumbaron al piso, cuando una bala pasó rozando mi cuerpo –recuerda Rufina.

La irracionalidad de las balas esparció el terror; quemaron una moto y un picó. En un santiamén un montón de personas se embutieron en la casa de Rufina a repartirse cualquier cosa que sirviera de escudo. De repente la insensatez se prendió aún más.

Incendien las casas–ordenó alguien.

Pero las mujeres apagaron esa intención al alegar, entre la clemencia y el paroxismo, que había muchos niños dentro de las

casas. No prendieron fuego, pero el tiroteo continuó y los cuerpos seguían cayendo. Y como si tuviera un imán que los atrajera llegaron al hogar de Rufina.

Primero, alguien se paró en la puerta de la casa, estaba enmascarado. Ingresaron a la casa, partieron las camas y desbarataron el chifonier. No sabía por qué se metían acá, aunque sí se escuchaba que el sector estaba amenazado –asegura Rufina.

Todas las víctimas de aquella masacre coinciden en un recuerdo: el dominio de la región lo compartían, un par de años atrás, las Farc y el Epl, pero cuando este último grupo decidió abandonar el monte y retornar a la vida civil, las Farc le declararon la guerra. Sus coordenadas apuntaron principalmente a los reinsertados que crearon el movimiento Esperanza, Paz y Libertad.

Las amenazas al barrio se debían a que los gestores de la invasión de los terrenos sobre los cuales se levantó La Chinita fueron el naciente partido y el sindicato Sintrainagro –fusión de los antiguos sindicatos Sintrabanano, respaldado por las Farc, y Sintagro, apoyado por el Epl–. Pero en la verbena, de los 35 muertos, al parecer, solo dos pertenecían a Esperanza, Paz y Libertad.

Aunque la orden era no matar mujeres, sí mataron a una por estar protegiendo a su esposo –cuenta Digna.

A las cinco de la mañana llegó el Ejército. La familia de Rufina al sentir la presencia militar se envalentonó para abrir la puerta, pero la imagen tan terrible de la calle diluyó cualquier atisbo de ilusión. Había tantos muertos que parecía un camposanto. Los canales construidos por la gente estaban embadurnados de tanta sangre, que por la falta de lluvias tiñó la calle por mucho tiempo, desprendiendo un olor nauseabundo, sepulcral, que les hacía recordar la fatídica noche.

La casa de los anfitriones semejava una morgue, quedó invivible, la sangre y el olor no dejaban habitarla.

Me sentía culpable porque si no se hubiera hecho esa fiesta no hubiera muerto tanta gente, pero a pesar de eso los miembros de la junta me decían que no me sintiera mal, que eso iba a pasar porque hacía tiempo lo tenían anunciado.

Rufina se fue, por quince días, con sus hijos pequeños para Madera; Digna se marchó para Medellín. Pero la necesidad obligó su regreso porque no tenían donde quedarse. Cuando volvieron, el barrio era solo miedo. Pero lo peor no era regresar a la barriada, era vivir en la que desde ese momento fue conocida como la Casa de la Masacre.

Yo trabajaba con una máquina de coser. Mis hijos mayores

me ayudaron con plata o mercado hasta que la cosa se fue normalizando. No tuvimos un apoyo psicosocial, porque como no me habían matado a ningún familiar dizque no tenía derecho a nada, pero hace como ocho años declaré como desplazada, y ya me han dado tres ayudas en dinero —apunta Rufina.

Las personas tuvieron que empezar de cero y aprender a exorcizar el miedo. La cautela se convirtió en el undécimo mandamiento, ya que lo que dijeran les podía costar la vida. Si presenciaban alguna situación extraña, el silencio era lo más aconsejable. El terror hizo que los hábitos de la gente se perdieran.

Antes de la masacre jugábamos golosa y ponchados. Este barrio era una comunidad híbrida, y cada quien venía de diferentes partes con sus costumbres y tradiciones —rememora Digna.

La casa durante más de dos décadas fue inhabitable; cuando llovía mucho, las aguas negras del alcantarillado la inundaban. Rufina se fue a vivir con un hijo, pero Digna siempre permaneció allí. Solo hasta hace año y medio le reconstruyeron la casa.

Alguien me dijo que me acercara a la Unidad para las Víctimas para lograr una indemnización prioritaria, auxilio que se da cuando hay situaciones muy vulnerables, y así obtuve mi indemnización —relata Digna.

**La casa de la esperanza, a. m. y p. m.**

Después de la masacre, los libros le ayudaron a Digna a perder el miedo y a entender el porqué las personas actúan de determinada manera. En vista de ese beneficio decidió ayudar de la misma forma a otros.

Cuando inició a hacer promoción de lectura con los desmovilizados y sus familias, yo sabía el efecto que podía generar en ellos, que comprendieran que leer es una manera de entender en qué condiciones vivimos y de mejorar. Ese efecto que los libros generaron en mí es el que he comenzado a impartir en madres cabezas de hogar, y estoy segura de que los libros van a ayudar mucho a que los niños vean las cosas de una manera diferente –comenta Digna con la dignidad propia de quien tiene fe no en la palabra, sino en las letras, en la literatura.

Cualquier día, un niño puede llegar a su residencia y leer un libro sin pedir permiso. Los libros álbum, por sus imágenes, son los favoritos de esos pequeños. Esta aventura, para nada quijotesca, luego de seis meses parece que podría alcanzar mayores logros: algunas madres le han pedido que la implemente en otros sectores de Apartadó.

Sin embargo, escasean los recursos para entregar material didáctico y refrigerios a los niños que asistan a las lecturas, como lo hace en su casa.

Pero Digna no se duerme en los laureles, y con la idea de hacer reflexionar también a los adolescentes, hace dos meses comenzó los cineforos.

El último viernes de cada mes presentamos una película. Ponemos una sábana blanca en la fachada de la casa y con un video beam prestado proyectamos una película que ya hemos visto y analizado, con el fin de hacer reflexionar a los jóvenes y alejarlos de las pandillas –cuenta Paola, hija de Digna, quien se encarga de seleccionar la película y descargarla.

Cuando se presenta la película llegan más de cien niños, sin contar los adolescentes y las madres, por lo que necesitan más de un centenar de refrigerios.

Con esta idea Digna ya inició el proceso para crear su fundación Paso a Pasito, que refleja la forma como arrancaron con este proyecto. Hoy su casa es un libro abierto, su club de lectura con 60 niños se ha convertido en un gran cuento que está escribiendo con buenos resultados; extenderse a otros sectores de Apartadó es el ensayo que desea abordar; de esta forma su hogar, 25 años después de la masacre, a punta de cine y libros, se ha convertido en la casa de la esperanza, en todo un ejemplo de dignidad, y los niños de su club de lectura, como dice la canción del grupo Niche que entonan a las salseritas, son “todo un pueblo que inspira”.



11

EL VALOR  
DE PERDONAR

---

# EL LABORATORIO DE PAZ O LA ASOCIACIÓN DE ENEMIGOS DEL PASADO

POR: ERICK GONZÁLEZ GONZÁLEZ

FOTOGRAFÍA: HAKIM ABUSHIHAB

---



—Dicen que cuando uno se está muriendo, uno comienza a recordar todo lo pasado. Veía un túnel, por el que iba subiendo, y veía las imágenes de mi vida. Comencé a recordar desde lo último que había vivido hasta cuando era pequeño. Recordaba el batallón, los compañeros, a la familia, a mi mamá, pero también llegué a ver el ataúd mío, a lo lejos, hasta que alguien de la guerrilla dijo: “¡Muchachos, nos vamos!”. Esa frase me despertó. Eran como las cinco de la mañana. Comencé a arrastrarme para ir al hospital y me estrellé con el pie de un guerrillero, que tenía una pistola. “¿Quién es usted?”, me preguntó. “Soy el hijo de ‘El Loco’”, le respondí. “Yo soy del pueblo, soy un conocido... Me hirieron”, le decía. “Sálgase de aquí”, fue su respuesta. La energía se me había ido... pero sentí que la guerrilla comenzó a evacuar el pueblo, y el alma me llegó al cuerpo. Lo mío fue en un atentado terrorista del Epl al municipio de Turbo. El Ejército se dio cuenta de que había un herido, creyeron que era guerrillero. Estaba vestido de civil porque había pedido un permiso. No tenía mi billetera, no tenía mi código militar, que metí allí, porque los guerrilleros se la llevaron, ya que eso es un premio de guerra... los ascienden de rango. Entonces me identifiqué: “Francisco Javier García Zuleta, de la compañía de Ayacucho, batallón No. 13, de la Policía Militar, código militar 880298”.

“Este man es militar” —verificaron—. Me montaron en un carro. Hasta allí me acuerdo...

De repente, en esa reunión en la que Francisco narró su historia, alguien que reconoció su relato se le acercó...

—Señor, Francisco García... Yo me acuerdo de usted. Soy Alfredo Leal, exmiembro del Epl. Fuimos culpables de lo que le sucedió. Ese 23 de octubre de 1988 teníamos el plan de tomarnos a las 10 de la noche los municipios de Turbo, Apartadó, San Pedro de Urabá, Arboletes, Necoclí, Chigorodó y Mutatá como parte del paro armado de 40 días que hicimos ese mes de octubre. Éramos los autores intelectuales de los paros. Esa noche en Turbo íbamos a tomar el comando de la Policía, el apostadero, la base de la Armada Nacional. Yo estuve afuera de Turbo, pero no ingresé al pueblo, porque el grupo de choque, que era el grupo de avanzada, el que abría fuego, cometió un error. Y en realidad el problema fue que el pueblo estaba muy despierto y no se podía agredir al pueblo. Y esa toma fue un fracaso. En 1991, nos desmovilizamos y creamos el movimiento político Esperanza, Paz y Libertad, con sede en Apartadó, pero las Farc nos consideraron traidores. Y como civil, fui víctima de esa guerrilla, mataron a un primo, pero hoy no guardo resentimiento.

—Por eso, y por la masacre de La Chinita (23 de enero de 1994), la masacre de Bajo del Oso (20 de septiembre de 1995), la masacre de Osaka (14 de febrero de 1996), comandada por Karina, pensamos:

“No nos vamos a dejar que nos maten”, y tomamos la decisión de incorporarnos a las Autodefensas Unidas de Colombia (Auc) para salvarnos. Organizamos un grupo y nos presentamos en la vereda El 35, por San Pedro de Urabá, donde estaba el fuerte de las Auc. En ese entonces nuestro comandante fue Carlos Castaño, quien nos vio como civiles, no como guerrilleros. “No quiero que me los toquen”, dijo. Fue un entrenamiento cortico por la experiencia militar que ya teníamos. Así cambiamos las escopetas del Epl que era el armamento preferido, porque era mejor para una emboscada que el fusil –los balines de los cartuchos se dispersan– por el AK-47 y el lanzagranadas MGL de las Autodefensas, aunque en el Epl también usábamos carabina M1 y fusiles R-15, M-16, M-14. En el 2005 me desmovilicé.

Finalizada su presentación se abrazaron y se perdonaron. Por lo acontecido esa noche del 23 de octubre de 1988, Francisco se salvó de tres balazos: del primero, porque a pesar de estar tendido, el culatazo del fusil hizo que la bala se desviara hacia el brazo; del segundo, porque el pistoletazo fue hecho a mayor distancia e ingresó por un costado del rostro que le perjudicó el globo ocular y le atravesó la nariz; del tercero, porque al enterarse de que había sobrevivido, a los ocho días del suceso la guerrilla lo buscó en su casa para rematarlo, pero no lo encontró.

Ese abrazo a principios del 2018 marcó y enmarcó la presentación de un pensamiento –en el corregimiento El Reposo, de Apartadó–, del cual se podría afirmar que es más un proyecto del alma que un proyecto de vida: la creación de la Asociación por la Reconciliación, Paz y Desarrollo de Urabá (Asorepad), de la que Francisco es el presidente, agrupación que enarbola la idea de acoger a víctimas, victimarios y exmiembros de la Fuerza Pública afectados por el conflicto; es decir, una asociación de enemigos del pasado con un plan de amistad para el eterno presente y un proyecto productivo para el futuro, y que solo exige como *cover* el perdón.

Este ideal que se transformó en una granja turística, tuvo en principio el me gusta del Fondo de Reparación de la Unidad para las Víctimas (FRV), que le entregó a Asorepad, en octubre del 2018, en la figura de comodato, un terreno que administra de 3,3 hectáreas, en la vereda El Cirilo, vía Turbo-Necoclí, con el fin de apoyar su proyecto, además de entregarles en diciembre del 2020 insumos como madera, cemento, tanques, láminas, ladrillos, entre otros, para el desarrollo de su plan agroturístico.

–El terreno era casi jungla, monte, una rastrojera. Todo ha sido cultivado, menos los árboles grandes. Es una granja con diferentes tipos de siembra: plátano, yuca, papaya, guanábana,

mango, ñame, caña, hortalizas, árboles frutales regados, con el objeto de que alguien que vaya pueda caminar, disfrutar –dice Francisco–, con las plegarias puestas en un buen porvenir, y con esa fe que le apuesta a su mar, el Caribe, quizás “porque su niñez sigue jugando en su playa, y escondido tras las cañas duerme su primer amor, porque llevan su luz y su olor por dondequiera que vaya y amontonado en su arena guardan amor, juegos y penas, y porque ellos en la piel tienen el sabor amargo del llanto eterno que han vertido cien pueblos”, parafraseando la inmortal canción Mediterráneo, que el catalán Joan Manuel Serrat bien podría dedicarle al Golfo de Urabá.

–Nuestro turismo es el mar. Para eso hay que instalar cabañas y el acueducto, porque la idea es ofrecer un servicio de esparcimiento, de relajación, de integración, para que se den cuenta de que todo fue hecho por personas que estuvimos en la guerra desde varios puntos de vista, bien sea como víctimas o victimarios, y que hoy estamos integrados, trabajando en esta propuesta, que es un laboratorio de paz –asegura Francisco.

–La idea también es que nos genere un ingreso para trabajar solamente aquí, porque por ahora nos toca trabajar también por otro lado –recalca Alfredo.

Ambos, pese a haber estado en diferentes puntos de mira, tienen

presente el aporte de la Ley de Víctimas que cumple 10 años.

–Gracias La Ley 1448 de 2011 estamos aquí, no existiríamos; en Asorepad nos la creemos, y así sea un comodato lo vemos como nuestro, como nuestro futuro. Si no hubieran ampliado la vigencia de la Ley de Víctimas estaríamos en el limbo, preocupados como un... –madrea Francisco.

–Ha sido positiva la Ley por los proyectos que brindaron. Todos somos víctimas, yo atacé y me atacaron. Pero falta algo. Hemos tocado puertas para buscar recursos en otras partes... nos dicen sí, pero al enterarse de que las tierras están en comodato, entonces nos dicen no –expresa Alfredo.

–Tenemos el temor de que llegue una carta que nos informe que nos quitan la tierra. Este es un laboratorio de paz, que la gente pueda ver que el que está al lado es el casi me mata. No solo es trabajar con un desmovilizado de un grupo al margen de la ley, sino que también es mi vecino y que convivimos en una sociedad a la que le ha sido difícil aceptar como vecino a una persona desmovilizada. Aquí le decimos a la gente: “El que ve ahí fue del Epl, ese otro era de las autodefensas, él me trajo aguacate y yo le di plátano, y es vecino mío” –enfatisa Francisco.

Durante la pandemia, su granja turística les ha dado

comida como un verriondo, como lo afirman Francisco, Alfredo y otros miembros de la asociación. “—La ganancia, además, ha sido la tranquilidad, la integración, la familiaridad y la amistad”.

Por eso sueñan con la prosperidad de esa hermandad, que no repara en el origen chocoano, paisa, costeño... El diagnóstico de ese ensayo fraternal hasta

el momento es positivo. “Creemos en el FRV”, dicen. Y por esa fe también sueñan con implementar un proyecto piscícola y con galpones avícolas. Sueñan con otras entidades que “apadrinen ese ideal, como si el proyecto de paz y reconciliación fuera de ellos”, porque como todo ensayo o experimento, este necesita de su laboratorio, y el país, de su ejemplo.

\*\*\*\*\*

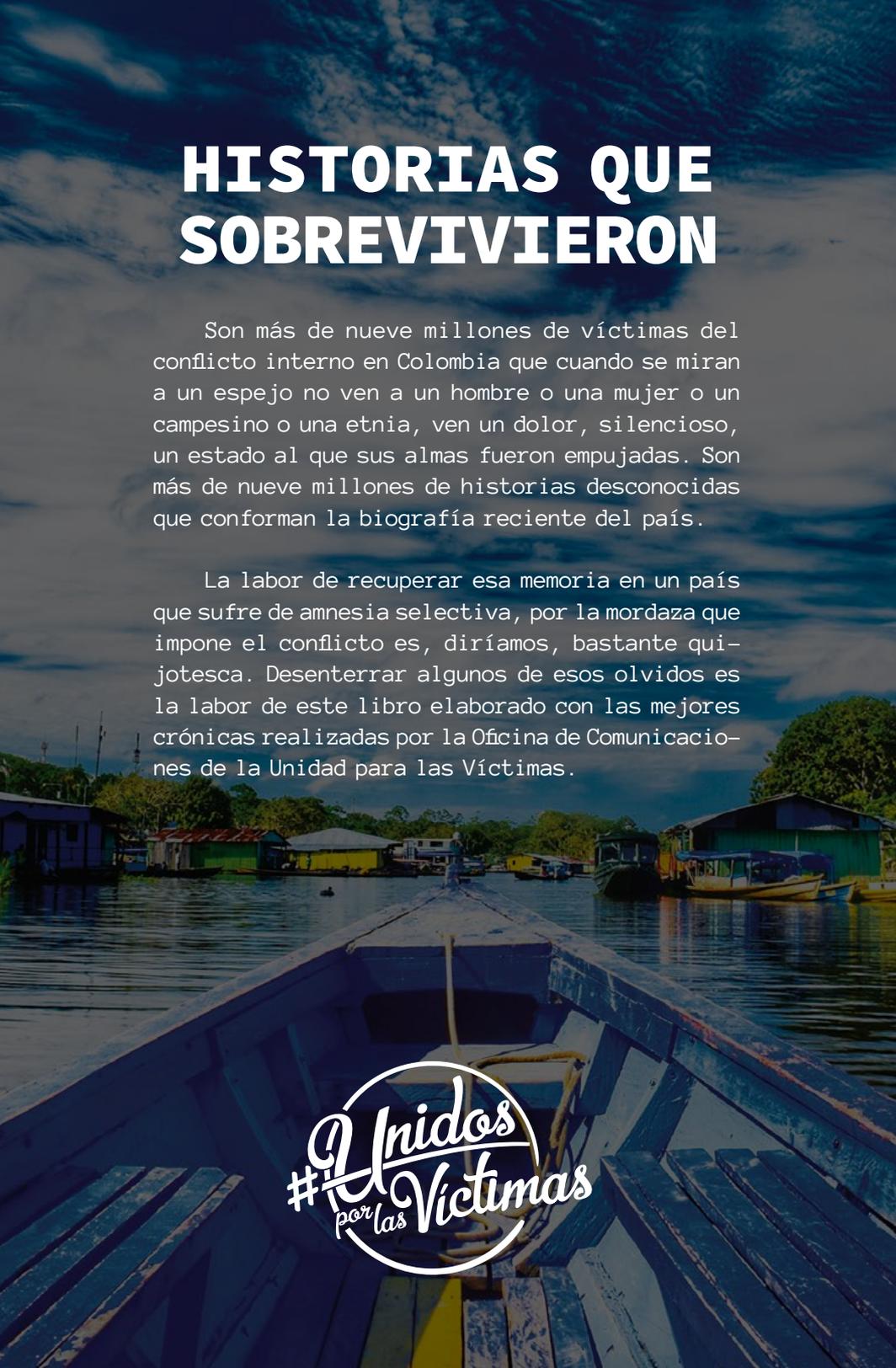




# HISTORIAS QUE SOBREVIVIERON

Son más de nueve millones de víctimas del conflicto interno en Colombia que cuando se miran a un espejo no ven a un hombre o una mujer o un campesino o una etnia, ven un dolor, silencioso, un estado al que sus almas fueron empujadas. Son más de nueve millones de historias desconocidas que conforman la biografía reciente del país.

La labor de recuperar esa memoria en un país que sufre de amnesia selectiva, por la mordaza que impone el conflicto es, diríamos, bastante qui-jotesca. Desenterrar algunos de esos olvidos es la labor de este libro elaborado con las mejores crónicas realizadas por la Oficina de Comunicaciones de la Unidad para las Víctimas.



#Unidos  
por las Víctimas